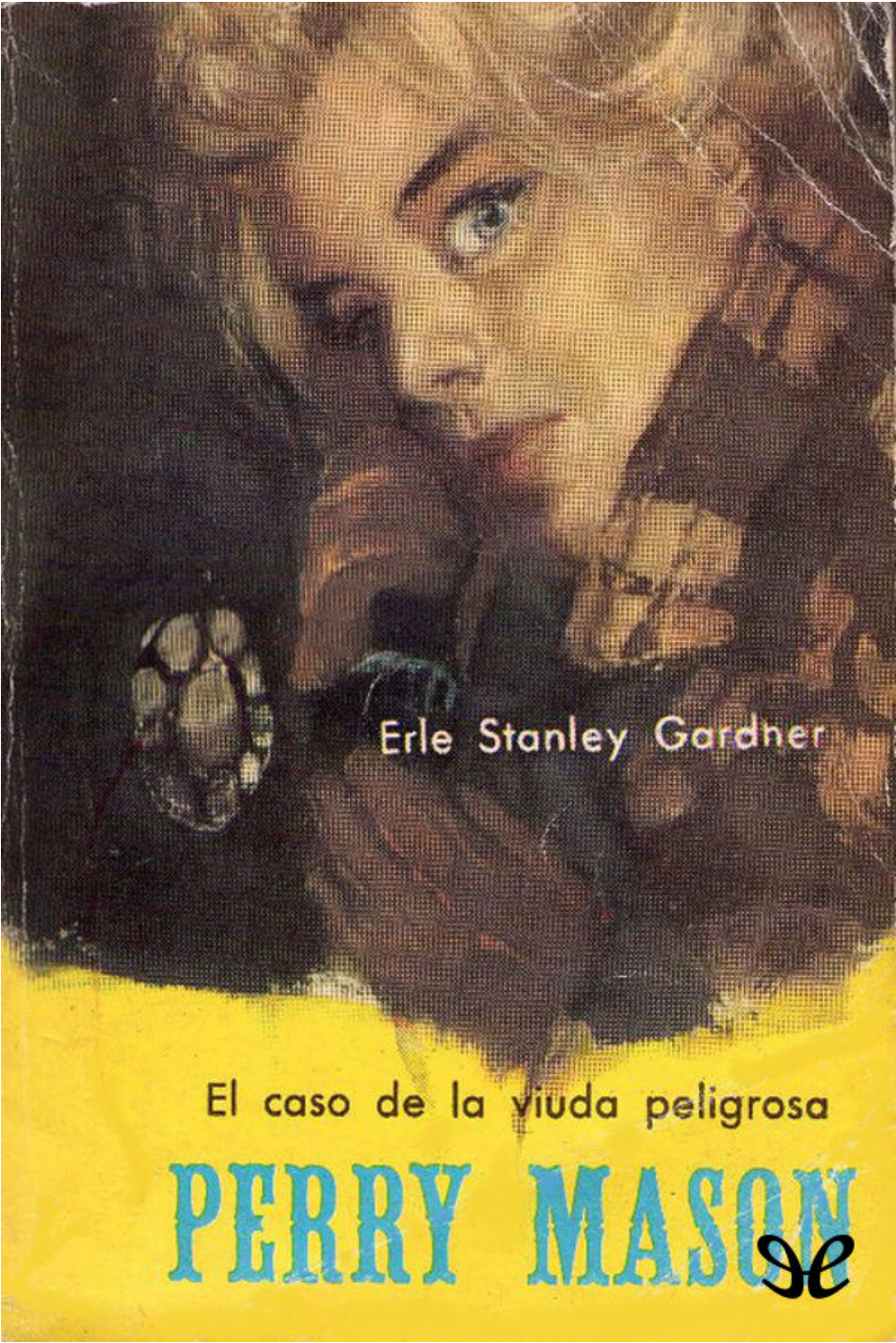




Erle Stanley Gardner

El caso de la viuda peligrosa

PERRY MASON 

En esta ocasión, Mason es contratado para recuperar unos pagarés de juego de una nieta mimada por una rica viuda. Un asesinato a bordo de *El cuerno de la abundancia*, un casino flotante que está anclado más allá del límite legal de las doce millas...



Erle Stanley Gardner

El caso de la viuda peligrosa

Perry Mason - 10

ePub r1.1

Titivillus 04.03.15

Título original: *The Case of the Dangerous Dowager*

Erle Stanley Gardner, 1937

Traducción: H. C. Granch

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.

BELGRADO (Jorge): Detective, colaborador de Drake.

BENSON (Matilde): Anciana viuda, base de esta novela.

BILL: Policía.

CUSTER (Bert): Asistente al casino flotante y un testigo de cargo.

DRAKE (Paul): Jefe de la agencia Drake de detectives.

DUNCAN (Charles): Propietario del casino El cuerno de la abundancia.

FLORENCE: Esposa de Belgrado.

GRIEB (Sam): Amigo y socio de Duncan, en la explotación del juego en el citado casino.

JIMMY: Encargado del bar del casino.

MANNING (Arthur): Guarda y hombre de confianza de los dueños del casino.

MASON (Perry): Célebre abogado criminalista, protagonista de esta novela.

OXMAN: Conocido financiero y popular deportista.

OXMAN (Silvia): Esposa del anterior y nieta de la viuda Benson.

PERKINS (Dick): Policía.

SMITH (Marilyn): Novia de Bert Custer.

SQUIRES (Carter): Un hombre poco escrupuloso para los negocios y

amigo de Oxman.

STAPLES: Empleado en la Agencia Drake.

STREET (Della): Bella, eficiente y fiel secretaria de Perry Masón.

WILSON (Basil): Fiscal federal.

WORSHAN y WEAVER: Abogados de Frank Oxman.

Capítulo 1

Perry Mason examinó a la anciana de albos cabellos con ese interés que inspiran siempre los nuevos clientes. Ella respondió a la mirada escudriñadora del abogado con una brillante de sus ojos grises, a cuya luminiscencia acerada sustituyó poco a poco un resplandor irónico.

—No —dijo ella—, no he matado a nadie; por lo menos hasta ahora. Pero no vaya a juzgar por eso que soy una señora pacífica, de esas que se sientan al fuego y entretienen su ocio haciendo media, porque no lo soy...

El abogado sonrió.

—Tal vez —dijo— esta señorita jugadora de quien usted me habla esté a punto de quedar...

—Viuda —añadió ella—. En efecto, no le digo a usted que no... Bien, señor Mason, tuve ocasión de verle actuar en el caso del perro aullador y me gustó indeciblemente su lucha verbal... Yo tengo también algo de luchadora.

Della Street, viendo la mirada de Mason, dijo a la mujer:

—¿Tendría la bondad de hacerme saber su nombre, edad y dirección para nuestro archivo?

—Me llamo Matilde Benson —dijo la viuda—. Vivo en Welgewood Drive, número mil noventa; en cuanto a la edad, no creo que sea de su incumbencia. Mis parientes aseguran que yo he llevado a Silvia por malos pasos y que...

—¿Quién es Silvia? —interrumpió Mason.

—Mi nieta.

—¿Casada?

—Sí. Con Frank Oxman. Tienen una hija que se llama Virginia, de seis años de edad.

—Así, pues —dijo Mason—, es usted bisabuela, ¿no es verdad?

Ella dio una chupada a su cigarro de grandes proporciones, con

un gesto de contento.

—Sí. Soy bisabuela.

—Dígame algo más sobre los parientes de su difunto esposo. ¿Está enfadada con ellos?

—En particular, no. Estoy cansada de ellos; nada más. Me he insurreccionado.

—¿Y necesita un abogado? —preguntó Mason.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿Se encuentra en algún apuro?

—Todavía no.

—¿Espera estarlo, entonces?

Ella arrugó los labios, quitó la ceniza a su cigarro con un movimiento expertísimo del meñique, y dijo:

—No creo que lleguen las cosas a ese extremo.

—¿Quiere decirme exactamente qué es lo que desea de mí, entonces?

—¿Conoce usted a un individuo llamado Sam Grieb?

—No. ¿Quién es?

—Un jugador. Él y otro llamado Duncan son los propietarios del Cuerno de la Abundancia, el casino flotante que está anclado más allá del límite legal de las doce millas.

—¿Y qué sucede con ese Grieb? —inquirió Mason.

—Ha puesto a Silvia en un brete.

—¿Cómo?

—Porque tiene varios pagarés firmados por ella.

—¿Suben a mucho?

—A unos siete mil dólares.

—¿A título de qué entregó Silvia a ese Grieb los pagarés?

—Por deudas de juego.

—Y pretende usted que los recupere sin pagar...

—Claro que no —interrumpió la anciana—. Deseo que le pague hasta el último céntimo; pero no tengo la menor intención de que me estafe haciéndome pagar una comisión crecida. Pago las deudas, pero no pago los chantajes.

—¿Quiere usted decir entonces —preguntó Mason asombrado— que Grieb no entregará los pagarés por su valor nominal? No tiene más remedio...

—No le conoce usted, joven. Además, cuando conozca el asunto

no lo considerará tan fácil. Grieb sabe que el marido de Silvia, Frank Oxman, pagará bastante más del valor nominal de esos documentos sin titubear.

—¿Por qué? —insistió Mason.

—Como pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—Pruebas de que Silvia lleva el juego en sus venas y no se le puede confiar dinero.

—¿Y por qué desea Frank esas pruebas?

—Porque sí.

—¿Pero por qué?

—No le interesa el porqué. Lo que yo quiero es que obtenga usted esos pagarés, sea como sea. Yo le entregaré el dinero suficiente para recuperarlos. Si es necesario pagar una bonificación, páguela, siempre que no sea excesiva. Odio el chantaje y a los chantajistas. Se lo aseguro.

—Pero —balbuceó Mason— no creo que un abogado sea lo más indicado para este caso. Entregue el dinero a su nieta y dígame que vaya al barco y recoja los pagarés. No creo que se nieguen a devolvérselos satisfaciendo sus exigencias.

Matilde Benson movió la cabeza.

—No quiero facilitarle la cosa a ella. Tengo que dar una lección a mi nieta. Por consiguiente, es usted el que recogerá esos documentos y me los entregará a mí. ¿Comprende? No me importa el medio de que se valga usted para obtenerlos.

—Me parece —dijo Mason— que no me encargaré de esto. Después de todo, no entra en mi profesión. Creo que es asunto de un detective. Paul Drake, de la Agencia Drake, es el que trabaja para mí y es un individuo competentísimo y en quien se puede confiar. Le pondré en contacto con él y...

—No quiero detectives —interrumpió la anciana en tono airado—. Quiero que sea usted.

—Pero si me encargo de su caso, tendré que delegar en Drake. Ya le he dicho que es él...

—Me importa un comino lo que haga y las personas que emplee —volvió a interrumpir Matilde Benson—. Eso le concierne a usted únicamente. Y le advierto de antemano que el caso no es tan fácil como se lo imagina. Va a enfrentarse con un bandido que es tan

astuto como un zorro y que, además carece en absoluto de escrúpulos.

Mason dijo:

—Me parece que convierte a un terrón de azúcar en una montaña.

—Nada de eso, señor Mason. Usted es el que parece tener gran empeño en convertir una montaña en un terrón de azúcar. Voy a anticiparle dos mil quinientos dólares y le daré otro tanto cuando me devuelva esos pagarés, si consigue obtenerlos sin que mi nombre figure para nada. Además corren de mi cuenta todos los gastos que esto le origine, incluyendo lo que tenga que desembolsar por los servicios que le preste ese detective y lo que haya que pagar por los pagarés. ¿Le parece bien?

Mason la miró sorprendido.

—Podría decir a Grieb, por ejemplo, que soy el abogado de Silvia y que...

—No, no... Hablaría a Silvia y ella no debe saber una palabra de esto.

—¿Ni siquiera tampoco que Grieb sepa que usted está interesada en que devuelva los pagarés?

—Tampoco. Exceptuando estas dos cosas, puede usted obrar como le plazca. Pero no le dé a entender que piensa pagarle una bonificación porque entonces le enfrentará con Frank Oxman y procurará sacar el máximo.

—Eso complica el asunto —declaró Mason.

—Desde luego que lo complica. No tengo la menor idea de cómo se las arreglará para complacerme; pero no tengo duda alguna de que si hay alguien lo suficientemente inteligente para medirse con ese bribón, ese alguien es usted.

—¿No cree usted que haya abordado ya a Oxman? —dijo Mason ruborizado.

—Todavía no.

Mason contempló con fijeza la alfombra durante un par de minutos, luego levantó la mirada y dijo sonriente:

—Bien. Estoy dispuesto.

Matilde Benson sacó de su bolso un fajo de billetes de cien dólares.

—Este —dijo— es el dinero que puede emplear para la

obtención de esos pagarés. Tendrá que pagar en metálico. El resto lo dedica a sus gastos y honorarios.

Mason tomó el dinero.

—Mi secretaria le hará un recibo, señora Benson, y le...

—No necesito recibo —respondió la anciana.

El abogado la miró inquisitivamente.

—Mire —dijo ella—, yo conozco perfectamente a las personas con quienes trato, mientras que usted —añadió con una sonrisa— no puede decir otro tanto, señor Perry Mason. ¡Buenos días!

Capítulo 2

Mason, con los pulgares en las sisas del chaleco, en una postura poco académica paseaba por su oficina, mirando impacientemente su reloj de pulsera.

—¿Encargó que dijese a Paul Drake que viniese tan pronto como llegase a su oficina? —preguntó.

—Desde luego que sí, jefe —repuso Della Street—. ¿Qué piensa hacer?

—He concebido un proyecto que creo que me dará resultado. Prepararemos una trampa y esperaremos a que Sam Grieb caiga en ella como un pajarillo.

—¿Y si no cayese?

Mason hizo una mueca y respondió:

—Pensaré otra.

—Supongo que no me hará caso si le aconsejo que tome precauciones...

—Desde luego que no.

—¿Por qué no deja que se encargue Paul Drake solo de estos jugadores?

—Porque mi cliente no quiere que este servicio lo haga Paul, sino yo. Puesto que he sido yo quien ha cobrado los honorarios, debo arrostrar la responsabilidad.

—La mayoría de los generales no van a la línea de fuego.

—Por eso pierden las guerras. Además, la vida a retaguardia carece de atractivos.

Ella afirmó con la cabeza.

—Tiene usted razón, jefe. En esta oficina hay bastante excitación.

—¿No le gusta?

—Desde luego que sí.

—Pues entonces, ¿por qué adopta esa expresión de la que está

diciendo: «Cuelga los vestidos aquí, pero no te acerques, al agua»?

—Es instinto maternal, señor Mason.

—Es usted demasiado joven para tener el instinto maternal.

—Se sorprendería usted si... ¡Ah, aquí está Paul Drake!

Della Street atravesó el despacho, abrió la puerta e hizo un movimiento de cabeza al individuo de alta estatura que cruzó el umbral y la saludó con una mueca.

Drake encogió los labios en una sonrisa de carpa y cerró la puerta tras él, al tiempo que decía:

—¡Dios mío, Perry, no me diga que va a emprender un caso nuevo! ¿O es que pretende hacer incoar un expediente *post mortem* al otro?

—¡Oh, no! El otro se ha terminado. Este es completamente nuevo. ¿Tiene traje de etiqueta?

El detective chasqueó la lengua.

—Desde luego. Poseo uno en mi guardarropa para disfrazarme. ¿Por qué?

—¿Conoce a un individuo llamado Sam Grieb?

—¿Se refiere al jugador?

—Sí.

—Sé algo de él, aunque no le conozco personalmente. Posee un buque que ha sido convertido en casino flotante, El Cuerno de la Abundancia, que está anclado más allá del límite de las doce millas. De vez en cuando envían agentes a fiscalizar en los botes a motor que hacen el servicio desde el barco a tierra, pero se limitan a eso.

—¿Qué reputación tiene ese hombre? —preguntó Perry Mason.

—Frío como el acero y duro de pelar —dijo el detective—. Es un hombre de negocios y es fama que está haciendo bastante dinero. Puedo averiguar todo cuanto a él se refiera en veinticuatro horas, si es eso lo que quiere.

—No —dijo Mason—, no va a ser necesario, Paul. He aquí un resumen del caso. Una mujer casada, llamada Silvia Oxman, ha dejado en poder de Grieb unos pagarés. Estos documentos tienen un valor nominal de unos siete mil dólares. Ella no tiene por el momento dinero suficiente para satisfacer su importe, y su marido pagará de buena gana una bonificación con tal de obtenerlos. Eso es todo lo que me han dicho y yo se lo digo a usted. Ahora exprima sus meninges, que es lo que yo he hecho.

—Bien —dijo Drake al cabo de un momento—. Si ese Grieb está dispuesto a cederlos al marido no habrá quien pueda impedirlo. ¿No es así?

—En efecto.

—A menos que la mujer vaya allí y satisfaga su importe, al mismo tiempo que entabla demanda judicial por ser los documentos de su propiedad.

Mason hizo una mueca.

—Considerándolo desde un punto de vista completamente ético, tiene razón, Paul.

El detective entrelazó los dedos.

—Supongo que ya habrá concebido un proyecto que me hará pintar en las paredes de la prisión del Estado si nos sale bien, o nos convertirá en cadáveres hediondos si nos sale mal. Veamos, Perry, hable.

Mason dijo:

—Pues bien, Paul. No existe ninguna ley que impida que un hombre elija el nombre que más le agrade, siempre que no emplee la falsa personalidad para hacer objeto de un fraude a otra persona. Así, pues, si se le ocurre ir a un Banco donde no le conocen personalmente y deposita mil dólares a nombre de Frank Oxman, haga que registren su firma y pida un talonario de cheques...

—¿Y bien? —instó Drake, con rígida atención y acento suspicaz.

—Entonces podría ir al barco casino y perder un par de cientos de dólares jugando. Luego extiende un cheque por quinientos dólares, lo firma con el nombre de Frank Oxman y pregunta al *croupier* si lo aceptaría. El *croupier* enviará el cheque a Sam Grieb y este creará que el verdadero Frank Oxman está a bordo y aprovechará la ocasión para ofrecerle los pagarés cobrando una buena comisión. Le rogará que le acompañe a su despacho para identificarle y hacerle algunas preguntas. Usted fingirá temor, diciendo que cree que quiere engañarle y negará que es el Frank Oxman por quien él le ha tomado, pero lo hará de tal forma que convencerá a Grieb de que está mintiendo. Entonces Grieb nos ofrecerá los pagarés de Silvia Oxman.

Mason se interrumpió para ver el efecto que su proyecto causaba a su amigo. Drake estaba asombrado, demasiado asombrado para pronunciar unas palabras.

El abogado prosiguió:

—Óigame bien, Paul. Oxman es el único interesado en pagar una bonificación por esos pagarés. Así, pues, cuando Grieb le sugiera que los pague, le ofrece una comisión de quinientos dólares, añadiendo que es todo lo que está dispuesto a pagar. No obstante, si fuese necesario, llegaríamos a darle quinientos más.

—Espere, Perry —dijo Drake recobrando el habla—. ¿No cree que es demasiado arriesgado todo esto?

—No diga tonterías. Yo no me separaré de usted ni un segundo. Le repetirá una y mil veces que usted no es el Frank Oxman con quien él le confunde, pero que es posible que le interese la adquisición de esos pagarés.

Drake movió la cabeza.

—No vale, Perry.

Mason repuso con impaciencia:

—Yo hablaré entonces. Iré como amigo suyo y llevaré todo el peso de la discusión.

—No me agrada, a pesar de todo —refunfuñó Drake.

—Pero le agradaría ganar quinientos dólares, ¿no?

—Desde luego.

—Entonces partiremos de aquí a las cinco y media. Iremos en mi coche.

—¿No nos traerá perjuicios este asunto?

—No tenga miedo. Hemos salido bien de otros casos peores.

—Hágase su voluntad, Perry —dijo el detective con un suspiro de resignación.

—El peligro desconocido es lo que da aliciente a nuestra vida —exclamó el abogado alegremente—. Ande, Paul, vaya a casa y tómese una buena copa y un par de rajas de pescado, a ver si con la comida se le quita esa expresión de miedo... Esta noche vamos a jugar en gordo.

Drake se encaminó a la puerta.

—Me temo que sí —declaró.

Capítulo 3

Las luces del buque de placer enrojecían el firmamento y se reflejaban en las olas arrancándoles destellos purpúreos. Al final del muelle un hombre vendía billetes para visitar el barco casino en las lanchas a motor. Perry Mason y Paul Drake, con sus mejores galas, atravesaron la barrera, descendieron los escalones del embarcadero y saltaron a un bote motor en el que ya se encontraban media docena de personas.

Drake dijo:

—Me siento disfrazado. Espero que no me vea nadie de la Jefatura.

Mason bromeó:

—Si no fuese por el olor a naftalina, Paul, iría perfectamente. Parece un hijo de buena familia.

Tomaron asiento en el bote. Un individuo dio una señal con un silbato y el motor empezó a rugir con violencia que ahogaba cualquier otro sonido. Mason perdió el equilibrio ante la brusca sacudida de la embarcación, que no tardó en salir de la zona iluminada para internarse en las aguas oscuras. Detrás del timón se dibujó una estela blanquecina, mientras en proa, se abrían las aguas remontándose hasta casi cubrir el bote. La ligera brisa unida a la velocidad, lanzaba sobre los rostros de los viajeros gruesas gotas de amargo sabor.

Al fin, el bote disminuyó la velocidad. Una mole negra se cernía a babor estrellada de innumerables luces rojas y blancas. El motor quedó silencioso. Una mano gigantesca pareció asir el bote por la proa y atraerlo hacia el barco casino. Se oyó una voz bronca que pronunció con tono autoritario:

—¡Todos a bordo!

Los pasajeros efectuaron el embarque con gran alegría. Las mujeres, en trajes de noche, se levantaban las faldas hasta la rodilla

para saltar a la escala.

Mason y Drake fueron los últimos en desembarcar del bote y se vieron empujados en su ascenso por un grupo de ocho o diez personas que surgió de improviso, mientras que un individuo, asomado a la pasarela, gritaba con voz estentórea:

—No se apresuren, señores, hay sitio para todos. ¡Por favor, señores!

Mason condujo a su compañero a través de la cubierta hasta un salón profusamente iluminado, del que venían sonidos de voces, ruidos de fichas y el de la ruleta.

—Bien, Paul —dijo Mason—, a ver cómo se porta.

—¿Va a enfrentarse con el tigre? —inquirió el detective.

—Todavía no. Voy a dar una vuelta para observar. Usted procure llamar la atención. Juegue fuerte.

Drake se aproximó a una mesa de ruleta atestada de gente, mientras Mason, después de perder unos cuantos dólares a la ruleta, los recuperó a los dados; luego fue a la mesa del «treinta y cuarenta» y obtuvo algunas ganancias cruzando pequeñas apuestas.

Notó un codazo breve y Drake le dijo al oído:

—Acabo de ganar trescientos dólares, Perry. ¿Qué le parece si hiciera saltar la banca? ¿Tendría que contribuir a los gastos de nuestra empresa con mis ganancias?

—No creo que lo consiga, Paul, ni quiero que lo haga.

—¿Qué me aconseja, entonces?

—Recoja las ganancias y vaya a otra mesa. Juegue fuerte hasta que pierda todo lo que tenga encima... de la mesa, naturalmente. Entonces, extienda un cheque. Tan pronto como lo haga, me hace una seña, y yo me encargaré de lo demás.

Drake se aproximó a otra mesa. El abogado le observaba sin pestañear. Al principio la suerte se obstinó en favorecer a Drake; luego empezó a perder. Aumentó sus apuestas arriesgando el dinero mientras el *croupier* le observaba con aire de aprobación. Le conceptuó como uno de esos jugadores que pierden la cabeza cuando no ganan y, por consiguiente, no tardaría en dejar allí todo cuanto poseía.

Cuando desapareció la pila de fichas, Drake vació uno de los bolsillos de su pantalón que estaba repleto de billetes y monedas, adquirió fichas y jugó todo de una vez. Perdió y sacando un

talonario de cheques, extendió uno por valor de quinientos dólares, firmando Frank Oxman. Luego lo entregó al *croupier*.

—¿Aceptaría esto? —dijo.

El empleado miró el cheque. Drake dirigió una mirada a Mason, que le hizo un movimiento con la cabeza. El *croupier* conservaba el cheque en la mano cuando se le aproximó un individuo vestido de etiqueta, al cual dijo unas palabras al oído, y entonces el recién llegado tomó el cheque y desapareció.

Drake interpeló al empleado:

—¿Me da el dinero o no?

—Espere un momento, señor Oxman —replicó el *croupier*. Suavemente. Luego volvió a poner la bolita en juego y concentró toda su atención en la mesa aquella.

Mason se aproximó a Drake.

Transcurrieron dos minutos durante los cuales Drake tamborileaba en la mesa pacientemente, mientras que Mason contemplaba el juego con aparente interés. Luego, el individuo que había tomado el cheque se acercó a Drake.

—¿Tiene la bondad de seguirme, señor Oxman? —dijo.

El detective titubeó y miró interrogativamente a Perry Mason.

El abogado dijo:

—Desde luego, yo le acompañaré.

El individuo vestido de etiqueta favoreció a Perry Mason con una mirada poco amistosa.

—Estoy con este caballero —dijo Mason en tono de excusa—. Vaya delante y enséñenos el camino.

El hombre se volvió, cruzó la sala de juego y llegó a una puerta, frente a la cual se hallaba apostado un guardia con uniforme azul, armado de un fusil que descansaba ostentosamente sobre un hombro. Una banda plateada cruzaba la guerrera, con una leyenda que decía: «Guardia especial».

El guía hizo una seña al guardia, abrió la puerta y dijo:

—Por aquí, señores, por favor.

Perry y Drake le siguieron por un pasillo que daba de pronto una vuelta en ángulo recto, hasta que llegaron a una puerta cerrada. Atravesaron esta puerta y entraron en la sala de espera. Su guía cruzó la estancia y permaneció en pie en actitud de expectación frente a una pesada puerta de caoba.

Una mirilla se abrió en la puerta y una voz de hombre murmuró:

—Está bien.

El individuo vestido de etiqueta abrió la puerta y, apartándose a un lado, invitó a Mason y Drake a pasar. Mason, entrando el primero, se encontró en un despacho suntuosamente amueblado. El individuo bajo y rechoncho, de rostro grasiento, contrajo sus gruesos labios en una sonrisa amistosa. Sus ojos eran tan pálidos como la pechera de su camisa... duros, fríos y sin expresión.

—El señor Grieb —dijo su guía, y se marchó al despacho exterior cerrando la puerta tras él. Mason oyó el chasquido de una cerradura.

Grieb dijo:

—Perdónenme un momento.

Y se aproximó a la puerta, cerrándola cuidadosamente con barras de hierro, luego volvió a cruzar el despacho y tomó asiento en un sillón giratorio, detrás de una enorme mesa de despacho con tablero de vidrio.

Sobre la mesa no se veía más papel que el cheque que Drake acababa de extender. El documento se hallaba sobre el secante de papel marrón de una carpeta de cuero. Exceptuando el cheque y la carpeta con el secante, no había nada más sobre la gigantesca mesa.

—¿Cuál de ustedes es Oxman? —preguntó el individuo de detrás de la mesa.

Drake lanzó una mirada angustiada al abogado.

Mason dio un paso hacia delante y declaró:

—Yo soy Mason.

—Encantado de conocerle, señor Mason —afirmó Grieb, y fijó sus pálidos ojos en Paul Drake.

—Desea que le hagamos efectivo el cheque señor Oxman —añadió—, y tenemos la costumbre de hacer algunas preguntas a nuestros clientes antes de concederles crédito alguno. ¿Es la primera vez que viene usted a este barco?

Drake asintió con la cabeza.

—¿Conoce a alguien de aquí? —inquirió Grieb.

—No —repuso Drake.

—¿No le importará darme el número de teléfono, dirección completa, profesión, etcétera?

Mason se apresuró a intervenir:

—Voy ahorrarle esas molestias, señor Grieb.

Grieb enarcó las cejas y preguntó en voz monótona y seca:

—¿Qué tiene usted que ver en todo esto, señor Mason?

—He venido con este caballero —explicó el aludido, indicando a Drake con la cabeza.

—¿Es usted amigo suyo?

—No. Soy su abogado.

Grieb cruzó sus manos gordezuelas sobre su vientre voluminoso. Enormes diamantes que adornaban sus dedos reflejaron la luz brillante intensa, con reflejos cegadores.

—Un abogado, ¿eh? —dijo.

Mason asintió en silencio y se aproximó más a la mesa de despacho.

—¿Y cómo piensa evitarme todas esas molestias?

Mason, sonriendo amablemente, recogió de pronto el cheque que se hallaba sobre la mesa.

—No tendrá necesidad de pagarlo —dijo.

Grieb se enderezó en su sillón. Los diamantes lanzaron miríadas de haces luminosos cuando intentó recuperar el cheque, luego se reprimió y volvió a sentarse con las puntas de los dedos apoyadas sobre el secante.

—¿Qué se propone? —preguntó.

Mason dijo:

—Mi cliente no es buen jugador. No sabe resignarse a perder. Empezó a jugar moderadamente y ganó un poco, se aficionó y lo han dejado limpio. Pero ya ha recuperado sus sentidos y no tiene necesidad de dinero. Ya ha terminado de jugar.

Los ojos de Grieb se clavaron con fijeza en los de Perry Mason.

—Creo que este asunto sólo nos concierne al señor Oxman y a mí —dijo con frialdad agresiva.

Mason entregó el cheque a Drake, diciéndole:

—Es mejor que lo rompa.

Drake lo desgarró en pedacitos minúsculos y se los guardó en el bolsillo de los pantalones. Grieb se levantó. Mason se colocó entre Grieb y Drake.

—Mi cliente cometió un error al entregarle ese cheque —dijo por vía de excusa.

—¿Quiere decir que no tiene fondos suficientes en el Banco?

—¿Quién le ha dicho semejante cosa? Telefóne al Banco mañana y se convencerá, si es eso lo que le preocupa. Lo que quiero decir es que me opongo a que mi cliente entregue un cheque en este garito flotante. Verá usted, no vinimos a jugar.

Grieb se sentó lentamente miró a los dos hombres un momento, luego indicó dos sillas con un gesto de la mano derecha.

—Siéntense, señores —dijo—. Quiero hablar con ustedes.

Drake miró a Mason como pidiéndole instrucciones. Mason asintió con la cabeza y tomó asiento a la izquierda de Grieb. Drake se dirigió ostentosamente hacia una silla situada más cerca de la mesa de escritorio y más alejada de Grieb.

El jugador estaba sentado muy erguido, con las puntas de los dedos descansando sobre la carpeta.

—¿Ese cheque es bueno? —preguntó.

Mason se echó a reír.

—Yo garantizo los cheques de este caballero por la cantidad que él tenga a bien escribir.

—¿Con esa firma y contra ese Banco? —persistió Grieb.

Mason movió afirmativamente la cabeza y, al parecer, tras madura reflexión, contestó:

—O con cualquier otra firma.

Los ojos de Grieb escudriñaron a Paul Drake, el cual, evidentemente embarazado, devolvió la mirada. Grieb desvió la vista y escudriñó entonces el rostro impassible del abogado.

—¿De modo que es usted abogado y se llama Mason?

Mason asintió en silencio.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Porque quiero saber algo más —contestó Grieb.

—Creo —dijo Mason— que nuestra pequeña operación ha terminado, ¿no es verdad, señor Grieb?

Grieb meneó negativamente la cabeza. De pronto, una arruga de perplejidad apareció en su frente. Dijo:

—Un momento; usted es Perry Mason, ¿no es cierto?

Mason movió la cabeza afirmativamente.

Grieb puso el codo derecho sobre la carpeta.

—Eso —dijo— es diferente. ¿Qué les parece si habláramos sin rodeos de negocios, caballeros?

Mason alzó las cejas y preguntó:

—¿De negocios?

Grieb movió afirmativamente la cabeza, volvió a Drake y preguntó:

—Si no ha sido para jugar, ¿a qué ha venido usted, señor Oxman?

Drake fue a contestar, pero miró a Mason y guardó silencio.

Mason dijo pausadamente:

—Déjeme hablar a mí —y volviéndose hacia el jugador, añadió —: No quiero que haya una confusión, señor Grieb. Usted no conoce a este señor. Él le ha ofrecido un cheque firmado «Frank Oxman». Ese cheque tiene todo su valor, pero esto no significa que este señor sea realmente Frank Oxman. Sólo significa que tiene una cuenta corriente bajo ese nombre. Y si dijera alguna vez que Frank Oxman perdió o ganó un céntimo a bordo de este barco, podría usted acarrearle un disgusto. Mi cliente ha venido aquí, no con objeto de jugar, sino de echar un vistazo al casino flotante.

—¿Por qué motivo quería echarle un vistazo? —preguntó Grieb.

—Quería averiguar algo referente a la perspectiva general, qué aspecto tenía y la vida que aquí se hacía.

—De modo que usted afirma que él no es Frank Oxman, ¿eh? —preguntó Grieb.

Mason sonrió afablemente.

—No —contestó—. No he afirmado tal cosa.

—Entonces él es Frank Oxman.

—No admitiré ni siquiera eso —sonrió Mason.

Grieb dijo lentamente:

—Ustedes han venido aquí a recoger ciertas pruebas.

Mason permaneció silencioso.

Grieb continuó:

—Ustedes pensaron dar un vistazo al barco, trabar amistad con alguno de los *croupiers*, observar el juego en las mesas, entrar en conversación con alguno de los que juegan, y averiguar algo que quieren saber.

Mason sacó una pitillera de su bolsillo, extrajo un cigarrillo y lo encendió.

—De todos modos —dijo—, ¿qué importa el porqué hemos venido aquí?

—Importa y mucho —replicó Grieb.

Mason exhaló una bocanada de humo mientras guardaba el encendedor.

—¿Por qué razón importa mucho? —preguntó.

—Tengo que hablar de negocios con su cliente —replicó Grieb.

—No tiene usted que hablar nada con mi cliente —dijo Mason—. Mi cliente es, desde este momento, mudo, sordo y ciego.

—Perfectamente. Entonces tengo que hablar de negocios con usted.

—En este momento —declaró Mason, cruzando sus largas piernas y exhalando una bocanada de humo— no estoy de humor para hablar... Tiene usted un magnífico despacho, Grieb.

—Desearía que ustedes conociesen a mi socio —dijo Grieb, cambiando de posición ligeramente, alzando un lado de su cuerpo como si oprimiera con el pie derecho. Un instante después, un timbre eléctrico zumbó y Grieb, echando atrás el sillón giratorio, dijo:

—Perdonen un momento.

El abogado y Drake cambiaron una mirada cuando Grieb fue a la pesada puerta de caoba, descorrió la mirilla, dio vuelta a la palanca que controlaba los cerrojos, abrió la puerta y dijo al guardián especial que estaba en el umbral:

—Arthur, dile a Charlie Duncan que venga enseguida.

El guardián miró con curiosidad a los dos visitantes.

—Charlie fue a tierra a telefonar —informó—. Vuelve enseguida. Se lo diré en cuanto llegue.

Grieb cerró la puerta, echó los cerrojos y volvió a la mesa de despacho.

—¿Qué les parece si tomamos una copa? —preguntó.

Mason meneó negativamente la cabeza.

—¿Hay algún motivo por el cual no podemos ir a tierra? —inquirió.

—Preferiría que esperasen un rato.

—¿Para qué?

—Han venido ustedes expresamente a recoger ciertas pruebas.

La sonrisa desapareció del rostro de Perry Mason al contestar:

—No tengo ningún deseo de discutir el deseo de nuestra visita. Este es un establecimiento público, abierto para todo el que quiera venir a bordo.

La voz de Grieb era conciliadora, cuando dijo:

—Un momento, nada más, señor Mason. No discutamos.

—No estoy discutiendo; le estoy informando.

—Perfectamente —sonrió Grieb—, como usted quiera, me está informando... ¿Les gustaría dar un vistazo al barco?

Mason sacudió negativamente la cabeza.

Grieb dijo en tono irritado.

—Escuche. Mi tiempo es tan valioso como el suyo. Tengo que decirles algo, pero quiero esperar a que Charlie llegue aquí. Charlie Duncan es mi socio.

Mason miró a Paul Drake. El detective movió negativamente la cabeza. Luego Mason dijo:

—No tenemos interés en esperar.

Grieb bajó la voz.

—¿Y si yo les facilitara las pruebas acusadoras que buscan?

—Usted no sabe qué pruebas buscamos —replicó Perry Mason.

Grieb rió.

—No me tome por idiota, Mason. Su cliente es Frank Oxman. Su esposa es Silvia Oxman. Él quiere reunir algunas pruebas comprometedoras que le sirvan para obtener el divorcio.

Mason, eludiendo la muy expresiva mirada de Drake, respondió:

—Yo no digo nada. Usted está hablando y yo le escucho...

—He dicho cuanto tenía que decir —contestó Grieb, escudriñando con sus ojos pálidos a Mason.

—¿Cuánto tiempo tardará su amigo?

—No más de un cuarto de hora.

Mason cambió de posición, arrellanándose más cómodamente en el sillón.

—Un cuarto de hora no es mucho tiempo —dijo—. Tiene usted un despacho soberbio.

—Me gusta —confesó Grieb—. Yo mismo escogí el mobiliario.

—¿Es una cámara acorazada aquello? —preguntó Mason, apuntando hacia una puerta de acero.

—Sí, convertimos un camarote contiguo en una cámara acorazada. Está revestida de cemento. ¿Le gustaría darle un vistazo?

Grieb fue a la puerta de acero de la cámara acorazada y la abrió, mostrando un interior muy espacioso. En la parte posterior de la cámara acorazada había una caja de caudales.

—¿Guarda usted el dinero en esa caja de caudales? —preguntó Mason, siguiendo a Grieb al interior de la cámara acorazada.

—Nuestro dinero —contestó Grieb, mirándole con fijeza— y documentos de nuestros deudores.

—¿Quiere decir los pagarés? —preguntó Perry Mason.

—Quiero decir los pagarés —repuso Grieb.

—Esto empieza a interesarme —confesó Mason.

—Me lo figuraba —declaró Grieb.

—Debe tener usted bastante dinero aquí entonces.

—Así es.

—¿Qué puede impedir que una banda suba al barco, se apodere de él y lo despoje?

—Esto sería un acto de piratería.

—¿Y qué?

—Ya hemos calculado eso, señor Mason.

—¿Cómo?

—En primer lugar, es imposible entrar en este despacho, excepto bajando por el corredor, que tiene un recodo a la mano derecha. Cuando un hombre baja por ese corredor, tiene que caminar sobre el suelo alambrado. Su peso forma un contacto y hace sonar un timbre de alarma aquí en este despacho. La puerta del despacho está siempre cerrada con llave. Está cubierto de madera en ambos lados, pero el centro es de acero. Se tardaría mucho en derribar esa puerta. Hay señales eléctricas instaladas por todo el despacho. Puedo tocar un timbre de alarma desde cualquier parte del despacho, sin mover las manos.

»Además, siempre hay un vigilante armado, hombre tan competente con los puños como con la pistola del cuarenta y cinco que lleva.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Le vi al entrar. Observo que lleva una chapa que dice «Guardia especial». ¿Qué significa eso? Si usted se encuentra fuera del límite de las doce millas, no puede ser un agente de la policía de marina.

Grieb rió.

—La chapa —explicó— es tan sólo para el efecto psicológico que produce. Como igualmente el uniforme azul. La verdadera autoridad se la da la pistola. Recuerde usted que se encuentra en

alta mar y yo tengo el mando supremo.

—¿Y si una pandilla asaltase el barco en una noche de niebla?

—No conseguiría nada.

—Su guardián no duraría mucho.

—Eso cree usted.

—Ha declarado usted que guarda mucho dinero en esta caja.

—En efecto.

—Los Bancos guardan dinero. Los Bancos tienen guardias y los Bancos son asaltados con cierta frecuencia, ¿verdad?

—Todo eso está muy bien, pero a nosotros no nos asaltan. No lo saben muchos, pero en caso de que le interese, hay un balcón en la parte posterior de la sala de juego. La pared de delante es de acero impenetrable. Hay una ranura de pulgada y media en esa pared, y dos individuos montan guardia ahí, con ametralladoras y bombas lacrimógenas.

—Eso es diferente.

—No se preocupe por nosotros. Nosotros... le aseguro que...

Grieb se interrumpió. El timbre eléctrico había empezado a repiquetear.

—Alguien viene —dijo—. Probablemente es Charlie. Volvamos al despacho.

Abrió la marcha a través de la puerta de acero de la cámara acorazada, fue a la puerta comunicante y descorrió la mirilla. En este momento, una veloz lancha a motor despegaba del costado del barco y regresaba a tierra.

Grieb echó atrás la palanca, giró el pomo de la cerradura de muelle, y abrió la puerta cuando el ruido de la lancha a motor comenzó a desvanecerse.

Un hombre calvo, de unos cuarenta y cinco años, con perpetuas arrugas de sonrisa alrededor de los ojos, apareció en el umbral. Vestía un traje de cuadritos, y sus labios, contraídos en una sonrisa afable, mostraban tres relucientes dientes de oro.

Grieb dijo:

—Señores, les presento a mi socio, Charlie Duncan. Duncan, este es Perry Mason, el abogado. El otro caballero...

—Si le es igual —interrumpió Mason, extendiendo la mano—, el otro caballero es como si no estuviera y, por lo tanto, es innecesario mencionar su nombre.

Duncan, que ofrecía su mano derecha, se quedó de pronto inmóvil. Los dientes de oro desaparecieron cuando sus labios se cerraron. Sus ojos se desviaron un segundo hacia su socio, mientras decía:

—¿Qué es esto, Sam?

—Nada de particular, Charlie —contestó Grieb, precipitada mente.

La mano de Duncan estrechó la de Mason.

—Me alegro de conocerle, señor Mason —declaró.

Sus ojos escudriñaron fríamente a Paul Drake.

—Ven acá y nos sentaremos —invitó Grieb—. Vamos a hablar de un negocio, y yo quería que estuvieses presente.

—Nosotros no vamos a hablar —declaró Mason.

—Bien —asintió Grieb, precipitadamente—. Nadie les dice que hayan de hablar. Pueden ustedes escuchar.

—Perfectamente —dijo Mason—. Escucharemos.

Tomaron asiento y Grieb se volvió a Duncan.

—Charlie —dijo—, este individuo —indicó a Drake con un movimiento de cabeza— empezó a jugar. Poco al principio. Pero se entusiasmó y comenzó a jugar más fuerte. Cuando la suerte le fue adversa, perdió hasta la cabeza. Jimmy me trajo el cheque y yo le di un vistazo a la firma. El cheque estaba firmado por «Frank Oxman».

—Eso no significa nada —interrumpió Mason—. Les agradecería que olvidasen ese cheque.

—Le estoy contando a mi socio lo que ha ocurrido —replicó Grieb—. No tiene usted que decir nada, si no quiere.

—Muy bien —dijo Mason—. No quiero decir nada.

El rostro de Duncan continuaba impasible.

—Sigue, Sam. Cuéntame el resto del incidente.

—Dije a Jimmy que hiciese pasar al dueño del cheque. Cuando vino, lo hizo en compañía de Mason. Mason dijo unas cuantas cosas, cogió el cheque y se lo dio a su amigo para que lo rompiera.

Los ojos de Duncan, se entornaron.

—Ah, sí, ¿eh? —preguntó—. No creo que eso nos pueda agradar, Sammy.

Grieb dijo precipitadamente.

—No lo interpretes mal, Charlie. Te lo digo simplemente para que lo sepas, ¿comprendes? Naturalmente, al principio me enojé.

Pero luego comprendí de qué se trataba. Mason no quería que yo supiera que Oxman se encontraba a bordo del barco. No quería que nadie supiese que Oxman había estado jugando. Tampoco quería que tuviésemos un cheque suyo. ¿Entiendes Charlie?

—Creo que lo que dije fue —observó Mason— que mi cliente había cambiado de idea y ya no necesitaba ningún dinero. Me parece que también le dije que si usted divulga que Frank Oxman había estado jugando aquí, «podría encontrarse en una situación embarazosa». Le advertí claramente, Grieb, que mi cliente no vino aquí con el objeto de jugar.

—Lo sé —dijo Grieb en tono afable—. Comprendemos su situación perfectamente, Mason.

Duncan se reclinó en el respaldo de su sillón. Los dientes de oro aparecieron de nuevo y los labios esbozaron una sonrisa.

—¿Has hablado de algún negocio, Sammy? —preguntó.

—Todavía no —contestó Grieb—. Estaba esperando que volviesses a bordo.

Duncan sacó un puro de su bolsillo, cortó una punta con un cortaplumas, rascó una cerilla en su zapato y dijo:

—Bien, Sammy, aquí estoy.

—¿Quieres hablar tú? —preguntó Grieb.

—No, Sammy, hazlo tú.

Grieb se encaró con Mason.

—Silvia Oxman nos adeuda algún dinero. Practicamos las indagaciones pertinentes y descubrimos que el nombre del esposo era Frank Oxman. Un pajarito nos dijo que era muy posible que Oxman entablase una demanda de divorcio y desearía obtener algunas pruebas de que su esposa había estado derrochando su dinero jugando y, por consiguiente no era una persona adecuada para encargarse de la custodia de su hijo ni confiársele el dinero en caso de tener ella el niño. ¿Sabe usted algo de eso?

Mason contestó cautelosamente.

—No, yo no sé nada de eso.

—Su cliente debe saberlo.

—No metamos a mi cliente en esto, por favor.

—Verá usted —dijo Grieb—, siempre nos ha gustado cooperar. Ustedes han venido aquí en busca de algunas pruebas comprometedoras. Quizá podríamos ayudarles.

—¿De qué modo? —preguntó Mason.

—Facilitándoles esa prueba.

—¿En qué condiciones?

—Hum —murmuró Grieb, lanzando una rápida mirada a su socio—. Tendríamos que discutir las condiciones.

—Su idea de una prueba puede ser distinta de la mía —indicó Mason.

—La prueba es excelente —repuso Grieb—. Se trata simplemente de lo que ustedes están dispuestos a hacer.

—Tendríamos que examinar esa prueba —repuso Perry Mason.

Grieb miró a Duncan significativamente y señaló con la cabeza hacia la cámara acorazada. Duncan, sonriente aún, se dirigió a la cámara y penetró en el interior. Los tres hombres que seguían sentados en el despacho guardaban un silencio tenso. Al cabo de unos segundos se oyó el sonido peculiar del escape de aire cuando la puertecilla de la caja de caudales se cerraba.

Duncan emergió de la cámara acorazada llevando tres trozos oblongos de papel que depositó sobre la cubierta de cristal de la mesa de despacho.

Los diamantes de Grieb chispearon de nuevo cuando cogió los rectángulos de papel, y dijo:

—Tres pagarés, firmados por Silvia Oxman por valor de siete mil quinientos dólares.

Mason frunció el ceño.

—No me figuraba que sería tanto —declaró.

La voz de Grieb sonó dura de codicia.

—Figúrese ahora, pues.

Mason frunció los labios.

—Supongo —dijo— que ustedes quieren algo.

Grieb se movió con impaciencia.

—No pretenda ser tan astuto. Tiene usted algunas cartas en este juego, pero nosotros tenemos todos los ases. Deje de fingir. Tendrá usted que soltar la «pasta»... y estar contento.

Duncan reprendió en tono de disgusto:

—¡Por Dios, Sammy!

Mason dijo:

—Quisiera examinar esos pagarés.

Grieb los extendió sobre la mesa, sujetándolos fuertemente con

los dedos extendidos sobre los ángulos superiores.

—Examínelos —invitó ceñudamente.

Mason objetó:

—Eso no es lo que yo entiendo por examinarlos.

—Eso es lo que yo llamo examinarlos —replicó Grieb.

Duncan dijo en tono apaciguador:

—Calma, Sammy, tómalo con calma.

—Lo estoy tomando con calma —dijo Grieb—. Había un cheque sobre esta mesa y él lo recogió para examinarlo. Ahora ese cheque está roto en mil pedazos y en los bolsillos de ese caballero.

—El cheque era distinto —explicó Mason.

—Pues no me gustó el modo como lo hizo —le dijo Grieb.

—Nadie le pidió a usted que le gustase —dijo lacónicamente.

Duncan interpuso:

—Un momento, muchachos. Así no vamos a ninguna parte.

El rostro de Grieb se oscureció de rabia. Cogió los pagarés y dijo irritado:

—Eso ha estado haciendo desde que entró aquí. Cualquiera diría que él es Roosevelt y yo un malhechor. ¡Que se vaya al infierno!

Duncan se aproximó a la mesa y extendió las manos hacia los pagarés. Su rostro sonreía aún, pero sus ojos estaban duros.

—Esta es una operación comercial, Sammy —dijo.

—No para mí —replicó Grieb—. Estamos ofreciendo una demanda de divorcio en una bandeja de plata y estos sujetos andan con rodeos para no soltar la «mosca». Que se vaya al diablo el negocio.

Duncan no dijo nada. Permaneció junto a la mesa con la mano extendida.

Grieb le dio los pagarés y le dijo:

—Muy bien, hazlo tú; si sabes tanto.

Duncan entregó uno de los pagarés al abogado.

—Los otros dos —dijo— son iguales a este.

—¡Quiero verlos todos! —replicó Mason.

—Puede usted examinarlos uno tras otro —dijo Duncan.

Drake dijo:

—Es una proposición razonable, Perry. Los examinaremos uno tras otro.

Mason extendió lentamente la mano y tomó el papel oblongo. Él

y Drake lo examinaron cuidadosamente, entretanto Duncan les observaba con ojos fríos sobre labios sonrientes. Grieb abrió el cajón de la izquierda de la mesa y metió casualmente la mano en el interior.

El pagaré estaba extendido sobre un papel impreso. Era por valor de dos mil quinientos dólares y estaba firmado «Silvia Oxman». La fecha indicaba que el pagaré fue firmado hacía dos meses.

Mason lo devolvió a Duncan, quien le entregó otro diciendo:

—Este fue extendido un mes antes.

Cuando el abogado dio por terminado el examen del segundo documento, Duncan le alargó el tercero.

—Este es el primero que firmó.

Mason devolvió el último pagaré a Duncan y Grieb sacó la mano del cajón de la mesa de despacho, cerrándolo de golpe. Mason dijo con suavidad:

—¿Y bien?

—Usted es abogado —dijo Duncan—. No es necesario, pues, que le diga lo que son estos documentos.

Grieb añadió:

—Nosotros sabemos perfectamente cuál es el verdadero valor de esos papeles.

La voz de Duncan se dejó oír de nuevo:

—Con eso en su mano, señor Mason, todos los triunfos serán suyos. Ningún tribunal permitiría manejar a una mujer el dinero de su hijo, después de esta prueba incontrovertible de su afición al juego. Esperamos su oferta.

—¡Qué oferta ni qué niño muerto! —interrumpió Grieb—. Somos nosotros los que debemos fijar el precio. Esto tiene gran importancia para Oxman. Hace mucho tiempo que lo ansia y no creo que se pare en chiquitas para adquirirlos. Han estado figoneando por aquí intentando hacer hablar a nuestros hombres sin conseguirlo. Somos nosotros los que tenemos todas las cartas en las manos y vamos a jugar nuestros triunfos.

Mason se levantó.

—Espere un momento, señor Mason —dijo Duncan—. No sea así. Mi compañero es extraordinariamente impulsivo.

—Yo le llamaría grosero, pero después de todo no creo que

consiga ninguno de ustedes hacer un gran negocio con esos papeles. Ustedes no ignoran que Silvia carece ahora de dinero para satisfacer el valor nominal de esos pagarés. Ustedes creen que a mí me interesan y podrán explotarme. No tengo quien me haga la competencia. No hay nadie aparte de nosotros que le ofrezca un céntimo por ellos.

—¡Mételes otra vez en la caja, Duncan! —dijo Grieb—. No me gusta tratar con charlatanes.

—Y a mí —repuso Mason— no me gusta tratar con bribones de su calaña.

Grieb se levantó tan violentamente, que la silla giratoria salió proyectada hacia atrás, haciendo un ruido enorme. En su rostro grasiento aparecieron manchas violáceas.

Charlie Duncan, apoyando la silla en que estaba sentado contra el muro, se introdujo los pulgares en las sisas del chaleco y dijo en tono conciliador:

—No sean así, muchachos; no discutan.

Mason cruzó el aposento y miró con fijeza a Grieb.

—Voy a decirle algo que le interesará enormemente. Están ustedes fuera del límite de las doce millas; es decir, fuera del Estado. Puedo emplear contra ustedes una *subpaena duce tecum*, nombrar una comisión que oiga sus declaraciones y que les obligarán a firmar bajo juramento que no tienen esos pagarés o a entregarlos en caso contrario. De esta forma, no tendré que pagarles un solo céntimo en concepto de comisión.

Charlie Duncan rió con suavidad untuosa.

—La memoria de Sam es mala a veces.

—Bien, pero la mía no. Si no responde la verdad cuando se le interroga sobre esos documentos, llevaré el asunto al tribunal federal. Están fuera del Estado, pero pertenecen a sus tribunales, mientras este barco enarbole la bandera de los Estados Unidos.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Ahora bien; la única forma de conseguir un céntimo más de su valor nominal es vendiéndomelos a mí. Les ofrezco una comisión de mil dólares. Pueden aceptarlos o no. Les concedo treinta segundos para pensarlo. Ni un solo momento más.

Grieb lanzó un suspiro furioso.

—Puede echar a andar cuando quiera. La respuesta es no.

Duncan no se preocupó de mirar a Grieb. Tenía los ojos fijos en Mason. Tenía un brillo amenazador, pero sus dientes de oro lucieron chispeantes al entreabrir los labios en una sonrisa.

—Déjame intervenir a mí también, Sam. Mire, señor Mason: usted sabe tan bien como yo que estos pagarés valen mucho más de mil dólares sobre su nominal.

—Para mí no —respondió el abogado.

Grieb rugió:

—Tira a ese charlatán del barco, Charlie.

—Tranquilízate, Sam —repuso Duncan mirando a Mason—. Cállate y déjame a mí.

—No sé qué diablos te has creído que eres aquí —protestó Grieb—. Esos documentos valen diez mil dólares sobre su nominal y no los cederé por un céntimo menos.

Duncan, arrellanándose en su silla, dijo:

—Ya ha oído usted a mi socio. ¿Qué le parece?

—No me importa un comino lo que piense su socio. Le he ofrecido mil dólares y ese es mi límite. Si se obstinan ustedes en conservar esos documentos, ya saben lo que les espera. Silvia no podrá pagarles nunca y ustedes no pueden proceder judicialmente contra ella...

—Eso es mentira —gruñó Grieb.

—¡Cállate, idiota! —gritó Duncan.

Grieb se lanzó sobre su socio.

—Mira, Charlie. Tú no has invertido en este negocio más que saliva. Yo sé perfectamente el valor de esos documentos y no quiero que por una tontería tuya...

—¡Cállate, idiota! —gritó Duncan volviéndose hacia él—. Si no los compra Frank, ¿quién crees que lo hará?

—Silvia.

—¿Cuándo?

—Dentro de poco.

—¿Y por cuánto?

—Pues si ella se enterara de que teníamos otro comprador...

Duncan miró despreciativamente a su socio y se volvió a Mason.

—¿Les molestaría estar en la otra habitación un momento? Quiero hablar a solas con mi socio y, aunque quiero ser razonable, parece que mil dólares es demasiado poco para...

—Creo que no es necesario hacernos esperar entonces. Les he ofrecido mil dólares y es mi oferta única y definitiva. No olviden lo que les he advertido. Estoy dispuesto a...

—No lo repita. Es innecesario. Tenga la bondad de esperar en ese saloncito. —Se dirigió a la pesada puerta y, alzando la barra de hierro, la abrió de par en par.

—Considérense en su casa señores. Ahí tienen algunas bebidas; tomen un trago tranquilamente y decidan una respuesta concreta.

—Si emplea más de ese tiempo —aseguró Mason—, no nos encontrará cuando abran de nuevo.

Grieb refunfuñó:

—¡Vete al cuerno, maldito charlatán!

Duncan, sonriente, cerró la puerta después de hacer un movimiento de cabeza al abogado.

Drake se volvió a Mason y dijo:

—¿Por qué no llega usted a los mil quinientos, Perry? Eso lo aceptarían. Y Grieb vería satisfecho su amor propio.

—¡Al diablo el amor propio de Grieb y él mismo! No me gustan los chantajes.

Drake se encogió de hombros.

—Lo siento por usted, Perry.

Mason no respondió.

—¿No cree usted que...?

—Lo que creo es que Grieb y Duncan no están en muy buena armonía.

—Y si es así, ¿no se hará más difícil el asunto para nosotros?

—Todo lo contrario.

—¿Por qué?

—Porque su sociedad no durará mucho y el día en que se separen preferirán tener ocho mil quinientos dólares en metálico para repartir en vez de siete mil quinientos en pagarés.

Drake abrió los ojos asombrado.

—No había pensado en eso, Perry.

—Duncan, sí.

Quedaron silenciosos por un momento. Pasos nerviosos y rápidos sonaron en el pasillo que conducía a la oficina. Ambos escucharon sin pronunciar una palabra. Los pasos se aproximaban...

Se oyeron de pronto las barras de hierro que cerraban el

despacho de los bribones, y Duncan asomó su rostro sonriente.

En la mano llevaba dos pagarés.

—Conforme con lo que nos ha ofrecido, Mason. Pero exigimos que nos pague en metálico. No queremos cheques, desde luego.

—¿Qué ha dicho su socio?

—No le interesa. Deme el dinero y tome los malditos pagarés.

Se abrió la puerta del pasillo. Una mujer de unos veinte años, vestida con un traje oscuro, les miró con ojos negros sin mostrar curiosidad alguna; luego se dirigió a Duncan y dijo:

—Quisiera ver a Sam.

Duncan estrujó los documentos con su mano derecha y se los introdujo en el bolsillo. Enseñó los dientes al decir:

—Bien, bien, señorita. Sam está ahí dentro.

Pero continuó en la puerta obstruyendo el paso.

La joven lanzó una mirada llameante, de ayuda, a los dos hombres; luego avanzó hasta colocarse a dos pies de Duncan, que conservaba la mano izquierda sobre el pasador de la puerta entreabierta.

—Bueno —dijo la joven sonriendo—, ¿puedo pasar o no?

Duncan examinó los rostros de Mason y Drake, y ella, siguiendo la dirección de su mirada, clavó por tercera vez sus ojos bellísimos en las dos caras desconocidas para ella.

La sonrisa de Duncan se convirtió en una mueca.

—Claro que sí —murmuró sin separar su mirada del abogado y del detective—. Pase.

Abrió la puerta, se apartó a un lado para permitirle pasar, y la cerró inmediatamente tras ella.

—No empiecen a hablar de negocios hasta que yo vuelva —dijo. Luego se acercó a Mason y añadió—: Bien, caballeros; han fracasado en su superchería. Mañana iré a consultar a un abogado para ver si puedo actuar contra usted por esta suplantación de personalidad. Entretanto, no olviden el barco. Es un lugar delicioso para jugar. Tienen grandes probabilidades de hacerse ricos...

—No olvidaremos el barco jamás, Duncan —afirmó Mason.

—Y nosotros —repuso Duncan— no les olvidaremos tampoco.

Los acompañó hasta el corredor. Mason asió el brazo del detective y pasaron ante el guarda con un gesto orgulloso.

—Buenas noches, caballeros —dijo Charlie Duncan con tono

irónico al llegar a la escala—. No dejen de venir de vez en cuando por aquí.

Los dos amigos ocuparon un asiento en el bote.

—¿Era Silvia Oxman aquella muchacha? —preguntó Drake.

—Seguramente —contestó Mason—. Por eso, cuando ella no le reconoció a usted, Duncan descubrió nuestra artimaña.

—¿No nos ocasionará ningún perjuicio?

—No lo creo. No...

Drake se introdujo los dedos por el cuello postizo y lo arrancó de un tirón.

—No quisiera que me llevaran a la cárcel vestido de etiqueta —dijo.

Capítulo 4

Mason contempló a Matilde Benson, que estaba sentada al otro lado de la mesa de despacho del abogado.

—La he hecho llamar —dijo— porque tengo que preguntarle algunas cosas.

—¿Me permite que pregunte yo primero?

Mason asintió con la cabeza.

—¿Vio usted a Grieb?

—Sí.

—¿Consiguió algo?

—Todavía no. Los bribones descubrieron mi juego.

Ella le contempló con admiración.

—Tengo la seguridad de que no le faltarán excusas para obrar como lo ha hecho sin meterme a mí en el conflicto, ni a mi nieta.

Mason movió la cabeza y quedó silencioso.

—¿Quiere hablarme de eso?

—No.

—Explíquese entonces.

Mason dijo:

—Voy a probar de nuevo partiendo de otra cosa. Pero antes de nada quisiera que me diese usted algunos datos que me interesan.

Ella abrió su bolso, sacó una caja de habanos y eligió un cigarro. Mientras le cortaba la punta, Mason encendió una cerilla y se la acercó por encima de la mesa. Ella lo miró a través de la primera nube de humo del veguero.

—Empiece, pues. Le escucho.

—¿Qué sabe usted de Grieb?

—Poca cosa. Solamente lo que me ha contado mi nieta. Es un individuo frío y sin escrúpulos. Ya le advertí que no sería fácil la empresa.

—¿Sabe algo de Duncan?

—Silvia dice que este no ofrece peligro alguno. Viene a ser un maniquí entre las manos de su socio.

—Me parece que su nieta se equivoca en esto.

—No me extrañaría. Ella es demasiado joven para poder juzgar a un hombre de esa naturaleza.

—¿Es verdad que su marido está dispuesto a entablar una demanda de divorcio?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué se divorcian los hombres generalmente?

Mason movió la cabeza con impaciencia y dijo:

—Le ruego que me conteste sin rodeos, señora Benson. ¿Qué hay detrás de todo esto?

Ella continuó fumando en silencio durante varios segundos. Al fin se decidió a hablar. Dijo:

—Cuando mi nieta cumpla los veintiséis años, que será el año próximo, entrará en posesión de la mitad de las acciones de una sociedad financiera y su hija Virginia recibirá la otra mitad, a menos que un tribunal decida que Silvia no está capacitada para usufructuar o administrar los bienes de la niña. En ese caso, la niña lo recibirá todo.

—¿Y en esa situación ha firmado los pagarés a un par de bandidos sin entrañas? —preguntó Mason con incredulidad.

Matilde Benson asintió.

—Silvia no ha consultado jamás a nadie para obrar. Siempre ha hecho lo que le ha venido en gana.

—Y su marido busca una prueba que le permita demostrar su incapacidad y hacer perder a Silvia su participación en las acciones, ¿eh?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque será su hija quien recibirá así todo el dinero y él será el encargado de su administración. Creo que ya tiene otras pruebas, pero yo no quiero que pueda emplear esta. Por eso le encarezco que obre lo más deprisa posible al objeto de que Grieb no se entere hasta que sea demasiado tarde.

—Me parece que Grieb lo sabe ya.

—Pues nos hemos lucido.

—Todavía podemos hacer algo. Dígame, ¿a cuánto ascienden las acciones?

—A medio millón de dólares. Si Frank Oxman llega a poner las manos sobre ellas, equivaldría a firmar la sentencia de muerte de la pobre niña.

—No creo que sea tonto —dijo Mason.

—Usted no conoce a Oxman. Es una serpiente venenosa.

—Pero tendrá que actuar bajo el control de un consejo o de un tribunal.

Matilde Benson sonrió. Dijo:

—¡Cuando yo digo que no conoce usted a Frank Oxman! Silvia no ha podido con él. Yo estoy dispuesta a luchar contra ese reptil con todas mis fuerzas, pero ya cumplí los setenta. No puedo continuar aquí mucho tiempo.

—No creo que un tribunal prive a Silvia de la custodia de los bienes de su hija únicamente porque ha jugado.

—Hay otras cosas —dijo la anciana, ceñuda.

—¿Qué me dice de Frank Oxman? ¿Posee alguna fortuna propia?

—Tiene con qué jugar.

—¿A qué clase de juego?

—A la Bolsa, sobre todo. Eso se considera respetable. Silvia prefiere la ruleta y la sociedad la tacha de inmoral. La gente me da náuseas. ¡Qué hipócritas son!

—No se preocupe. Tal vez consigamos arreglarlo.

—¿Cómo?

—Tengo una idea. La otra noche tuve ocasión de apreciar que las relaciones entre Grieb y Duncan no son muy cordiales. Creo que sus discrepancias no tardarán en llevarles ante un tribunal para disolver la sociedad. Ahora bien, no creo que encuentre un jurado que considere el juego como un negocio legal. Por otra parte, han invertido gran cantidad de dinero en la instalación del buque. De todas formas si se decidieran a separarse, tendrán que realizarlo todo y sería fácil recuperar esos documentos, ya que un tribunal federal, considerándolos como deudas de juego, no les daría el valor de metálico en lo que se refiere al reparto.

Matilde Benson se inclinó un tanto sorprendida hacia su interlocutor.

—No comprendo bien lo que quiere decir. Pero si logra apoderarse de esos malditos papeles, le prometo que no se arrepentirá. Por otra parte, no repare en gastos para obtenerlos.

—Eso hace preguntarme por qué esa ansiedad suya de obtener los pagarés a cualquier precio. Si piensa dárselos a Silvia, sería lo mismo que le entregara el dinero y que ella los recuperara. De esa forma no tendría que pagar ninguna comisión. Además...

Della Street entró en el despacho y dirigió una mirada significativa al abogado.

—Charles Duncan le espera en el despacho exterior, jefe. Dice que desea verle personalmente para un asunto importante.

—Eso significa que se han puesto en contacto con Oxman y que entregarán los pagarés al mejor postor.

Mason movió la cabeza en señal de negación. Tenía la frente arrugada por un surco de perplejidad y de sorpresa.

—No lo creo. Tengo bien vigilados a Oxman, a Duncan y a Grieb. Este no es un asunto que pueda tratarse por teléfono, y si se hubiesen reunido yo lo sabría.

—¿Para qué querrá verlo entonces?

Mason repuso:

—Creo que la mejor forma de contestar a esa pregunta será hablar con él.

Ella asintió.

Mason se volvió a su secretaria y dijo:

—Della, conduzca a la señora Benson a la biblioteca. Diga al señor Duncan que pase... ¿La conoce Duncan, señora Benson?

—No, no me ha visto en su vida.

—Perfectamente. Espere en la biblioteca. Supongo que Charlie viene a hacerme alguna proposición interesante.

Della Street dijo:

—Venga por aquí, señora, por favor.

Acompañó a la anciana a la biblioteca, y a los dos segundos introdujo en el despacho a Charlie Duncan.

El rostro de Duncan estaba contorsionado en su mueca habitual de ironía, ostentando sus dientes de oro del maxilar superior.

—¿No me guarda rencor por lo de anoche? —preguntó con interés.

—Nada de eso.

—Estuvo a punto de ganarnos la jugada. Si no hubiese sido por aquel incidente inesperado...

Mason asintió en silencio.

Duncan prosiguió:

—Alguna vez hay que perder, señor Mason, y esta vez le ha tocado a usted.

El abogado le indicó una silla y dijo:

—Siéntese.

Duncan sacó una cigarrera del bolsillo y ofreció un habano a Mason.

—Gracias —dijo el abogado—. Yo solamente fumo cigarrillos. Charlie hizo un guiño y señaló la cigarrera de cuero llena de puros que Matilde había olvidado encima de la mesa.

—Por lo visto, algún cliente se ha dejado aquí su cigarrera.

Mason frunció el ceño y repuso:

—Es mi pasante. —Oprimió un botón que hizo acudir presurosa a Della Street y entregó a la muchacha la cigarrera, diciendo—: Llévelo a Jackson y dígame que tenga más cuidado con sus cigarros.

Della asintió con un guiño imperceptible.

—Sí —dijo—. Es muy descuidado.

Tomó la caja y salió apresuradamente de la habitación.

Mason enarcó las cejas al oír la carcajada de Duncan, que decía:

—No crea usted que somos tontos porque estuvo a punto de engañarnos anoche, Mason. Después de la entrada de Silvia, cuando vimos la jugada, estuvimos pensando a qué se debería su interés en este asunto. Indudablemente, no obraba en favor del señor Oxman ni de Silvia. Ahora me lo explico todo. Silvia tiene una abuela que fuma cigarros, y esa cigarrera que se ha llevado su secretaria es de esa señora.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Una afirmación.

—Perfectamente —dijo Mason—. Eso me evita tener que responderle. Dígame ahora para qué quería verme.

—Quisiera hablarle sobre esos pagarés.

—Hable, pues.

Duncan cruzó las piernas y dijo:

—Óigame, señor Mason; quiero que me responda francamente.

Anoche dio usted pruebas de una habilidad poco común. Recordando todos los detalles de su conversación con Sam, no hemos podido encontrar nada que pudiésemos esgrimir en su contra. Usted no pretendió jamás que el individuo que estaba con usted fuese Frank Oxman. Sam tomó como punto de apoyo la circunstancia de querer que le hiciese efectivo un cheque firmado con aquel nombre. Recordando el nombre del Banco, fuimos a él acompañados de un abogado, y estamos convencidos de que no olvidó usted un solo detalle por el que pudiéramos proceder contra ustedes dos.

—¿Ha venido sólo para eso?

Duncan movió la cabeza y dijo:

—He venido a decirle cómo podrá usted obtener esos pagarés. Necesito un abogado eficiente y hábil, y usted es ambas cosas.

Mason fijó sus ojos en el bribón y dijo:

—Oiga bien lo que le digo, Duncan. Me interesan esos pagarés, pero indirectamente. No sé cuáles serán sus propósitos, pero no aceptaré nada que usted no se atreva a repetir delante de mi cliente. En otras palabras, no puedo garantizarle el secreto de lo que me comunique. Si veo la posibilidad de ganancia con lo que usted me diga, lo haré. Un abogado no puede servir a dos clientes al mismo tiempo. —Hizo una pausa y continuó—: Si después de estas advertencias desea aún hablarme de esos pagarés, hágalo.

Los dientes áureos de Duncan chispearon.

—Bien —dijo haciendo un ligero movimiento con el cigarro—. No niego que me ha advertido con sinceridad.

Mason se sentó en silencio.

—Óigame —prosiguió Duncan—. Me he dedicado al juego durante toda mi vida. Ahora voy a probar mi suerte con usted, haciéndole una proposición que no dudo le parecerá aceptable.

Mason dijo pausadamente:

—Vuelvo a advertirle, una vez más, que yo no he elegido esta profesión con fines filantrópicos ni por prescripción facultativa. Cuando intervengo en algún asunto es porque mis clientes me ofrecen un premio remunerador a mis esfuerzos. Quiero decir que actualmente sirvo a un cliente cuyos intereses son opuestos a los de usted. Si prefiere guardar silencio no tendrá que lamentarlo después.

—Habla usted como un caballero —dijo Duncan.

—No —dijo Mason—. Hablo como un abogado.

—Bien —repuso Duncan—. Ya me ha advertido por dos veces. Si lo que voy a decirle redunda en mi perjuicio, tanto peor para mí. ¿No es así?

—Así es.

—Pues bien. Escúcheme un momento. Como le he dicho necesito un abogado hábil. Le necesito a usted. Usted ha sido encargado de recuperar esos pagarés y eso es lo único que lo mueve a intervenir en mis asuntos. Pues bien, yo le ofrezco esos pagarés como honorarios a lo que haga por mí.

—Continúe.

—Deseo desembarazarme de Sam. No puedo continuar con él. Ese asno se cree el dueño absoluto del negocio y yo no quiero soportarlo por más tiempo. ¿No es verdad que cuando se constituye una sociedad para un tiempo indeterminado cada uno de los socios puede pedir su disolución cuando lo tenga por conveniente?

Mason respondió:

—Y suponiendo que así sea, ¿qué?

—Yo quiero disolver nuestra sociedad.

—No necesita un abogado hábil para eso.

—Lo necesito para efectuar la disolución en la forma en que yo quiero.

—¿No es un buen negocio?

—No digo que no lo sea.

—Pues en el momento en que disuelva la sociedad lo arruinará.

—No lo creo. Mire, Mason, yo no soy tonto tampoco. Grieb tenía dinero y una opinión halagüeña de sí mismo. Quería un barco para hacer de él una casa de juego flotante; pero es difícil encontrar cascos de buques adecuados para estos menesteres. Yo conocía a un individuo que poseía uno. Este individuo no conocía a Grieb, pero a mí sí. Nos lo arrendó y en la escritura se hizo constar que en el momento en que se disolviera la sociedad de Grieb y Duncan, el arrendamiento quedaba automáticamente cancelado.

—¿Ah, sí? —exclamó Mason con los ojos semicerrados clavados en su interlocutor.

—Por esta razón, estoy dispuesto a disolver nuestra sociedad. Al mismo tiempo terminará el arrendamiento. El negocio se irá al

diablo en el mismo momento en que se carezca de un buque para continuarlo. El mobiliario y demás no producirán ni un real en una subasta forzada. Pero yo obligaría a que así se hiciese y pagaría a un hombre para que pujase por mí. Luego iría a ver al propietario del buque y firmaría una nueva escritura de arriendo, con lo que podría continuar el negocio yo solo.

—¿Y bien?

—Quiero encargarle a usted de esto. Los pagarés que a usted le interesan forman parte de los bienes gananciales de la sociedad. Se los cederé en concepto de honorarios. Usted podrá hacer que le paguen una fuerte comisión sobre su nominal. Yo ignoraba que a la abuela de Silvia le interesaban también esos papeles; pero, puesto que así es, tendrá usted a esa vieja y a Frank Oxman para disputárselos y se los podrá ceder al mejor postor.

—No acostumbro a trabajar así —dijo Mason.

—No me interesa tampoco lo que haga usted con ellos. Cuando los tenga en su poder. Bien, Mason, ya me ha oído. ¿Qué responde usted?

—Que no.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta su método, Duncan. No acepto trabajar para usted, porque los intereses de mi cliente son diametralmente opuestos en este terreno.

Duncan se levantó.

—¡Y pensar que yo le creía un hombre hábil! ¡Qué inocente soy! ¿Cómo se sale de aquí?

—Por esa puerta del pasillo.

Duncan cruzó el despacho, abrió la puerta y la cerró de un golpe.

Mason asió el micrófono de su mesa de despacho y dijo:

—Avisen a la biblioteca y digan a Della que conduzca aquí a la señora Benson. Póngame enseguida en comunicación con Paul Drake.

Colgó el receptor y permaneció unos instantes contemplando en silencio el secante de la mesa. En el mismo momento en que se abría la puerta del despacho el timbre del teléfono repiqueteó y Mason, recogiendo el receptor, oyó la voz de Paul Drake que decía:

—¡Hola, Perry! ¿Qué ocurre?

—Duncan acaba de abandonar mi despacho.

—No me descubre nada nuevo, Perry. Tengo dos hombres que no le han perdido de vista desde que desembarcó.

—Quiero saber con todo detalle adónde va y lo que hace —dijo Mason—. Ocurra lo que ocurra, que no le quiten el ojo de encima. Si fuese necesario, ponga algunos más en esta tarea.

—Está bien, Perry —replicó Drake—. No se preocupe. Los dos que le siguen tienen buena vista y conocen bien su oficio.

—Le advierto que es muy importante para mí conocer todos sus movimientos. Ya se lo diré más tarde.

Colgó de nuevo el receptor y sonrió a Matilde Benson. Declaró:

—Ya lo tenemos.

—¿Qué es lo que tenemos?

—Duncan piensa jugarle una mala pasada a Sam Grieb. Le hizo invertir su dinero en el negocio y ahora va a desembarazarse de él y quedarse con todo.

Matilde Benson se arrellanó cómodamente en una poltrona de cuero y dijo:

—Yo creía que era un muñeco en las manos de Grieb.

—Pues se engañaba. Es un hombre astuto.

—¿Y conseguirá lo que se ha propuesto?

—Creo que sí. Ambos tienen el mismo propósito, por lo visto, pero Duncan ha sido más hábil que su socio y tiene todas las probabilidades de éxito.

—¿Y por qué le ha contado Duncan todos esos pormenores?

—Porque quería nombrarme su abogado.

—¿A usted? El debe saber que usted actúa en contra de él y que...

—Ese es el cebo con que quería hacerme aceptar. Me prometió entregarme los pagarés en concepto de honorarios.

—¿Puede hacerlo?

—Probablemente.

—¿Y por qué no aceptó?

—En primer lugar, porque Duncan no me inspira ninguna simpatía. Además, no me gustan esos asuntos. Luego, hay una tercera razón y es que no considero necesario tener que tratar con ellos de esa forma. Ellos solos vendrán a nuestras manos. Duncan no desistirá de su propósito por el solo hecho de que yo no haya

aceptado representarle. Buscará a otro abogado menos escrupuloso que yo y conseguirá que se incoe causa para la disolución de la sociedad. Esta misma noche se presentará un representante del tribunal en el buque casino para citar a Grieb. Yo me encontraré también a bordo y tengo la intuición de que conseguiré los pagarés.

Matilde Benson se levantó complacida. Depositó el remanente de su cigarro en un cenicero y sonrió a Mason, diciendo:

—Dejo todo en sus manos señor Mason, y confío en que logrará lo que se propone.

Cuando se hubo marchado la anciana, Della Street se acercó a su jefe y le dijo, apoyando su mano en el hombro derecho del abogado:

—Óigame, jefe. No debía hacer eso.

—¿No debía hacer qué?

—Ir a bordo de ese buque esta noche.

—¿Por qué?

—Porque es posible que haya jaleo. Esos dos hombres no se avendrán a separarse amistosamente.

—Y a mí, ¿qué?

—Que usted, a bordo de aquel barco, se hallará fuera de la jurisdicción de la policía del Estado y rodeado por individuos que no vacilarán en cumplir las órdenes que les den sus jefes.

—Son ratas cobardes. Me agradará ver la cara que pondrá Grieb cuando Duncan le haga conocer su decisión y le demuestre que no es tan listo como se creía.

—¿Y cuando se separen?

—Tendrán que entregarme esos pagarés sin desembolsar yo por mi parte más que el importe de su valor nominal, o tal vez con una comisión de unos cientos de dólares.

Ella le sonrió y el abogado, pasándole la mano por la cintura, la acercó a él.

—No hay nada como el optimismo —dijo la muchacha, gozosa.

Capítulo 5

Grandes gotas de lluvia humedecían el cuello del abrigo de Perry Mason y de su sombrero descendían a raudales formando un charquito sobre el suelo de la cabina telefónica. De vez en cuando extendía la mano izquierda para consultar su reloj de pulsera.

De pronto repiqueteó el timbre y Mason se apresuró a descolgar el receptor. Oyó una voz femenina que preguntaba:

—¿Es el señor Perry Mason?

—Sí, soy Mason.

—Un momento, por favor.

Entonces oyó la voz de Drake. Decía:

—Óigame, Perry. Duncan ha entablado proceso para la separación. Ahora se dirige al embarcadero con un agente para practicar un inventario de todos los bienes de la sociedad, raíces y gananciales.

—Bien. Diga a sus hombres que no le sigan más que hasta el embarcadero. Yo me encargaré de lo demás.

—Comprendido. Hay algo más. Frank Oxman se dirige también a la playa. Indudablemente, piensa subir a bordo. Mi agente acaba de telefonarme.

—¿Hace mucho?

—Una media hora.

—Entonces Oxman llegará a bordo antes que Duncan.

—Seguramente.

—Eso complicará las cosas... Tal vez Grieb...

—Espere. Hay algo más: Silvia Oxman ha conseguido escapar a la vigilancia de mis hombres. Una doncella suya salió llevando el abrigo de su señora y el agente que yo tenía apostado la siguió confundiénola con ella. Me telefoneó también y le he ordenado que abandone a la criada y procure averiguar a toda costa dónde ha ido Silvia.

—¿No sabe adónde se dirigía? Tengo la intuición de que ella también se propone ir al barco.

—Eso es lo que temo —dijo Drake—. Existe una extraña coincidencia. He tenido que poner tantos hombres en el caso que no tuve tiempo para seleccionarlos. He descubierto que el hombre que está encargado de vigilar a Silvia conoce a Duncan y a Grieb personalmente. ¿Importará algo?

—Tal vez. ¿Saben ellos que es divertido?

—No lo creo. Por lo que he sabido, este individuo, cuyo nombre es Belgrado, estuvo asociado a Duncan y a Grieb y ellos lo dejaron sin blanca. Era todo el dinero que poseía y no ha tenido más remedio que buscarse oficio. Antes había sido detective, y cuando acudió a mí en demanda de empleo, me gustó su aspecto y le encargué algunos asuntos a título de prueba. Me satisfizo su comportamiento y he continuado dándole cosas.

Mason dijo pausadamente:

—Entonces no creo conveniente que suba al barco. Podría complicar las cosas más de lo que están.

—Ya me lo figuraba. Claro que vigilar a la muchacha no tenía nada de particular, pero de pronto he recordado su historia. Incidentalmente he de decirle que me confesó que Duncan es el más peligroso de los dos, aunque son un par de bribones sin escrúpulos de ninguna clase.

—Bien. Hágale relevar antes de que llegue al muelle.

—En este momento sale un hombre para sustituirle. Se llama Staples. Fue el que intervino en aquel caso de asesinato en el Dalton.

—Muy bien. ¿Hay algo más?

—Eso es todo, Perry. Pero permítame que le haga una advertencia. Ande con cuidado, que esos sinvergüenzas juegan con dinamita. Esos individuos son incapaces de dominar sus impulsos, y si Grieb llega a creer que usted ha inducido a Duncan a obrar como lo ha hecho, no lo va a pasar muy bien.

—No se preocupe.

—Si Silvia Oxman sube a bordo, Staples la acompañará. Ya lo conoce. En caso de que tuviese necesidad de él, lleva una automática del treinta y ocho que le servirá de ayuda.

Mason lanzó una carcajada.

—Es usted extraordinariamente pesimista, Paul.

—Tenga cuidado, Perry. Es un asunto feo.

—Está bien.

El abogado colgó el receptor y con el ceño fruncido abandonó el establecimiento desde el que acababa de telefonear y subió a su automóvil.

La niebla se cernía sobre la playa como una enorme sábana blanca, espesa, que amortiguaba los sonidos y rodeaba a las luces rojizas de las calles con una aureola circular. Mason conducía su coche prudentemente. Aumentó la velocidad al llegar a un distrito mejor alumbrado y finalmente estacionó su coche frente a los lugares de recreo. Se apeó y se dirigió rápidamente al embarcadero.

Un individuo vendía billetes para visitar el barco casino.

—Tenemos tres botes a motor haciendo el servicio entre la playa y El Cuerno de la Abundancia, anclado en el límite de las doce millas. Suban, señores, y visiten por una cantidad irrisoria la espléndida instalación del Montecarlo flotante.

Mason adquirió un billete y descendió los escalones.

Al llegar abajo oyó la voz de un hombre que decía:

—Este ya está completo. Dentro de unos minutos vendrá el otro. Suba usted, caballero. ¡Eh, ya no cabe nadie más!

El agua parecía aceite negro. Se oía el murmullo de las olas al chocar contra el muelle. Luego el motor de la canoa empezó a rugir.

Sonó estentórea una sirena y la frágil embarcación inició su marcha en la oscuridad. Los dos farolitos de los costados, uno verde y el otro rojo, coloreaban la niebla sin permitir que se viese ni un solo palmo más allá.

No tardaron en llegar al casino flotante. Mason estaba empapado hasta los huesos y se estremeció de frío. Sus compañeros de viaje no mostraban la alegría que caracterizara su visita anterior al mismo lugar. Saltaron a la escalerilla y se apresuraron a subir.

Media docena de personas esperaban inclinadas sobre la borda para regresar a tierra. Mason se dirigió al bar, pidió un whisky y lo bebió paladeándolo, contemplando apreciativamente las luces y estufas eléctricas que convertían el bar en un lugar agradable y atractivo. Oyó el ruido del motor de una canoa que se alejaba e inmediatamente después otro de la que venía de la playa, que no tardó en partir a su vez.

Mason se dirigió a la sala de juego principal, la cruzó y se aventuró por el pasillo que conducía a la oficina de la Dirección. Había visto a unas ochenta o cien personas rodeando las mesas de juego, pero no había vestigio alguno del guardián uniformado que custodiaba la puerta del pasillo. Así, pues, nadie le anunció cuando avanzó por el recodo en ángulo recto formado por el pasillo y abrió la puerta de la sala de espera.

A primera vista, Mason creyó que estaba solo; pero en un rincón descubrió a una mujer vestida de azul, con una blusa color naranja y el rostro oculto por la revista que estaba leyendo. Una pierna perfectamente formada emergía de la falda. Absorta, por lo visto, en la lectura, la mujer no se había dado cuenta de la intrusión del abogado. Tenía un bolso de mano de cuero azul sobre el regazo.

Mason se acercó a la puerta del despacho y llamó con los nudillos sin obtener respuesta.

La mujer dejó la revista a un lado y dijo:

—No creo que haya nadie. Yo también he llamado varias veces con el mismo resultado que usted.

Mason observó el hilillo de luz que brillaba entre los batientes de la puerta.

—No está cerrada —dijo—. Es extraño.

La mujer no respondió. El abogado cruzó la sala y tomó asiento en una silla separada muy poco trecho de la joven, y examinó a su vecina.

La reconoció inmediatamente. Era la misma mujer que, con su inoportuna llegada, había hecho fracasar sus planes de la noche anterior: Silvia Oxman.

Mason examinó atentamente los tacones de sus zapatos, luego clavó sus ojos en la mujer y dijo:

—Perdóneme. ¿Está usted citada con el señor Grieb?

—No. Pero tengo necesidad de verle.

—Pues yo estoy citado con él para esta hora precisamente. Lamento tener que parecerle inconveniente, pero es de suma importancia que le vea y le hable tan pronto como llegue. No emplearé más de veinte minutos. ¿No le molestaría salir y no regresar hasta que transcurra ese tiempo?

Ella se levantó inmediatamente.

—Se lo agradezco mucho.

Mason pensó que en el tono de la muchacha se descubría una especie de consuelo, como si hubiese estado esperando una ocasión propicia para marcharse.

—Siento no poder posponer mi cita a su favor —dijo, sonriendo afablemente—. Voy a esperarle en su despacho particular.

Mason empujó la pesada puerta, mientras Silvia, después de dejar la revista sobre una mesilla, salió al pasillo.

El cuerpo de Sam Grieb, sentado en la silla giratoria, estaba inclinado sobre la enorme mesa de despacho. La cabeza, en un ángulo grotesco, presentaba un orificio sanguinolento en la sien izquierda. La velada luz de una lámpara de mesa iluminaba su rostro descolorido y se reflejaba en sus ojos desmesuradamente abiertos. Los diamantes de su mano derecha refulgían. La izquierda estaba debajo de la mesa.

Mason giró sobre sus talones y regresó a la sala de espera. Silvia Oxman acababa de penetrar en el pasillo.

—¡Silvia! —gritó.

Ella se detuvo al oír su voz, vaciló indecisa y se volvió mirándole con sus ojos luminosos.

—¡Venga aquí! —ordenó Mason.

—¿Quién es usted? —preguntó ella—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Cómo se atreve a hablarme así?

Mason se aproximó a la muchacha y asiéndola por el brazo izquierdo la condujo al despacho particular de Sam Grieb.

—¡Mire! —le dijo.

La muchacha abrió la boca para gritar horrorizada. Mason lo evitó cubriéndosela con la mano.

—¡No grite!

Esperó hasta que la joven recobró la serenidad. Entonces la soltó y preguntó:

—¿Cuánto tiempo hacía que estaba esperando cuando yo vine?

—Un par de minutos —respondió con voz sofocada por la emoción.

—¿Podrá probarlo?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿La vio alguien entrar?

—No lo sé. No... no lo creo... No... po... dría decir... lo. ¿Quién es usted? Me parece haberle visto antes. Conoce mi nombre...

Mason asintió y dijo:

—Me llamo Mason. Soy abogado. Óigame... ¿Ha hecho usted esto o...?

Se interrumpió al descubrir unos papeles que había sobre la mesa en que se apoyaba el cadáver. Se inclinó y los recogió con presteza.

Silvia murmuró con un esfuerzo:

—¡Mis pagarés! Había venido para recuperarlos.

—Son siete mil quinientos dólares, ¿eh?

—Sí.

—¿Y estaba dispuesta a entregar a Grieb ese dinero?

—Sí.

—¿Ha sido para eso para lo que ha venido esta noche a bordo?

—Sí.

—Perfectamente. Enséñeme el dinero.

—¿Qué dinero?

—Pues los siete mil quinientos dólares que había de entregar a Grieb para que le devolviese esos documentos.

—¿Y por qué he de enseñárselo?

Mason intentó abrir el bolsito de mano. Ella se lo arrebató, dio un salto hacia atrás y lo contempló con ojos asustados.

El abogado dijo:

—No tiene los siete mil quinientos dólares, ¿eh? ¿Le ha matado usted?

Ella no contestó. Respiraba dificultosamente, presa de gran agitación.

—No... Claro que no... No sabía que estuviese aquí.

—¿No sabe quién lo mató?

Ella movió la cabeza lentamente.

Mason prosiguió:

—Quiero ayudarla. Márchese con cuidado y evite que la vean cuando salga al pasillo. Póngase a jugar en una de las mesas de ruleta. Espéreme allí y hablaremos. Quiero que me cuente todo lo que sepa; pero le aconsejo que no me mienta. ¿Comprendido?

Ella titubeó antes de preguntar:

—¿Por qué hace esto por mí?

Mason sonrió:

—Siempre he sido leal para con mis clientes. Los protejo aunque

me mientan, cosa que hacen la mayoría, o aunque me traicionen, que también lo han hecho.

Los ojos oscuros y brillantes de la muchacha se clavaron en el rostro decidido del abogado. En un instante recobró el dominio sobre sí misma y respondió:

—Pero yo no soy su cliente.

—Bien —repuso el abogado—. Si no lo es, es lo que más se aproxima, y que me cuelguen si la creo capaz de haber cometido este homicidio. Sin embargo, tendría que dar una cantidad astronómica de explicaciones para poder convencer a otro. Así, pues, salga, y ya hablaremos.

—¿Y los pagarés? —suplicó la joven—. Si mi esposo llegase a...

—No se preocupe —le interrumpió Mason—. Tenga confianza en mí como yo en usted.

Ella escudriñó pensativamente el rostro de Mason, luego se dirigió a la puerta sin mirar la mesa del despacho.

—Esos pagarés son...

—Cállese. No me diga nada y no cierre la puerta. Déjela entornada exactamente igual que la encontramos.

La muchacha desapareció y pocos segundos después el timbre eléctrico anunciaba que había atravesado el recodo del pasillo.

Mason sacó su cartera, contó siete mil quinientos dólares en billetes y abriendo un cajón de la mesa con la suela de su zapato, echó en él el dinero. Luego volvió a cerrar el cajón y, sosteniendo los pagarés entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, encendió una cerilla con la derecha y les prendió fuego. Cuando la llama lamía su mano, los documentos se habían convertido en unos paralelogramos calcinados, de perímetro brillante y centro oscuro y retorcido.

De repente sonó el timbre eléctrico anunciando la aproximación de alguien. Una fracción de segundo más tarde volvió a sonar. Se acercaban dos personas.

El abogado estrujó las cenizas entre sus manos, se introdujo en la boca los trocitos que no habían sido devorados por el fuego y regresó a la sala de espera, cerrando la puerta del despacho con el codo. Luego se limpió las manos ennegrecidas en sus pantalones, se acomodó en una silla, abrió una revista y se disponía a deslizar en su boca una pastilla de goma para mascar cuando la puerta de la

sala se abrió y Duncan, acompañado de un individuo alto, de ojos azules y vestido con un traje de algodón a cuadros, irrumpió en la estancia.

Los dos hombres llevaban abrigo y la humedad de la niebla había producido grandes manchas en ellos.

Duncan se detuvo en seco, clavó sus ojos duros en Mason y preguntó:

—¿Qué diablos está haciendo usted aquí?

Mason se introdujo la pastilla de goma de mascar en la boca, arrolló el papel que lo envolvía, hizo una pelotita con él y lo echó a un cenicero. Luego mordisqueó la goma con delectación y finalmente respondió con indiferencia:

—Esperaba a Sam, porque quería hablar con él. Ahora que está usted aquí podré hablar con los dos a la vez.

—¿Dónde está Sam?

—No lo sé. Llamé a la puerta sin obtener respuesta alguna y, no teniendo otra cosa que hacer decidí esperar... Me extraña que no tengan revistas de actualidad aquí. Parece la sala de espera de un dentista.

Duncan dijo irritado:

—Sam está aquí. No tiene más remedio. Cuando las mesas actúan, uno de los dos tiene la obligación de estar en el despacho.

Mason se encogió de hombros.

—¿Puede entrarse ahí sin pasar por esta habitación?

—No.

—Bien —repuso Mason con sosiego—. ¿Qué le parece si hablamos nosotros dos mientras esperamos? Veo que está decidido a separarse.

—Claro que estoy decidido. ¿Creía, acaso, que era usted el único abogado del mundo? Ya habrá visto que hay personas que no son tan idiotas como usted para desperdiciar un asunto que tan buenos beneficios puede reportarle.

Mason preguntó cortésmente:

—¿Quiere goma de mascar?

—Gracias. No la uso.

—Pues bien —añadió el abogado—. Ahora que ha llevado el caso a un tribunal, tendrá que someter su caso a jurado de equidad.

—Bien, ¿y qué?

—Esos pagarés forman parte de sus bienes gananciales. Le fueron entregados para responder de una deuda de juego. El tribunal no aceptaría convertirse en una agencia para el cobro de deudas atrasadas, tanto más cuanto que en este asunto se trata de una deuda de juego.

—Estamos en alta mar —respondió Duncan—. No hay ley que impida jugar aquí.

—Tal vez esté en alta mar, pero todos sus bienes gananciales se encuentran bajo la jurisdicción del Tribunal de Casación. Los compromisos adquiridos por el juego se consideran en pugna con la política nacional, existan leyes contra el juego o no. Esos pagarés no tienen ni el valor del papel en que están extendidos. Ha sido usted demasiado astuto, Duncan. Ha convertido un beneficio de siete mil quinientos dólares en papel mojado.

—No creo que Silvia sea de su opinión.

—Me basta con la mía.

Duncan le examinó con ojos acerados.

—¿Ha sido por eso, que se negó a actuar en mi nombre?

—Esa es una de las razones —confesó Mason.

Duncan sacó una carterita llavero del bolsillo y extrajo una llave que metió en la cerradura de la puerta.

—Si Sam no ha cerrado por dentro, la abriré —dijo al individuo del traje a cuadros. Luego se volvió a Mason, diciendo:

—¿Cuál es su mejor oferta?

—Le daré el valor nominal de los pagarés.

—¿Y la comisión de mil dólares?

—En eso no hay nada que hacer.

—Usted mismo me los ofreció ayer —le recordó Duncan, solícito.

—Eso fue ayer —replicó Mason—. Han sucedido muchas cosas desde entonces.

Duncan hizo girar la llave y abrió la puerta.

—Espérese unos minutos y... ¡Santo Dios!... ¿Qué ha pasado aquí?

Dio un salto hacia atrás, con los ojos fijos, como fascinado, en la mesa de despacho, luego giró rápidamente sobre sus talones y se encaró con el abogado:

—¿Qué pretendía hacer aquí? No me diga que no sabe una

palabra de todo esto.

Mason avanzó dos pasos diciendo:

—¿Qué diablos habla? Le he dicho...

Se interrumpió de repente.

El hombre del traje a cuadros ordenó:

—Que no se toque nada. Tendrá que intervenir la brigada criminal... Yo no sé quién diablos se va a encargar de todo esto. Seguramente el alguacil...

—Óigame —dijo Duncan con precipitación—; cuando nosotros vinimos hallamos aquí a este individuo mascando goma y leyendo una revista de hace tres o cuatro meses. Me parece extraño. Sam ha sido asesinado de un tiro.

—Tal vez haya sido un suicidio —sugirió Mason.

—Vamos a dar una ojeada a ver si se trata de un suicidio —repuso Duncan.

—No toquen nada —repitió el del traje a cuadros.

—No sea idiota —dijo Duncan—. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba usted aquí cuando llegamos nosotros, señor Mason?

—No lo sé con seguridad. Cuatro o cinco minutos a lo sumo.

—¿No oyó nada sospechoso?

Mason movió la cabeza.

El individuo del traje a cuadros se arrodilló y miró por debajo de la mesa.

—No se encuentra arma alguna y es un sitio muy raro el lugar en que tiene la herida para un suicidio.

—Vamos a buscar mejor. Tal vez se le cayó el revólver de la mano y está en algún rincón.

El del traje a cuadros tenía toda su atención concentrada en el cuerpo.

—Tuvo que empuñar el arma con la mano izquierda para poder hacerlo —aseguró—. ¿Era zurdo su socio, Duncan?

Duncan, con los ojos azules desmesuradamente abiertos, se apoyó en la pared.

—¡Ha sido un asesinato! —exclamó—. Por Dios santo, apaguen esta luz. Me da no sé qué verlo con los ojos fijos en la luz.

El del traje a cuadros respondió:

—No toquen nada. No apaguen nada.

Mason, en el umbral de la puerta que unía las dos habitaciones,

sin querer penetrar en el despacho en que yacía el cadáver, dijo:

—¿Tiene la seguridad de que no hay ningún arma en la habitación? Es muy importante este detalle.

Duncan avanzó hacia el cadáver, se inclinó y miró atentamente debajo de la mesa.

Dijo:

—No. No hay ningún arma.

—¿Está usted seguro? ¿Ve bien ahí? Espere a que traiga una luz y...

—No hace falta. Veo perfectamente y no hay ningún arma. No pierda de vista a este hombre, Perkins. Tengo la seguridad de que lleva algo entre manos. Ha hablado demasiado de la existencia de un arma...

Perry Mason le interrumpió, expresándose amenazadoramente:

—Fíjese bien en lo que habla, Duncan.

El individuo del traje a cuadros asintió, diciendo:

—Tenga cuidado, señor Duncan. No tiene prueba alguna contra este hombre y puede ser peligroso a buen seguro.

—¡Que se vaya al diablo! —rugió el interpelado—. Hay siete mil dólares en pagarés en uno de estos cajones y a Mason le interesa extraordinariamente su posesión. Voy a mirar en la caja de caudales por si estuviera allí. Vigile usted a Mason.

Duncan atravesó la habitación y se aproximó a la caja de caudales. Allí, dando la espalda a los dos hombres, hizo girar la manivela, luego hurgó en la combinación, al mismo tiempo que decía:

—No me gusta un pelo este asunto. Este Mason es extraordinariamente hábil.

El hombre del traje a cuadros dijo:

—Yo no tocaría nada de eso, Duncan. No debería abrir esa caja.

Duncan se incorporó y se enfrentó con Perkins, diciéndole:

—Tengo que encontrar esos pagarés. Después de todo tengo participación en este negocio.

—A pesar de todo —persistió Perkins— yo no abriría la caja de caudales.

Mason, sin abandonar el umbral de la puerta que comunicaba las dos habitaciones, dijo:

—Está usted dejando una cantidad de huellas digitales sobre

todo eso, Duncan, que no creo que agrade a la policía.

El rostro del bribón se nubló.

—Es usted demasiado listo, amiguito. Ha estado induciéndonos a que toquemos todo y ahora nos dice que hemos dejado huellas dactilares.

La rabia le hizo enmudecer.

Cuando se recobró prosiguió con calor:

—Si faltan esos pagarés las sospechas recaerán sobre usted. Pudo usted hacer todo esto sin grandes dificultades. Seguramente Sam le dejó entrar inocentemente, y usted, después de disparar sobre él, retrocedió, cerró la puerta y simuló estar esperándole... Perkins, usted pertenece a la policía. Regístrelo. Veamos si tiene en su poder esos pagarés. Tal vez encontremos la pistola o el revólver con que se ha cometido este asesinato. No permitamos que continúe burlándose de nosotros.

Mason repuso con tranquilidad:

—Le advierto, Duncan, que no estoy dispuesto a convertirme en la víctima propiciatoria de todo este fregado.

Duncan le lanzó una mirada aviesa.

—¡Váyase al diablo! Cuando entramos aquí le encontramos sentado en esa habitación a pocos metros del cadáver y ha tenido ánimos suficientes para decirnos lo que teníamos que hacer y lo que no... Le guste o no, tendrá que someterse a un registro. No quiero que se lleve nada de aquí. Sabe usted tan bien como yo que habría dado cualquier cosa por apoderarse de esos papeles.

—Y por esa razón asesiné a Grieb, ¿no? —preguntó Mason.

El individuo del traje a cuadros advirtió:

—Tenga cuidado, señor Duncan. Le está tendiendo una celada. No lo acuse de nada.

—No le temo —aseguró Charlie—. Tengo la seguridad de que averiguaré muchas cosas antes de permitirle que abandone este barco.

—Bien —dijo Mason—. Supongamos que me registra. Voy a echar aquí todo lo que llevo en mis bolsillos y ustedes dos mirarán si hay algo que merezca su atención.

—Es muy buena idea —respondió el individuo del traje a cuadros—. Quisiera que asistiese alguien que atestiguara...

—Condúzcale a mi dormitorio —dijo Duncan—. Pasen por la

puerta que lleva la inscripción «Particular» al final del bar. Atraviesen el corredor y mi habitación la encontrarán en el pasillo, la segunda a la izquierda. Llévela allí y espere hasta que yo vaya.

—¿Tardará mucho? —inquirió Mason.

—Tan pronto como venga Arthur Manning. Manning es el que se encargará de este asunto. Es un hombre de su confianza. Mire a ver si lo ve, Perkins. Lo reconocerá enseguida porque lleva un uniforme azul y una banda con la inscripción «Guardia especial».

—¿Y quiere que vaya en su busca con este señor?

—No. Espere un momento. Le avisaré desde aquí.

Duncan pasó detrás de la mesa, separó un poco el cadáver de Grieb y oprimió un botón bien disimulado.

El individuo del traje a cuadros advirtió:

—Ignoro cuáles son mis derechos legales, pero actúo bajo sus órdenes, por cuya razón será usted el que asumirá toda la responsabilidad de lo que ocurre. ¿Comprendido?

—Comprendido —dijo Duncan con impaciencia—. Pero vigile a Mason. No le permita que toque nada ni que le juegue ninguna de sus bromitas.

Mason exclamó:

—Si quieren registrarme ahora, pido que me esposen celosamente.

—¿Lo pide? —preguntó Perkins.

Mason asintió.

Perkins dio un suspiro de alivio y dijo:

—Usted lo ha oído, Duncan.

—Claro que sí. No soy sordo. Déjese de formalidades estúpidas y haga inmediatamente lo que pide. Póngale las pulseras.

Mason extendió las muñecas. Perkins le colocó las esposas, las cerró y dijo:

—Vamos.

—La segunda puerta a la izquierda cuando entren por la marcada «Particular», al otro extremo del bar —instruyó Duncan.

El individuo del traje a cuadros deslizó su mano derecha por el brazo izquierdo de Mason y le dijo:

—¡Baje los puños, muchacho! Así las mangas de la americana ocultarán las esposas. Yo le llevaré del brazo y podremos atravesar el bar sin armar escándalo.

Mason, masticando la goma sin cesar, se dejó escoltar a través del pasillo y del bar hasta llegar al dormitorio de Duncan.

Perkins cerró la puerta tras él y declaró:

—Ya comprenderá que yo no tengo nada contra usted.

Mason asintió.

—Me limito a cumplir las órdenes de Duncan. Él es el único responsable en caso de que usted se considere ofendido.

—No me considero ofendido —dijo Mason— a menos que me hagan algo que no me guste. Usted sí que se ha metido en un buen enredo.

—¿Por qué?

—Por haber dejado a Duncan solo en aquella habitación.

—Alguien tenía que estar hasta que llegaran las autoridades.

Mason se encogió de hombros, como si no le importara.

—Se llama usted Perkins, ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien, Perkins. Duncan quiere que usted me registre y yo no me opongo. Puede empezar con la cartera que llevo en mi bolsillo interior. Encontrará en ella algún dinero y tarjetas de visita; una licencia de conductor y un recibo de inquilinato.

Perkins extrajo la cartera del bolsillo de Mason, hurgó en su interior, comprobó que el abogado no le había mentido y volvió a metérsela en el bolsillo sin pronunciar una palabra. Luego prosiguió el registro con la esperanza de encontrar un arma. No encontrándola, sacó una llavecita del bolsillo, abrió con dedos temblorosos las esposas que oprimían a Mason, y dijo:

—Espero que no se haya molestado por esto, señor Mason. Yo...

Libre ya, Mason dijo:

—Espere un momento, Perkins. Quiero que llegue al final por mi propio interés.

Mason se vació todos los bolsillos sobre una mesita, luego empezó a desabotonarse la camisa.

—Voy a desnudarme para que no le quede nada por indagar. Luego podrá declarar, llegando el momento oportuno y bajo juramento que no toqué nada en absoluto de lo que había en el despacho, que no llevaba arma ninguna encima y que usted anotó cuidadosamente todo lo que llevaba en los bolsillos.

Perkins asintió y dijo:

—Me parece muy bien.

Acababa Mason de quitarse la camisa cuando Duncan irrumpió en la estancia.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Mason respondió sonriendo:

—Que me va a hacer un reconocimiento facultativo.

—No necesitaba llegar a tanto, Perkins —dijo en tono conciliador.

—Pero yo lo exijo —repuso el abogado.

—Eso es absurdo. No le acuso de asesinato ni de robo, pero es usted abogado y tal vez intentase proteger a un cliente. Pensé que tal vez encontrase un arma o alguna prueba que no quería que hallase la policía y...

—Precisamente por esa razón quiero que se me registre minuciosamente.

—Vea únicamente si lleva un arma, Perkins. Este registro tan a fondo, esto de desnudarlo, es absurdo, ridículo.

Perkins frunció el ceño, estupefacto.

Dijo:

—Hace un momento me ordenó usted que lo hiciese.

Mason, desatándose el cinturón y quitándose los pantalones, le interrumpió.

—¿No lo comprende, Perkins? Ahora se da cuenta de que habría sido mucho mejor para él que usted no me hubiese registrado. Entonces, si hubiese faltado algo, podría haberme echado la culpa. En este momento querría que usted me hiciese un cacheo superficial para poder sostener, llegado el momento, que pude haber ocultado algo a sus ojos.

—Me inclino ante sus maravillosas dotes de adivinación —dijo Duncan, admirado—. Ha leído usted en mi pensamiento.

Mason se quitó los zapatos y los calcetines.

—Ahora, Perkins, registre bien en mis ropas y anote cuidadosamente todo cuanto encuentre en ellas. Y en cuanto termine con mis prendas devuélvamelas, que tengo frío.

Duncan se metió un puro en la boca, sacó del bolsillo una caja de cerillas con el anuncio del barco casino y se dispuso a decir algo. Pero lo pensó mejor y quedó silencioso, sin encender el cigarro, observando reflexivamente a Perkins, que hurgaba en las ropas de

Mason. Terminada la búsqueda, el individuo del traje a cuadros entregó sus prendas al abogado, que empezó a vestirse de nuevo, mientras Perkins hacía un inventario detallado de los artículos que había encontrado en los bolsillos del abogado.

Mason se volvió a Duncan y le dijo:

—Encienda el cigarro de una vez, Duncan. Me está poniendo nervioso. ¿Cerró bien el despacho?

Duncan asintió y, distraído, sacó una llave del bolsillo, que entregó a Perkins.

—¿No hay más llave que esta? —preguntó Mason con aspereza.

—Solamente la que tiene Grieb —aseguró Duncan— y Manning está de guardia frente a la puerta con instrucciones precisas para no permitir la entrada a nadie. He enviado una nota a la policía por mediación de uno de los botes para que venga a practicar las diligencias oportunas.

—Supongo —dijo Mason— que no habrá permitido que nadie abandone el barco.

Duncan movió la cabeza.

—Carezco de autoridad para hacerlo. Podrían denunciarme por daños y perjuicios. La gente se va y viene y yo no tengo derecho alguno a...

Mientras hablaba, su voz fue perdiendo seguridad paulatinamente, hasta convertirse en un murmullo monótono. Luego quedó silencioso.

Perkins interrumpió su inventario para mirarle y dijo:

—Eh, Duncan, no debió permitir a nadie que abandonara el barco. A la policía no le sentará bien. Querrán interrogar a todos los que se hallaban a bordo cuando se cometió el asesinato. Esta negligencia suya de dejar que se vaya todo el que ha querido puede proporcionarle un disgusto serio.

El ruido amortiguado de motores anunciaba la aproximación o alejamiento de los botes que continuaban sus viajes de ida y regreso de la playa sin interrupción.

Duncan salió al corredor, abrió la puerta que daba al bar y gritó:

—Jimmy, venga aquí.

Regresó a su dormitorio en el instante en que Perkins contaba el dinero de la cartera de Mason.

Dejó la puerta abierta, y el encargado del mostrador, con su

calva cabeza y el blanco delantal, entró con sus gruesos labios distendidos en una sonrisa. Cuando vio a los tres hombres reunidos, su sonrisa se convirtió en una mueca de perplejidad.

En sus ojos se pintó el asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Duncan respondió:

—Ha ocurrido algo desagradable a bordo, Jimmy.

El encargado del bar se aproximó cautelosamente a Perkins en actitud amenazadora, con el hombro izquierdo ligeramente levantado, apoyando todo su peso sobre las puntas de los pies y el puño derecho muy apretado.

—No ha sido aquí, Jimmy —se apresuró a decir Duncan—. Ha sido en el despacho. Sam Grieb ha sufrido un accidente.

—¿Un accidente? —preguntó el calvo sin perder de vista a Perkins y a Mason.

—Sí. Ha sido asesinado.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos.

—Perfectamente —dijo el encargado del bar—. ¿Qué hago con estos tipos?

Y señaló a Perkins y a Mason.

—Nada. Quiero que detenga a los botes. No permita que nadie abandone el barco hasta que llegue la policía.

—¿Le ha enviado usted noticias de lo ocurrido?

—Sí.

—¿Cómo he de hacer lo que me ha ordenado?

—Ponga un par de muchachos en la plataforma de la escala y que no dejen subir ni bajar a nadie, bajo ningún concepto, hasta nueva orden.

—Usted se queda aquí, ¿verdad?

—Sí.

—Si me permite expresar mi opinión, ¿por qué no hace levantar la escala diciendo que hay que repararla? De esa forma nadie entrará en sospechas ni se formará ningún escándalo innecesario.

—Me parece excelente su idea, Jimmy —aceptó Duncan—. Hágalo así.

El calvo salió de la habitación apresuradamente.

Perkins terminó de contar el dinero de la cartera de Mason y

dijo al abogado:

—¿Quiere ver la forma en que he hecho el inventario?

—Desde luego. ¿Hay alguna otra entrada en esta habitación, Duncan?

—No.

—¿Está seguro?

—Absolutamente. Este barco fue completamente reconstruido interiormente de acuerdo con nuestras indicaciones. Antes era un barco de pesca y el dueño lo hizo convertir en un casino flotante para nosotros. Nosotros nos encargamos de las mesas de ruleta y del mobiliario, pero él hizo todo lo demás. Diseñamos el despacho para que la gente no pudiese venir por tres o cuatro caminos distintos, sino que tuviese que atravesar forzosamente la sala de espera y antes de la sala de espera han de cruzar el pasillo con el recodo. Pensamos que podíamos tener algún día jaleo con la tripulación de algún barco amotinado. Hay un timbre debajo de la mesa que está en contacto directo con el oficial de guardia. Y otro de alarma que es una plancha de madera sobre el suelo. Oprimida con el pie, mientras no termina la presión no hace contacto, pero al quitar el peso si no se da vuelta a un conmutador hace sonar una porción de timbres a todo lo largo del barco y hasta en la escala de embarque. No lo hemos usado nunca, pero si algún día tuviéramos necesidad de hacerlo porque algún gángster osado se atreviera a entrar para despojarnos de nuestro dinero, no tardaríamos en tenerlo incapacitado en pocos momentos. En primer lugar, los hombres encargados de la custodia del despacho no dejarían salir a nadie de allí y, por otra parte, ninguno podría abandonar el barco hasta que Grieb o yo lo hubiéramos ordenado. La tripulación está autorizada para llevar armas y...

—Entonces —interrumpió Mason— el que mató a Grieb debía ser alguien que tenía algún asunto que tratar con él y lo cogió completamente desprevenido, ya que no le dio tiempo a usar el timbre de alarma.

Duncan asintió y declaró:

—Usted vino a tratar un asunto con él, ¿no?

—¿Qué quiere usted decir?

—No hago más que seguir sus sugerencias. Alguien que tenía que tratar un asunto con Sam llamó a la puerta y Sam la abrió.

Luego volvió a sentarse a la mesa del despacho y empezó a hablar. En este momento el asesino, que se hallaba al otro lado de la mesa, sacó un arma del bolsillo sin que Grieb la viera y disparó a quemarropa sobre él. Entonces, salió, cerró la puerta con el pestillo y tal vez se dirigiera a cubierta para tirar el arma homicida o se sentó en la sala de espera y se dedicó a leer revistas.

—O tal vez —repuso Mason secamente— tomó un bote y se marchó tranquilamente a tierra.

—Bien, sea como sea, no es culpa mía. Yo no podía impedirlo. Sam estaba muerto mucho antes de que yo llegara a bordo. No sabemos todavía a qué hora se cometió el asesinato. Antes de que yo llegara pudieron salir de aquí varias docenas de pasajeros y luego, después de haber descubierto el crimen...

Duncan miró amenazadoramente a Perry Mason.

—¿Qué? —preguntó este.

Duncan hizo una mueca y enseñó los dientes de oro.

—Nada —dijo—. No quiero hacer suposiciones. Lo dejo todo en manos de la policía.

Mason respondió con displicencia:

—Supongo que ya no hay motivo para tenerme aquí. Ya tiene un inventario de todo cuanto llevaba en mis bolsillos. Desearía subir a cubierta para ver si hay alguien a quien haya disgustado especialmente el no poder abandonar el barco.

Duncan asintió, se aproximó a la puerta y al llegar a ella se volvió diciendo pensativamente:

—Se cree usted muy hábil, ¿verdad?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque parecía muy interesado en que le registraran detenidamente.

—No lo parecía. Lo estaba.

—Pues bien. Yo voy a hacerme registrar también. Después de todo, estuve solo en aquella habitación un par de minutos antes de que llegara Manning y esto será una idea excelente para demostrar que no he cogido nada de allí.

Mason rió con sarcasmo.

—Puede ahorrarse esa molestia, Duncan. Tuvo usted tiempo suficiente y ocasión de tomar de allí todo lo que quisiera y arrojarlo por la borda o esconderlo en cien sitios distintos. El someterse a un

registro ahora no le serviría de nada.

Duncan dijo:

—No me gusta la forma en que habla, Mason.

—Lo siento, Duncan. Si hubiese salido del despacho al mismo tiempo que nosotros, no tendría necesidad alguna de hacerse registrar.

—Eso es —repuso Duncan con ironía— y habría dejado el campo libre a cualquier cómplice suyo que hubiese llegado y...

—¿Un cómplice mío? —inquirió Mason enarcando las cejas.

—No he querido decir eso precisamente —rectificó Duncan—. Un cliente suyo o un cómplice del asesinato.

Mason bostezó y dijo:

—No me agrada este aire. Apesta. Voy a dar una vuelta por cubierta.

—¿Está usted seguro de haber registrado toda la ropa de Mason? —preguntó Duncan a Perkins.

El interpelado asintió con la cabeza.

—¿Miró el forro de la americana?

—Claro que sí —respondió Perkins—. He sido carcelero y conozco perfectamente los sitios en que un hombre puede ocultar algo. Registré sus zapatos, el forro de la americana, el del abrigo...

—¿El cuello también?

Perkins sonrió y dijo:

—No digo tonterías. No se me ha escapado nada. He mirado en el cuello de la americana y en el del abrigo, en el dobladillo de los pantalones. No he dejado una sola pulgada de ropa sin comprobar.

—¿Cuánto dinero tenía en la cartera?

—Dos mil quinientos dólares en billetes de cincuenta y de cien, trescientos veinte en billetes de veinte, cuatro de cinco, tres de uno y alguna plata, seis cuartos de dólar, diez monedas de diez centavos, cuatro de veinte y seis de centavo.

Mason sonrió diciendo:

—Cuando hace usted un inventario lo hace a conciencia, Perkins.

—De algo me tenía que servir haber sido carcelero —respondió el aludido modestamente—. Me ha ocurrido muchas veces que los individuos a quienes registraba pretendían tener más dinero del que en realidad llevaban.

Duncan miró a Mason con los ojos semicerrados. Había algo parecido a una sonrisa en ellos y en los labios.

—Dos mil quinientos dólares en billetes de cincuenta y cien, ¿eh? —dijo.

—Eso es —respondió Perkins.

—¿Se le ha ocurrido algo, Duncan? —preguntó Mason.

—Sí —respondió—. Estaba pensando que dos mil quinientos dólares es precisamente la diferencia entre diez mil y siete mil quinientos.

Perkins le miró sorprendido. Mason respondió con una sonrisa afable:

—En efecto, Duncan. Y doce mil quinientos menos diez mil son dos mil quinientos; y veintisiete mil quinientos menos veinticinco mil son también dos mil quinientos y treinta mil menos veintisiete mil quinientos son...

Duncan hizo un gesto con la mano y se dirigió a Perkins:

—¿No podría haber escondido un trozo de papel doblado en cualquier sitio en que usted no se haya fijado?

Perkins respondió con aire ofendido:

—Ya le he dicho que no. Conozco perfectamente mi oficio, y si le aseguro que no tiene nada en sus ropas es porque no lo tiene.

Duncan abrió la puerta y dirigió una mirada al pasillo.

—¿Inventarió también la goma de mascar?

—Claro que sí. Tres pastillas de marca «Wrigley» de menta. Y miré detenidamente su envoltorio para comprobar si había metido algo entre ellos.

—Bien, ¿quiere usted una pastilla?

Perkins respondió:

—No, gracias, no me gusta.

Mason se llevó la mano a la boca y dijo de pronto:

—¡Ah! Perkins, no ha mirado usted en mi boca. Debe hacerlo para impedir que Duncan pueda pretender que dejó usted algo que mirar. Duncan es capaz de asirse a cualquier subterfugio para defender su teoría.

—Ya había pensado en eso —dijo Perkins—; pero no quise decir nada.

Mason se humedeció el índice y el pulgar y extrajo de su boca la goma que mascaba.

Instó:

—Mire ahora.

Perkins hizo girar la cabeza a Mason para que la luz iluminara el interior de la boca. Miró un segundo y luego dijo:

—Bien. Levante ahora la lengua.

Mason levantó la lengua. Perkins sonrió, hizo una mueca de desafío y asintió con la cabeza.

—Reconocido. Apostaría cincuenta dólares si los tuviera a que no lleva usted encima nada que no haya incluido en el inventario.

Mason dio una palmadita en el hombro del excarcelero y le dijo:

—Vamos a dar una vuelta por ahí a ver qué está haciendo Duncan. Adivino un proceso mental. Primero quería que me registrara a fondo. Luego se arrepintió. Ante mi insistencia de que me registrara a pesar de todo se propuso que lo hiciera con un microscopio. No está seguro de que yo la tenga, pero aun así me culpará de lo que falte.

—Pues en lo que a mí se refiere, ya he terminado mi misión. Tenía que entregar unos documentos y el destinatario está muerto.

—Dígame —le interrumpió Mason—. ¿Cuánto tiempo ha estado con Duncan?

—¿Qué quiere usted decir?

—Si tuviese necesidad de una coartada —respondió Mason—, ¿qué podría usted declarar sobre el lugar, hora y tiempo que acompañó a Duncan?

—Me recogió en Los Ángeles a las cinco menos diez aproximadamente. Tal vez fuesen las cinco menos cuarto o menos cinco.

—Pero desde luego, casi con toda seguridad, antes de las cinco, ¿no?

—Sí. Sé que fue antes de las cinco, porque me invitó a un cóctel y se me ocurrió mirar el reloj del bar. Marcaba las cinco en punto.

—¿Qué hicieron después?

—Fuimos a cenar y Duncan me explicó qué clase de documentos eran los que había de entregar y cómo tenía que hacerlo. Me dijo que deseaba sorprender a Grieb cuando el barco estuviese atestado de gente. Por esa razón, estuvimos dando vueltas hasta que él creyó llegado el momento.

—¿Dijo por qué?

—No, pero creo que habló de que Grieb guardaba los libros y el dinero. Duncan quería que entregara los documentos cuando yo hiciese una especie de inventario, según creo.

Mason se acercó al tragaluz del camarote y arrojó por él la goma que mascaba con aire indiferente.

—Bien. Vamos a ver lo que sucede. Duncan va a tener un tropiezo serio con los jugadores como no se ande con cuidado. Pasará una hora por lo menos antes de que se presente la policía.

—Considerándolo desde el punto de vista jurídico —dijo Perkins—, este barco se encuentra en alta mar y nadie tiene autoridad competente en él a excepción de un representante del almirantazgo de los Estados Unidos.

—O el capitán.

—Sí, desde luego; el capitán puede dar órdenes; pero, indudablemente se limita a transmitir las que recibe de los verdaderos jefes. Muerto Grieb, Duncan es ahora la autoridad suprema de este barco en todos los conceptos.

—Sí —repuso Mason—. Y en honor a la verdad podemos decir que la muerte de Grieb no ha sido una pérdida irreparable para Charlie Duncan.

—¡Ajá! —respondió Perkins cautamente.

Mason prosiguió:

—Duncan, como socio sobreviviente, se cuidará de manejar los negocios de la sociedad. Usted sabe Perkins, que Duncan ha tenido tiempo sobrado para registrar todo el despacho. Ese Manning, a quien él ha puesto de guardia, no es, en realidad, más que un empleado suyo, y negarse a permitirle la entrada sería jugarse el pan. Quisiera dar una vuelta para ver lo que está haciendo y usted me acompañará en su calidad de representante de la justicia.

Perkins asintió. Dijo:

—No es mala idea. La policía creerá que yo me he encargado de este caso. Soy un representante de la Fiscalía de los Estados Unidos. Gracias por ayudarme a aclarar mi situación, Mason. Si se hubiese negado usted a que le registrara, me habría puesto en un aprieto. Como agente de la autoridad, no le habría permitido salir de aquella habitación sin ser cacheado minuciosamente, pero me habría causado un disgusto infinito tener que hacerlo sin una orden, ya que es usted un abogado y conoce perfectamente cuáles son mis

atribuciones.

Mason respondió:

—No hay que hablar de eso, Perkins. Usted sabe demasiado lo que debe hacer, pero si se me permite expresar mi opinión, le diré que en este momento su misión está en vigilar a Manning.

Capítulo 6

Mason echó una ojeada sobre la multitud que rodeaba las mesas de juego. Se convenció de que Silvia Oxman no se hallaba en ninguna de aquellas mesas, así como tampoco el detective, a quien Drake había comisionado para seguirla.

Abandonó el salón de juego y subió a cubierta, húmeda por la niebla. Observó un grupo de gente ante la escala que había sido recogida. Un individuo martilleaba sin cesar sobre la escala.

Un grupo preguntó con acento irritado:

—¿Va a durar mucho esto?

Jimmy, el encargado del bar, que se había quitado el delantal blanco y cubría su cabeza con un gorro de pelo que llegaba hasta las cejas, contestó con la voz dulce que ha aprendido diplomacia tratando con borrachos:

—Ya no tardaremos mucho. Hay que asegurar bien esos escalones para evitar que ocurra una desgracia. Cuando se haya terminado de clavar bien los peldaños, bastará con un minuto para hacer descender la escala y ustedes podrán dirigirse a tierra, según sus deseos. Tenemos cuatro botes a motor en servicio esta noche y todos ellos están esperando a descargar los nuevos pasajeros para volver a cargar y regresar a tierra... ¿Por qué no regresan a la sala donde estarán más calientes, o al bar? Ya les llamaremos cuando pueda empezar el desembarco.

El individuo de la voz irritada dijo:

—¿Cómo podemos saber que esto no es una treta para impedirnos abandonar el buque con nuestras ganancias? Llevo cien dólares encima y no me gusta un pelo el cariz que va tomando esto.

—¡Oh, vuelva al bar y tome un cóctel con el dinero de sus ganancias! Verá como se encuentra mejor y no piensa tonterías.

Le respondió un coro de carcajadas.

Mason se mezcló a la gente, pero no pudo encontrar a Silvia

Oxman por ningún lado. Se acercó a la barandilla y escudriñó en las tinieblas. Vio las luces rojas y verdes de los botes que esperaban para embarcar a sus viajeros. Los ecos de las carcajadas demostraban que los pasajeros de las lanchas habían tomado humorísticamente la situación, que aprovechaban para entablar conocimiento con los representantes del sexo opuesto que se dirigían a probar fortuna o satisfacer una curiosidad al barco casino.

Mason regresó al interior del barco y se dirigió al bar.

Una voz femenina dijo de pronto:

—¿Cómo está usted, señor Mason?

Se volvió y encontró los ojos agresivos y grises de la señora Benson que le acogían con una sonrisa.

—¿Quiere invitarme a beber algo? —dijo la anciana, que en aquel momento parecía no haber llegado a los cincuenta años—. Supongo que no estará muy ocupado en estos momentos.

Mason miró a su alrededor. Un joven había ocupado el puesto de Jimmy en el mostrador y se desvivía por satisfacer las exigencias de la enorme cantidad de personas que solicitaban bebidas. Sus manos volaban de las botellas del mostrador, a los resortes de la máquina registradora. Muchas de las personas que se apoyaban en el mostrador del bar llevaban puestos sus abrigos, dispuestos sin duda, a abandonar el barco en cuanto las circunstancias lo permitiesen. En ninguna de ellas se reflejaba la inquietud consecuente a la publicación de la noticia de un crimen cometido muy cerca de ellas.

—Venga aquí —dijo a la anciana— y siéntese. Quiero hablar con usted.

—¿Por qué ese aire tan fúnebre? —dijo Matilde Benson, sonriente—. No me diga que le han cogido la mano. Hace poco vi a un hombre vestido de gris que buscaba por aquí no sé qué y parecía tan disgustado como un contribuyente que quiere que le devuelvan el impuesto sobre la renta. Alguien le llamó señor Duncan y le preguntó algo. El grosero contestó con un bufido. Si todos nuestros adversarios están tan disgustados como ese es una señal excelente para nosotros.

Mason dijo:

—Hable más bajo, por Dios. Siéntese en esta mesa.

—Tendrá que acercarse al mostrador si quiere algo —continuó

la mujer—. No he visto en mi vida un servicio tan deficiente como este. El encargado del mostrador se ha marchado y ese joven, que era el que servía las mesas, ha tenido que ocupar su puesto...

—No necesitamos que nos sirvan. Quiero que hablemos, señora Benson. Este es un sitio inmejorable, ya que todo el mundo está agrupado junto al mostrador. Dígame, ¿cuánto tiempo hace que está aquí?

—Ya hace un buen rato —dijo la señora Benson, haciendo un guiño—. Llegué a bordo antes que usted. Sabía que era un lugar peligroso y quise ayudarle en caso de que necesitara refuerzos.

—¿Vio usted a Sam Grieb?

—No.

Mason la miró con fijeza y preguntó pausadamente:

—¿Ha visto a algún conocido?

—¿Por qué?

—No me interroge —repuso Mason—. Responda a mi pregunta. ¿Vio a algún conocido?

La anciana respondió con lentitud:

—He visto a Frank Oxman, pero él no me vio a mí. Ya se marchó.

—¿Cómo sabe que no la vio?

—Porque lo vi primero y procuré que no me echara la vista encima.

—¿Qué tiempo llevaba usted aquí cuando llegó él?

—Una hora y media por lo menos. He cenado a bordo; por cierto que me he quedado con hambre. No puede usted imaginarse...

—¿A quién más ha visto usted?

—¿Qué quiere usted decir?

—Respóndame.

—¿Por qué me somete a este interrogatorio?

—Porque se trata de algo importantísimo.

—Pues no vi a nadie más.

—¿Cómo sabe usted que yo vine a bordo?

—Porque estaba en cubierta tomando el fresco. Había niebla y no estuve mucho tiempo, pero le vi perfectamente cuando llegó.

—¿Y está segura de no haber visto a nadie más a quien usted conociese?

—Ciertamente.

—¿Podría jurarlo?

—Si fuera obligada a ello, sí.

La anciana se arrellanó en su silla y dijo:

—Y ahora, si ha terminado de hacer de juez, le ruego que se acerque al mostrador y me traiga un Tom Collins. No puedo satisfacer mi vicio predilecto fumando cigarrillos insípidos como estos. Me muero de ganas por fumar de verdad. Si he de decirle la verdad le confieso que fui a cubierta para poder fumar a mis anchas, pero había una pareja de enamorados y temí que el novio se recluyese en un monasterio después de raparse su rizada cabellera al hacer derrumbarse su romántico ideal con la visión de lo que la edad y la libertad pueden convertir a una mujer.

—Sam Grieb ha sido asesinado.

El rostro de la anciana era una máscara sin expresión.

Respondió:

—¿Cómo lo sabe?

Mason dijo con lentitud:

—Usted lo sabía.

—No he dicho tal cosa.

—¿Por qué me ha mentido?

—Le advierto, señor Mason, que no estoy acostumbrada a que me hablen...

—¿Por qué me ha mentido? —volvió a preguntar el abogado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Estaba a bordo y usted lo sabía. La vio usted aquí. No lo niegue. Me refiero a Silvia.

La anciana siguió sin contestar.

—¿Qué sabe usted de ella?

Los ojos grises se nublaron. La dama extendió su enjoyada mano sobre la mesa y dijo:

—Deme uno de sus cigarrillos.

Mason abrió su pitillera. Ella tomó un cigarrillo y el abogado encendió una cerilla y le ofreció fuego. Luego tomó un cigarrillo para sí, lo encendió y lanzó dos bocanadas de humo denso y aromático.

—La escucho —dijo.

Ella rehuyó la mirada, dio varias chupadas rápidas al cigarrillo que tenía en la boca y lo arrojó de pronto a un cenicero.

—¿No hay ningún sitio donde podamos fumar de verdad? —preguntó.

—No creo que sea prudente que nos vean juntos —respondió Mason—. Por el momento, este es el lugar más apropiado para hablar. Todo el mundo está junto al mostrador dándonos la espalda... y yo la escucho.

La anciana jugueteó con el asa del cenicero con dedos temblorosos; luego lanzó la mirada hacia él y dijo:

—Sí. Silvia estuvo aquí.

—Ya lo sabía yo. ¿Por qué no me lo dijo?

—Porque... Por muchas razones.

—Dígame una.

—La forma de comportarse de Silvia.

—Por Dios —dijo Mason con impaciencia—, dígamelo todo de una vez. Estoy tratando de proteger a Silvia. ¿Cómo diablos podré hacerlo si he de sacarle las palabras con un sacacorchos? Dentro de unos momentos llegará la policía y no tendremos ocasión de hablar. Quiero saber todo lo que ha sucedido para obrar en consecuencia.

Ella respondió:

—Silvia se dirigió a las oficinas de la dirección. Temí que cayera en manos de Grieb y no sabía qué hacer. No quería que ella me viese. Por eso salí a cubierta. Tenía la esperanza de que no tardaría usted en llegar y no me equivoqué. Cuando le vi, di gracias al cielo. Pensé qué encontraría a Silvia allí dentro.

—Bien. Respóndame ahora a esto, ¿cuándo llegó Silvia?

—Antes que usted.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Lo ignoro. No la vi cuando llegó. Naturalmente, no esperaba verla aquí. Si lo hubiese sabido, me habría marchado. No quiero que se entere de que me preocupo por sus asuntos. Si me hubiese visto, habría adivinado...

—No se preocupe por eso. ¿Dónde la vio?

—Venía de la sala de juego.

—¿Qué hizo usted?

—Desaparecer de su vista. Ella preguntó algo a un *croupier* y se marchó por el pasillo que conduce al despacho de Grieb. Yo salí a cubierta.

—¿Estuvo jugando su nieta?

—No. Se limitó a preguntar al *croupier*. Supongo que quería saber si Grieb estaba en su despacho.

—¿Y bien?

—Eso es todo, Mason. Subí a cubierta y allí me quedé. Tenía frío, pero no me atrevía a bajar por miedo a encontrarme con ella.

—¿Dónde estaba a todo esto su marido?

—Frank Oxman debió venir a bordo mucho antes; tal vez cuando yo estaba en la sala de juego. Me enteré que estaba a bordo cuando le vi partir. Salió del salón con chistera y abrigo y pasó tan cerca de mí que temí que me descubriese. Se dirigió en línea recta al lugar de estacionamiento de los pasajeros que han de abandonar el barco y saltó al bote que salió unos minutos después de llegar el suyo.

—¿Le seguía alguien? —preguntó Mason.

Ella movió la cabeza.

—No lo creo... ¡Espere! ¡Tal vez sí! Observé a un hombre que husmeaba por todas las mesas sin jugar en ninguna de ellas y que se marchó en el mismo bote que Frank. Es posible que fuese un detective.

—¿Ya había llegado yo cuando sucedió eso?

—Sí; pero no mucho antes. Creo que se marchó unos diez minutos después de llegar usted. Es posible que se encontrara con él.

Mason frunció el entrecejo pensativamente. Dijo:

—No puedo asegurar que sí ni que no, porque no lo conozco. ¿Qué me dice de Silvia?

—Ya le he dicho que subí a cubierta porque no quería que ella me viese. Estaba ya allí hacía unos quince minutos, cuando salió seguida de un hombre. Él dijo: «Frank está a bordo», y volvió a la sala de juego. Entonces, Silvia fue...

La anciana se interrumpió.

—Continúe. ¿A dónde fue?

—Pues fue al embarcadero y tomó asiento en el bote que salía.

Mason escudriñó el rostro de la anciana.

—Eso no es lo que iba usted a decir.

—Sí, es eso. Se lo aseguro.

Mason declaró:

—No intente engañarme. Sé demasiado bien que iba usted a

decir otra cosa.

—¿Por qué?

—Por la forma en que terminó la frase. Se ha traicionado usted. Cuando le he preguntado dónde fue ella y usted me contestó que había regresado a tierra, noté en su voz la sensación de alivio que produce el salir bien de un mal paso. Usted creyó que con eso yo me daría por satisfecho, ¿no es así? Quiero saber, señora Benson, sin subterfugios ni mentiras, el lugar exacto a donde fue Silvia después de salir de la sala de juego.

Matilde Benson dio una chupada al cigarrillo.

—Dígame adónde fue —insistió Mason.

—Fue a cubierta y se apoyó en la barandilla.

—¿Y qué hizo allí?

Matilde Benson respondió pausadamente:

—Hurgó en su saco de mano y un segundo más tarde oí algo chapotear en el agua.

—¿Algo pesado?

—Lo ignoro.

—¿No es posible que fuese un revólver?

—Le juro que no sé lo que era.

—¿Le vio alguien más?

Matilde Benson tardó un segundo en mover la cabeza en gesto negativo.

—¿Quiere decirme si pudo verla alguien?

—La pareja de novios de que le he hablado es posible que la vieran. Pero no lo sé con certeza. Depende del entusiasmo que tuvieran. Mire: cuando Silvia salió de la sala de juego, permaneció un momento junto a la barandilla, como cegada por el paso repentino de la brillante iluminación del interior de las tinieblas de cubierta. Estaba en aquel momento muy cerca de la pareja, pero me atrevería a asegurar que ella no se dio cuenta de la presencia de los tórtolos. Una fracción antes de oír yo el chapoteo, los novios extendieron el cuello como si hubiesen visto algo extraño y luego empezaron a susurrar entre ellos excitadamente. Entonces, Silvia se apresuró a tomar asiento en uno de los botes que iban a la playa.

—¿Estaba muy cerca de usted en aquel momento?

—Bastante.

—Dígame ahora: ¿había un bote en aquel momento junto a la

escala?

—Sí.

—¿Es probable que los pasajeros que iban en él vieses caer el objeto que Silvia tiró al agua?

—No lo sé; pero no lo creo.

—¿Cuando Silvia salió de la sala de juego marchó en línea recta hacia la barandilla?

—Así fue... El individuo que la seguía le dijo que Frank estaba a bordo y que era conveniente que evitara que la viese. Entonces ella marchó en línea recta a la barandilla.

—¿Y de allí descendió al bote?

—Sí.

—¿Quién era ese hombre de que ha hablado?

—No lo sé. Alguien que siguió a Silvia cuando salió de la sala de juego. Después de advertir a Silvia la presencia de su marido volvió a desaparecer.

—¿No lo vio usted bien?

—No. No asomó más que la cabeza.

—¿Y no le daba la luz sobre el rostro en aquel momento?

—No. La puerta da a la escalera y hay un corredor cubierto con cortinas. Había muy poca luz.

—¿Cómo estaba vestida Silvia?

—Llevaba un traje oscuro con una chaqueta tres cuartos.

—¿Llevaba sombrero?

—Sí.

—¿Iba vestida entonces exactamente igual, que cuando la vio por primera vez en la sala de juego?

—En efecto.

—¿No llevaba también un abrigo que le llegaba hasta aquí?

—Ella tiene un abrigo de pieles muy bonito que...

—Ya sé que lo tiene —interrumpió el abogado—. Fíjese bien en lo que le digo. Seguramente dejó el abrigo en el guardarropa. Los policías no tardarán en llegar a bordo. Preguntarán los nombres y direcciones de todos los que se encuentran en el barco. Transcurrido un corto tiempo, permitirán a todo el mundo que vuelva a tierra. Entonces, la muchacha encargada del guardarropa informará a la policía de que han dejado un abrigo de pieles de gran valor sin reclamar. Esto será un dato muy significativo para cualquier

polizonte, por torpe que sea. Si Silvia lo reclama luego, caerá en una trampa. Si no lo hace, equivaldrá a una declaración de culpabilidad. La policía no tardará en averiguar el nombre de la propietaria del abrigo, y Silvia se encontrará en una situación poco envidiable.

—Yo iré al guardarropa, diré que he perdido el justificante del abrigo que les di a guardar y confío en que me lo entregarán dándoles una propina aceptable.

—¿Podrá descubrir el abrigo con bastantes detalles?

—Claro que sí. Fui yo quien se lo compró a Silvia. Lleva en el interior del bolsillo un rotulito en el que va impreso el nombre de Silvia y el número de una póliza de seguros. Le diré a la muchacha que soy yo Silvia y recogeré el abrigo.

Mason ojeó la exuberante humanidad de la señora Benson, y ella, al observarlo, declaró:

—Me está bien. No pase cuidado. No intentaré abrochármelo.

—Entonces tendrá que abandonar su abrigo. ¿No lo dejó también allí?

—Sí, pero presentaré el comprobante, lo recogeré y después de dejarlo en cualquier sitio iré a probar fortuna con el de Silvia. Supongo que podré regresar a tierra con los dos abrigos sin que nadie entre en sospechas.

—No —intervino Mason—. Usted no puede hacer eso. Se expondría a que la encargada del guardarropa la reconociera y tendría malas consecuencias.

—Pues no veo otro medio.

—Deme su comprobante. Yo recogeré su abrigo.

Ella abrió el bolsito de mano y entregó al abogado una cartulina. Declaró:

—Me agrada sobremanera la forma en que lleva todo el asunto y le prometo expresarle mi agradecimiento en forma substancial.

—Bien —respondió Mason—. Puede usted enviarme bizcochos y pasteles de carne al calabozo cuando me metan en la cárcel.

Ella le miró con fijeza y respondió:

—Supongo que no dirá eso en serio.

—¿No? Como se enteren de la parte que he jugado en todo ese endemoniado asunto, no tardarán en encerrarme ni veinticuatro horas.

—Pero...

—Espéreme aquí.

Mason se adentró en el pasillo y se dirigió al guardarropa. Entregó a la muchacha la tarjeta numerada y medio dólar, y le dijo:

—Mi señora está mareada por el movimiento del barco. Deme el abrigo enseguida.

—¿Mareada por el movimiento...? ¡Si no se nota en absoluto, señor!

—Ella se ha empeñado en que el mareo le ha sobrevenido por el movimiento del barco. Si usted no lo cree, suba y discuta con ella, que yo no me atrevo.

La muchacha se echó a reír alegremente y entregó a Mason el abrigo. Sus ojos pardos se clavaron en los anchos hombros del abogado y en sus rasgos agradables con cierta delectación.

Perry Mason entregó el abrigo a la señora Benson, al mismo tiempo de le decía:

—Tome y vaya por el otro. Seguramente tendrá que... —Se interrumpió al oír el ruido inconfundible del motor de una canoa que se aproximaba—. La policía. Hay que darse prisa.

—¿Tendré que darles mi verdadero nombre?

—No, a menos que se vea obligada a ello —respondió el abogado—. Pero tenga mucho cuidado. Probablemente exigirán algún documento de identidad. Procure situarse en la última fila, y como habrá gran número de personas que se nieguen a dar sus nombres, los policías se cansarán y no preguntarán demasiado a los últimos. Evite que la sorprendan en una mentira.

La anciana echó atrás la cabeza y dijo con los ojos brillantes y desafidores.

—No es la primera vez que miento sin que puedan probarlo. —Se ruborizó y prosiguió—: Váyase por la puerta de la izquierda. Yo saldré por la de la derecha.

Mason dijo:

—Buen viaje.

Y salió por la puerta de la izquierda, dirigiéndose a la sala de juego. Estaba ya cerca de la mesa de la ruleta cuando un individuo con impermeable brillante por la humedad de la niebla gritó:

—Óiganme todos. Se ha cometido un asesinato a bordo de este barco. Se prohíbe que salga nadie. Permanezcan todos aquí dentro y

no intenten salir. Si nos ayudan, no tardarán en ir a tierra, pero si se niegan a facilitar nuestra labor tendrán que pasar aquí toda la noche.

Capítulo 7

Perry Mason se hallaba casi al final de la «cola» serpenteante que llegaba hasta uno de los extremos de la habitación hasta la mesa en que dos policías estaban sentados tomando la filiación de los asistentes y examinando sus documentos de identidad.

Las mesas de juego, completamente abandonadas, formaban un contraste incongruente con el silencio mortal que se observaba en la sala, interrumpido únicamente por las roncas voces de los sabuesos, las trémulas respuestas de los clientes y el rítmico golpear de las olas contra los costados del viejo buque.

Mason observaba la fila formada por los que le precedían, con visible ansiedad. No podía encontrar a Matilde Benson y, sin embargo, ninguna persona de las que se hallaban a bordo podría evitar que la interrogasen. Estaba seguro de que no le permitirían salir sin presentar un salvoconducto firmado por los dos agentes encargados de la investigación.

En el despacho, varios hombres se ocupaban de los detalles concernientes al crimen. Se tomaron fotografías mostrando la situación y posición del cadáver. Todos los muebles estaban llenos de un polvo especial para revelar las huellas dactilares que pudieran dejar los que intervinieron en el homicidio. Varios individuos entraban y salían sin cesar del despacho y de la sala de espera, y la fila de rostros asustados se volvía con ansiedad para mirar a aquellos policías con mórbida curiosidad.

Un hombre salió del pasillo, se aproximó a la fila y gritó:

—¿Está aquí Perry Mason, el abogado?

Mason levantó una mano.

—Venga por aquí —dijo el policía, girando sobre sus talones y señalando el camino por el que había venido. Mason le siguió.

Se oía un murmullo de voces procedentes del interior del despacho. Indudablemente sometían a alguien a un interrogatorio.

Al acercarse oyó hablar a Charlie Duncan, negando con vehemencia algo que le achacaban los policías.

Mason penetró en la sala de espera precedido del agente. Varios policías de rostros ceñudos interrogaban en aquel momento a Charlie Duncan.

Cuando entró Mason, Duncan estaba diciendo:

—... desde luego, teníamos ciertas diferencias. No me gustaba el modo con que conducía nuestro negocio. Esta tarde, precisamente, incoé expediente para disolver nuestra sociedad, pero no intentaba aprovecharme de nada. Lo hice porque no quería arruinarme con las ideas simples de un individuo que no sabía lo que llevaba entre manos...

Quedó cortado al ver a Mason.

Uno de los policías preguntó:

—¿Es usted Perry Mason, abogado?

Mason asintió con la cabeza.

—¿Estaba usted en esta habitación cuando se descubrió el cadáver?

—Sí.

—¿Qué hacía usted aquí?

—Estaba sentado, esperando.

—¿Esperando qué?

—A que entrara alguien.

—¿Llamó a la puerta del despacho?

—Sí.

—¿Y no le respondieron?

—No.

—¿No intentó abrir la puerta?

Mason frunció el entrecejo y dijo:

—Confieso que no me es posible recordar lo que hice. Cuando llegué consideraba mi visita una cosa de formulismo simple y, naturalmente, no he tenido en cuenta ciertos detalles que en aquellos momentos me parecieron insignificantes o de poca importancia.

Uno de los policías declaró:

—Pues no hay detalles insignificantes ni de poca importancia en un asesinato.

Mason respondió afablemente:

—No siempre podemos prever lo que puede suceder, señores.

Hubo un silencio que aprovechó el abogado para examinar los rostros de los policías. Debían haber sido reclutados en barrios distintos. Uno de ellos era, indudablemente, guardia de tráfico, con la categoría de sargento, y dirigía la investigación. Otro debía de ser agente de tráfico motociclista, sin duda. El tercero era un individuo vestido de paisano, al parecer un detective, y el otro un alguacil, alcalde de barrio, o ambas cosas a la vez.

Mientras Mason les observaba, uno de los policías penetró en la estancia acompañado de Arthur Manning. Venían dos personas más con este. Un joven de unos veinticinco años y una muchacha que llevaba un traje de deporte color café claro. Un pañuelo color chocolate anudado al cuello armonizaba con los zapatos y el bolso. De su brazo derecho colgaba un abrigo con cuello de pieles.

Manning dijo:

—Acabo de encontrar...

El sargento alzó una mano para imponer silencio. Dijo:

—Terminemos primero esta parte de la investigación. ¿Dice que esperaba en la salita, señor Mason?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo esperando?

—Unos cinco minutos tal vez más, aunque pudieran ser menos. No lo recuerdo con exactitud.

—¿Quería hablar con el señor Grieb?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para un asunto.

—¿Qué clase de asunto?

Mason movió la cabeza sonriendo. Dijo:

—No puedo responder a esa pregunta, señor sargento. Se trata de secretos profesionales.

—¿Rehúsa responder?

—Sí.

—Eso está contra la Ley —protestó el sargento con cólera—. Lo único que le está vedado divulgar es la comunicación confidencial que le haga un cliente. Lo sé porque lo he oído decir en el tribunal en cierta ocasión.

Mason respondió con acritud:

—Usted sólo lo ha oído en cierta ocasión. Yo sé perfectamente qué es lo que debo revelar y lo que no. Tenga en cuenta que soy abogado.

El individuo en traje de paisano hizo una mueca. El sargento enrojeció y guardó silencio. Luego se volvió a Duncan y le preguntó:

—Cuando llegó usted aquí, ¿dónde estaba sentado el señor Mason?

—En aquella silla.

—¿Qué hacía?

—Miraba una revista.

—¿No sabe lo que estaba leyendo?

—No. Hizo una observación sobre ella. Creo recordar que dijo que era un número atrasado.

—¿Estaba cerrada la puerta del despacho?

—Sí.

—¿Tenía usted llave?

—Sí.

—¿Dónde estaban las otras?

—No había más que una y la tenía Grieb.

—¿La que hemos encontrado en su llavero?

—Sí.

—¿Acostumbraba a tener esta puerta cerrada con llave?

—Desde luego. Era una regla a la que no faltaba nunca. Esta puerta se tenía cerrada con llave y además se echaba la barra de hierro.

—Por consiguiente, debió ser el señor Grieb el que abrió la puerta, ¿no es así?

—En efecto.

—Y luego volvería al lugar en que lo mataron, después de hacer pasar a su visitante, ¿verdad?

—Sí.

—¿No hay otro medio para llegar al despacho que no sea esta salita?

—No.

—¿Qué me dice del tragaluz? ¿No habría sido posible a alguien descolgarse por el costado del barco y disparar desde allí a través del tragaluz? —dijo Mason.

—No —repuso el sargento—. Eso habría sido imposible.

Excluyendo la hipótesis de un suicidio, dadas las circunstancias concurrentes, la persona que disparó el tiro que mató a Grieb debió colocarse en una esquina de la mesa de despacho y lo hizo a bocajarro con una automática del treinta y ocho. La cápsula vacía ha sido hallada. —Se volvió a Duncan y prosiguió—: Usted abrió la puerta del despacho y encontró el cadáver de Grieb tal como lo hemos visto nosotros. ¿Qué hizo entonces?

—Estaba muy excitado —dijo Duncan—. No lo recuerdo con exactitud. Creo que me acerqué para ver si estaba vivo todavía. Luego miré a su alrededor para ver si encontraba un arma. Dije no sé qué a Mason y él me respondió que tal vez se tratara de un suicidio.

—¿No recuerda nada más?

Duncan movió la cabeza.

—No. Salimos de aquí. Mason hablaba demasiado y ordené que le registraran.

—¿Para qué?

—Él había estado sentado aquí en la sala. Yo tenía sospechas... Es decir, quise convencerme de que no tenía en el bolsillo una llave de esa puerta, ni un arma, ni... Bien, podía tener muchas cosas en los bolsillos.

—¿Se opuso Mason a que lo registraran?

—¡Por el contrario! —respondió Mason, sonriendo—. Yo mismo lo pedí. El señor Perkins, agente ejecutivo que vino a bordo con el señor Duncan, me maniató para que no pudiera sacar nada de mis bolsillos y me condujo a otra habitación, hizo que me desnudase y me registró hasta dentro de la piel. Pero el señor Duncan quedó varios minutos a solas con el cadáver.

—No es verdad —repuso Duncan colérico—. Eso me hace recordar que pulsé el timbre de alarma para llamar a Manning. Con aquel botón suenan varios timbres y se encienden luces rojas en las cuatro esquinas de la sala de juego. Manning no tardó en llegar más de veinte segundos.

—Eso es verdad —declaró el individuo de uniforme azul—. Yo me encontraba en el lado de allá de la sala de juego vigilando a un hombre que me infundía sospechas. Estaba jugando a los dados en una mesa y tenía una suerte endiablada. Casi siempre estoy junto a la puerta de estas habitaciones, pero cuando observo algo

sospechoso voy a investigar, y Grieb ya me había advertido algo sobre aquel individuo. Aquello ocurrió quince o veinte minutos antes de que Duncan encendiese las luces rojas para que yo acudiera. En cuanto vi las luces me apresuré a entrar en el pasillo y acudí corriendo al despacho. Tardaría en llegar aquí unos quince segundos.

—¿Y durante esos quince segundos, vio usted a alguien salir del despacho?

—Claro que vi a Perry Mason y al agente que vino con el señor Duncan... Creo que se llama Perkins. Dicen que le puso las esposas, pero yo no lo puedo asegurar. Iban cogidos del brazo como dos buenos camaradas y estuvieron bebiendo en el bar.

—¿Nos vio usted salir?

—No estaba ni a un par de metros de distancia de ustedes. Me habrían visto si hubiesen vuelto la cabeza. Yo iba de prisa por si me necesitaban.

—¿Dónde estaba Duncan cuando entró usted en la habitación?

Duncan intentó decir algo, pero el sargento le hizo callar con un gesto amenazador y dijo:

—En este momento, señor Duncan, estamos interrogando a Manning. ¿Dónde estaba, Manning? Conteste a eso.

—Estaba en la silla en que usted está sentado en este momento —aseguró el interrogado—. Había levantado el cojín y estaba mirando debajo.

Duncan le miró estupefacto.

—¿Qué estaba haciendo allí? —preguntó el sargento a Duncan.

—Era la silla en que había estado sentado Mason —respondió Charlie—. Tenía un aire extraño cuando yo llegué, aunque no puedo precisar exactamente qué era. Creí que sospechaba que le registrarían y que había ocultado algo. Indudablemente, nos oyó a Perkins y a mí cinco segundos antes de que entráramos.

—¿Qué creía que pudo haber ocultado?

—No sé. Tal vez un arma.

—También es posible que Duncan recogiera algo en el despacho e intentase esconderlo en la silla que yo había ocupado cuando le sorprendió Manning.

—¡Eso es una solemne mentira y usted lo sabe! —gritó Duncan.

El dueño del barco casino estuvo a punto de ahogarse de

indignación.

—Usted estaba todavía en la habitación cuando yo apreté el botón para llamar a Manning. Si hubiese querido ganar tiempo para registrar no lo habría llamado...

El sargento le interrumpió.

—Ya hablaremos de eso —dijo—. Díganos, Manning... ¿Qué tiempo transcurrió desde que vio a Mason y luego a Duncan registrando la silla?

—Unos cuatro segundos, aproximadamente.

Mason repuso:

—Nosotros empleamos seis u ocho segundos en atravesar el pasillo, así, pues, Duncan dispuso de diez a doce segundos.

El sargento no prestó atención al comentario de Mason, sino que miró a Manning con fijeza.

—¿Qué hizo entonces Mannig? —preguntó.

—Duncan me pidió que le ayudase a buscar. Me contó lo que había sucedido. Yo eché una ojeada al despacho, desde la puerta, pero Duncan continuó buscando por todas las sillas de la sala y yo le ayudé.

—¿Le dijo lo que buscaba?

—No; no lo dijo.

—¿Dice que no entró en el despacho?

—No. Miré desde la puerta. Pregunté al señor Duncan si había sido un suicidio o un asesinato y él me respondió que si no encontrábamos arma alguna era indudable que se trataba de un asesinato y que iba a cerrar la habitación. Me encargó que tuviese cuidado de que no entrara nadie.

—Dígame, sargento —interrumpió Duncan—, ¿hará usted abrir la cámara acorazada?

El sargento respondió:

—Claro que sí.

—Pues bien, cuando lo haga, quisiera que atendiese mis instrucciones.

—¿Sus instrucciones? ¿Qué quiere usted decir?

—Cuando vine, me acompañaba un alguacil con el objeto de que Grieb practicara un inventario en su presencia, pues le habían demandado judicialmente para disolver nuestra sociedad. Lamento tener que decirlo ahora que Sam está muerto, pero eso no altera el

hecho de que quiso jugarme una mala pasada. Sé perfectamente que ha habido malversación de fondos y que él...

—¿Qué va usted a decir? —intervino Mason con frialdad, cuando Duncan hizo una pausa.

—Que él temía enfrentarse conmigo.

—¿Qué le hizo creer a usted que lo temiese? —preguntó de nuevo Mason.

Duncan se volvió al sargento y gritó:

—¿Quiere tener la bondad de hacer que se calle este individuo mientras presto declaración?

El sargento ordenó con voz monótona:

—Cállese, Mason. Continúe, Duncan.

—Pues bien; sé que Grieb ha dejado herederos. No sé con exactitud quiénes son, pero tengo la seguridad de que me darán la lata. Como le dije antes, Grieb me ha estado robando, y ahora sus herederos sean quienes fueren, pretenderán que he sido yo el que les deja sin herencia. Por esta razón quiero que se haga un inventario detallado de todo cuanto hay en la cámara acorazada y la caja de caudales.

El sargento preguntó:

—¿Cree usted en verdad que falta algo?

—No lo creo. Lo sé.

—Un inventario no forma parte de nuestras atribuciones. Además, nos haría emplear un tiempo que necesitamos para algo más importante.

—¿Por qué no la sella, entonces?

—¿Sellar qué?

—La cámara acorazada.

—Porque queremos ver lo que hay dentro.

—Pues si la abren, exijo se haga un inventario de su contenido —dijo Duncan con tono imperativo y enfático.

El sargento titubeó un momento. Luego repuso:

—Bueno, Duncan. Haremos un inventario. Tal vez, después de todo, encontremos algo que nos proporcione una pista para este endemoniado asunto.

—Antes de abrir la cámara —se aventuró a decir Manning—, sería conveniente que interrogaran a esta pareja. Vieron a una mujer que tiró una pistola al agua.

El sargento abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Una mujer que tiró una pistola al agua? —repitió.

Manning asintió:

—¿Por qué no lo dijo antes? —preguntó el sargento, colérico.

—Intenté hacerlo, pero...

—Ya me lo explicará después —le interrumpió el sargento.

Luego se dirigió al joven, que le miraba atónito—: ¿Cómo se llama usted?

El hombre tragó saliva dos veces antes de contestar a la pregunta.

—Bert Custer.

—¿Dónde trabaja?

—En un surtidor de gasolina entre las calles Setenta y Nueve y la Main.

—¿Qué hacía usted aquí?

—Traje a mi... a la señorita Marilyn Smith a que viese el barco.

—¿Vino a jugar?

Bert Custer bajó los ojos, hizo una mueca de disgusto y respondió:

—No, señor.

—¿Para qué vino entonces?

—Pues, verá usted. Me enteré de que la comida que sirven en este restaurante no resulta cara y es abundante, amenizada por una orquesta bastante aceptable, y el viaje en lancha no puede ser más barato. Marilyn y yo teníamos que hablar y nos decidimos a venir aquí.

—¿Y dónde se instalaron?

—En cubierta. Hacía fresco, es verdad, pero el día había sido muy caluroso y...

El muchacho se interrumpió sin saber explicar por qué estaban en cubierta.

El sargento le guiñó un ojo y repuso con picardía:

—Ya supongo por qué huían de la gente. ¿En qué sitio de cubierta de hallaban?

—Casi en la mitad del barco... Me parece que estábamos casi encima de esta sala.

—¿Y qué es lo que vio?

—A una mujer vestida con traje plateado, con todo el pelo

blanco, que salió de la sala de juego y se condujo de forma muy extraña. Marilyn y yo creíamos en un principio que le pasaba algo, pero luego vimos que parecía querer ocultarse de alguien.

—Continúe —instó el sargento.

—Pues bien, se detuvo allí un minuto y entonces vimos salir a otra mujer, y la del traje plateado se ocultó en la sombra. Marilyn asió mi brazo y me dijo:

»—¡Mira!

»Y, en aquel momento, miré y vi a la mujer del traje plateado que tiraba un arma de fuego por la borda.

—¿Qué clase de arma era? —inquirió el sargento.

—Pues, una pistola automática, aunque no podría decir la marca ni el calibre.

—¿Sabe usted la diferencia que hay entre una pistola automática y un revólver?

—Claro que sí. Distinguí perfectamente los trazos en ángulo de la pistola. El revólver tiene la empuñadura curva. No puedo describirlo exactamente, pero sé de armas.

—¿Y fue la mujer del traje plateado la que tiró el arma por la borda?

—Sí.

—¿Qué hizo ella después?

—Continuó en cubierta hasta que la otra mujer se hubo marchado. Luego pasó junto a nosotros para volver a la sala de juego. Vimos que tendría unos cincuenta años.

—Cincuenta y cinco —interrumpió la muchacha—. Llevaba un traje de lamé plateado y un collar de perlas.

—Un momento —dijo Mason—. Me parece muy extraño que una mujer tirase un arma en esas circunstancias. Según he oído, ustedes dos vieron el arma cuando caía. ¿No es posible que la hubiese tirado la mujer que salió de la sala de juego? Me refiero a la otra que ustedes vieron.

—Ya discutiremos eso después —dijo el sargento—. Usted no ha venido aquí para interrogar a los testigos, señor Mason. Soy yo el encargado de eso. No lo olvide.

—Pero en interés de todos debemos esclarecer bien los hechos —protestó Mason.

La muchacha respondió en voz baja:

—No podría jurar cuál de las dos mujeres fue la que tiró la pistola.

—Estoy seguro que fue la del traje plateado —dijo Custer—. ¿Por qué se ocultaba, si no? Temía que la vieran y...

—Pero usted no vio la pistola hasta que la señorita Smith le cogió del brazo y le dijo: «¡Mira!» —le interrumpió Mason—. Usted...

El sargento se puso en pie y rugió:

—¡Basta ya! ¿Quién le ha dado a usted vela en este entierro? Veo que se interesa demasiado por lo que no le importa.

Mason se inclinó. Dijo:

—Está bien, sargento. Usted es el que manda. Pero creí que le interesaría esclarecer un punto que aparece bastante oscuro y tenía la intención de ayudarle. Tengo bastante experiencia en estos casos y abrigó la pretensión de que le sería de utilidad mi cooperación.

—Guárdese su ayuda para cuando se la pida. Para esto me basto solo. No quiero que me coaccione a los testigos.

—¿Coaccionar, sargento? Quería poner las cosas en su punto.

—Sí; en el punto que a usted le conviene. ¿Qué sabe de esa mujer del traje plateado? ¿A qué se debe ese interés que muestra por ella?

—¿Por qué no se lo pregunta a ella misma? —sugirió Mason.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los policías se miraron con ojos interrogadores.

El sargento dijo al individuo en uniforme de guardia urbano:

—Vaya a buscar a esa mujer del traje plateado, Jerry, y tráigala inmediatamente. Con lo que hemos oído de ella, no le costará trabajo reconocerla.

Sonaron pies en el pasillo exterior. Se abrió la puerta dando paso a Perkins que entró y dijo al sargento:

—Ya hemos acabado nuestro trabajo allí. ¿Puedo hacer algo más?

—Sí. Vamos a abrir la cámara acorazada. Duncan quiere que haga usted un inventario de lo que contiene.

—¿No podríamos dejar eso para después?

—No. Quiero ver ahora lo que hay dentro. Ansío convencerme de que el motivo del crimen no fue el robo y luego hacer un inventario detallado de todo. Después iremos a cubierta y...

—Quisiera que se abriese la cámara y la caja ahora mismo —dijo Duncan—. Además del metálico usado para las necesidades del negocio, sargento, deben haber nueve mil quinientos dólares que Grieb cobró sin duda esta misma tarde. Supongo que los pondría en la caja de caudales. Me urge saber...

—Así pues —interrumpió Mason—, obtuvo usted una comisión de dos mil dólares con su venta, ¿eh?

Duncan replicó:

—A usted no le importa.

—¡Cállese de una vez! —gritó el sargento.

Mason se encogió de hombros.

—Como usted comprenderá —continuó Duncan—, me interesa saber si ese dinero está en seguridad o ha sido robado.

—Está bien, Duncan. Abriremos la cámara acorazada y la caja. Los muchachos tomarán nota de lo que hay dentro.

—Sobre todo de lo de la caja de caudales.

—De las dos —masculló el sargento—. Perkins, venga usted con Duncan y conmigo. Usted también Walter. Los demás quédense ahí. Tengan en cuenta que no quiero que se toque nada de lo que haya en el despacho en que se ha cometido el crimen. Sobre todo, que nadie se acerque a la mesa de escritorio. Espero saber muchas cosas por las huellas que pueda haber en el vidrio de encima de la mesa.

Duncan hizo girar las manecillas de la combinación en la cámara acorazada, la abrió y encendió una luz eléctrica del interior. Los tres hombres entraron en la cámara. Sus voces se oían muy amortiguadas en la sala.

Mason se aproximó a Marilyn Smith y le preguntó:

—¿Podría describirme a la mujer que se acercó a la barandilla? No me refiero a la del traje plateado, sino a la otra.

—No la vi muy bien. Llevaba un traje oscuro. No se escondió para nada, pero la otra, la de los cabellos blancos actuó de forma muy sospechosa. Bert y yo estábamos hablando de la del traje plateado cuando apareció la otra. Entonces, la del pelo blanco intentó esconderse, como si realmente la más joven le inspirase miedo...

Bert Custer se acercó a su novia y se encaró con Mason.

—No quiero que Marilyn hable hasta que regresen los policías. Este hombre es abogado, Marilyn, y...

—No digas tonterías —dijo la muchacha—. Estoy cansada de policías y abogados e imbecilidades de todas clases. Nosotros no podemos decir más de lo que vimos. Bajo la impresión de la conducta sospechosa de la mujer de los cabellos blancos, creíamos que fue ella la que tiró la pistola al mar, pero si nos exigieran afirmarlo bajo juramento tendríamos que confesar que no vimos el arma en las manos de ninguna de las dos, sino que la divisamos en el aire, cuando caía.

—Yo vi a la mujer del traje plateado hacer un movimiento con la mano, como si hubiese tirado algo —insistió Custer.

—Tú no pudiste ver eso, Bert. No la mirabas a ella, sino a mí. En aquel momento...

—La vi de reojo —insistió Custer.

Marilyn sonrió a Mason y dijo:

—Yo fui la primera que vio la pistola. Y la vi después de haber sido arrojada por la barandilla. Entonces fue cuando cogí del brazo a Bert y se lo dije. Hasta ese momento él no había visto nada. Gracias a la luz que salía de un tragaluz la vimos...

—¿Estaban ustedes precisamente encima de este salón? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y no sería posible que la pistola hubiese sido arrojada a través de este tragaluz, precisamente?

—Sí... tal vez. Supongo que este es el tragaluz por donde salía la claridad que nos hizo distinguir la pistola...

—¿Qué clase de pistola era? ¿Pudieron verla bien?

Custer se encargó de responder a esta pregunta. Dijo detalladamente:

—Era una automática de acero pavonado con empuñadura de madera. Por su tamaño diría que era del treinta y ocho, aunque no podría asegurarlo. Estuve empleado en unas tiendas de armas y he vendido muchas de ellas. Algunas casas construyen un modelo del treinta y dos bastante pesado, por cierto. Y hay otros del cuarenta y cinco que no se diferencian mucho de las del treinta y ocho. En realidad, no puedo precisar el calibre del arma que vimos. Tenga en cuenta que sólo la distinguimos por espacio de una fracción de segundo.

—Así, pues —dijo Mason gravemente—, usted asegura que fue

una pistola automática del treinta y ocho, aunque es posible que fuese del cuarenta y cinco o del treinta y dos. ¿No es así?

—Sí.

—¿No se fabrica una pistola del veintidós, de armadura bastante pesada y cañón bastante largo?

—Sí, creo que sí.

—¿No pudo ser la que vio usted del veintidós?

Custer frunció el entrecejo pensativamente.

Marilyn Smith lanzó una carcajada burlona y dijo:

—¡Oh, Bert! Porque has vendido armas en una ocasión crees saberlo todo sobre revólveres y pistolas. No, hombre, no podrías asegurar el calibre de la que vimos.

Mason repuso:

—Gracias, señorita Smith.

Se dirigió a la puerta del despacho, pero el hombre de paisano le detuvo diciéndole:

—No se puede entrar aquí.

—No pensaba pasar de la puerta. ¿Me deja mirar?

El detective asintió.

El cadáver había sido quitado del sillón. La plancha de vidrio de la mesa estaba apoyada sobre un borde y reclinada contra la pared. Se había echado polvo especial sobre el cristal para hacer aparecer una cantidad enorme de huellas dactilares. Casi en el centro de la plancha se veía perfectamente la impresión de toda una mano que, al parecer, había estado apoyada contra el vidrio. La huella pertenecía, indudablemente, a una mujer.

Mason se acercó a Manning. Preguntó:

—Esto supondrá un gran cambio en su situación, ¿no es verdad?

El individuo del uniforme azul respondió apesadumbrado:

—Creo que sí.

—¿No está en buena armonía con Duncan?

Manning aseguró:

—Ya sabe usted lo que pasaba. Los dos se llevaban mal. Duncan fue el que me proporcionó el empleo, pero Grieb era el que se ocupaba de casi todo y, naturalmente, trataba más con él que con Duncan. Grieb era el que me daba las órdenes y yo hacía todo lo posible por satisfacerlas. Por esta razón, casi estaba al lado de Grieb. No es que yo me pronunciara abiertamente a su favor, pero

Duncan es probable que lo creyera así. Ahora que él es el único dueño, no tardará en ponerme en la calle. Por lo visto, no le agradó lo que dije a la policía sobre la silla.

Mason aseguró:

—Tal vez pueda proporcionarle yo un empleo, aunque sea temporalmente, como miembro de una agencia de detectives.

Los ojos de Manning brillaron esperanzados.

—¿Le gustaría? —preguntó Mason.

—Aceptaría cualquier empleo —respondió Manning—. Siempre había soñado con ser detective. Tengo la esperanza de que saldré airoso si me lo proporciona.

—Bien —dijo el abogado—. Vaya a verme mañana a mi despacho. No se lo diga a nadie. ¿Podrá ir?

—Desde luego, a no ser que me aten aquí. No creo que me impidan saltar a tierra, aunque no sé lo que durarán las investigaciones.

—Bien, vaya a verme cuando pueda. Pregunte por la señorita Street, que es mi secretaria. Ya le hablaré de usted para que no le haga esperar. En cuanto llegue le presentaré al jefe de la agencia de detectives que empleo para mis asuntos.

—Muchas gracias, señor Mason —dijo Manning con efusión.

Los individuos que habían entrado en la cámara acorazada regresaron a la sala. Duncan cerró la puerta de la cámara, echó los cerrojos y dio vueltas a la combinación con furia salvaje. No había la menor sombra de su sonrisa habitual en su rostro taciturno. El sargento sacó un rollo de papel engomado del bolsillo, partió dos trozos largos, escribió su nombre en cada uno de ellos, los humedeció con la lengua y los adhirió a la rendija de las puertas.

—No quiero que nadie abra la cámara hasta que venga el juez. ¿Comprende, Duncan? —dijo el sargento.

—Sí. Pero es una triste suerte que no pueda entrar uno en un lugar que le pertenece. Le aseguro que echo de menos nueve mil quinientos dólares. Me prometió usted que haría un inventario. ¿Por qué no lo hace?

—Porque sería extremadamente laborioso. No terminaríamos hasta mañana. Ya he cerrado y sellado la puerta; todo quedará intacto hasta que...

—¿Intacto...? ¡Cualquiera podría romper esa tira de papel que

ha pegado allí!

—Bien. Pondré un hombre que vigile. ¿Qué le parece?

Duncan se convenció y dijo:

—Menos mal.

—¿Y esos nueve mil quinientos dólares de que habla? ¿Dice que los debió cobrar Grieb esta misma noche? Tal vez sea ese el motivo del crimen —dijo Mason.

Duncan contempló con fijeza a Perry Mason, respondiéndole:

—No quiero hacer declaraciones... todavía. Vamos a dar una ojeada a la mesa del despacho.

—Yo me encargo de eso —se apresuró a decir el sargento.

Obligó a salir a todos y abrió uno de los cajones de la mesa.

—¡Aquí están los nueve mil quinientos dólares, Duncan! —exclamó de pronto.

Duncan se acercó con presteza.

El sargento le puso suavemente una mano en el pecho y dijo:

—No. No quiero que toque nada.

Empezó a contar los billetes depositándolos sobre la mesa. Duncan torció los labios en una sonrisa sardónica, mostrando los dientes de oro. Cuando el sargento terminó de contar los billetes, Duncan había cerrado los labios con gesto de rabia.

—Siete mil quinientos —anunció el sargento—. Faltan dos mil dólares para la cantidad que usted mencionó, Duncan.

Duncan repuso:

—Todavía no ha mirado en los otros cajones. Tal vez estén en alguno de ellos.

—No, no es probable. Seguramente Grieb estaba sentado a la mesa cuando lo mataron. Alguien que había pagado una elevada cantidad de dinero y no tuvo tiempo para ponerlo en la caja de seguridad. No creo que tuviera la intención de dejar ese dinero aquí, donde lo hemos encontrado. Por consiguiente, quien quiera que fuese el que entregó ese dinero a Grieb, fue el último que lo vio vivo. Daría cualquier cosa por saber su nombre.

—Ignoro quién fue el que los pagó —aseguró Duncan evitando mirar en los ojos a Mason.

—Usted tiene una idea de quién los pagó, ¿no es verdad?

—No tengo ninguna idea que vaya a decirla —replicó Duncan—. Después de todo, esto es cosa que nos importa a nosotros y es

estrictamente confidencial.

—Yo le ordeno que me lo diga.

—¡Vaya usted al diablo con sus órdenes! —exclamó Duncan—. No sé quién se cree usted ser. Todavía estamos en alta mar y mando en este barco.

Perkins tosió, titubeó y luego dijo:

—Hubo una conversación entre Mason y Duncan acerca de unos pagarés. Fue cuando vinimos por primera vez a bordo, antes de que Mason supiese nada del asesinato. Creo que hablaron de siete mil quinientos dólares. Esos pagarés pueden haber sido los que...

El sargento se volvió rápidamente hacia donde se hallaba Perry Mason.

—¿Pagó usted ese dinero? —le preguntó en tono autoritario.

Mason contestó en tono casual:

—No creo tener nada que añadir a la declaración del señor Duncan. Al parecer contesta ese punto admirablemente, sargento. Tal vez debo añadir que hay una gran diferencia entre siete mil quinientos dólares en obligaciones y nueve mil quinientos dólares de déficit.

—¿Se encontraba usted aquí cuando se descubrió el cadáver? —preguntó el sargento.

Mason sacó con aire casual una pitillera de su bolsillo, se puso un cigarro entre los labios, rascó una cerilla, y fue después de haber aplicado la llama a la punta del pitillo cuando dijo:

—Oh, no, sargento, yo no estaba aquí. Yo me hallaba en el despacho exterior. La puerta que me separaba a mí del muerto estaba cerrada y yo no tenía llave para abrirla. Además, si yo hubiera venido aquí a pagar siete mil quinientos dólares, y estos siete mil quinientos dólares se hubiesen pagado, es razonable suponer que yo había terminado mi operación y por consiguiente habría abandonado la oficina. Y si yo hubiese asesinado a Sam Grieb para apoderarme de algo, no es razonable suponer que yo habría dejado siete mil quinientos dólares en el cajón de su mesa, y que luego me hubiese sentado a esperar que el cadáver volviese a la vida.

El sargento frunció el ceño y miró a Mason.

—Todavía no me gusta nada en absoluto el aspecto de este asunto.

Mason asintió con un movimiento de cabeza y dijo en tono suave:

—Tampoco me gustaron nunca los casos de asesinato, sargento.

Marilyn soltó una risita.

El sargento dijo en tono salvaje:

—Tiene usted orden de no abandonar este buque hasta que yo le diga que puede hacerlo.

—¿Quiere usted decir —repuso— que usted asume la responsabilidad de detenerme en un buque que actualmente se encuentra fuera del límite de las doce millas?

—Quiero decir lo que usted ha oído —replicó el sargento con aspereza—. No puede usted abandonar este buque hasta que yo le diga que puede hacerlo. Y no tengo el propósito de entrar en una discusión sobre los efectos legales de mi orden.

El agente con uniforme de policía de tráfico entró como un torbellino en el despacho exterior y dijo, todo excitado:

—Sargento, esa mujer está escondida en alguna parte del buque.

—¿Escondida? —exclamó el sargento—. ¿Qué está usted diciendo?

—Lo que oye. No está entre los alineados y el agente de la mesa jura que ella no ha pasado por allí. Pero algunas personas recuerdan haberla visto a bordo del buque. Tengo media docena de hombres que pueden dar una descripción detallada de ella. Fue vista después de nuestra llegada, y por consiguiente no marchó a tierra. Y hay dos personas que la vieron sentada a una mesa, aquí en el fondo de este bar, hablando con este abogado.

Capítulo 8

Mason fue el primero en romper el silencio que siguió a la dramática acusación del agente.

En tono suave e indolente, arrastrando las sílabas, dijo:

—Ahora que recuerdo, sí que me parece que yo estaba, hablando con una mujer que responde a esa descripción.

—¿Cómo se llamaba ella? —interrogó el sargento, frunciendo el ceño.

—No creo que pueda darle su nombre, sargento.

—¿Quiere usted decir que no sabe su nombre?

—Quiero decir —explicó Mason— que no podría darle su nombre.

—Pero usted no dice que no sabe quién es ella.

Mason simplemente esbozó una sonrisa.

—Escuche, Mason, la conducta que observa usted en este asunto se presta a que se la interprete mal —dijo el sargento.

—Eso deduzco de sus observaciones —repuso Mason.

—Usted no puede venirnos con ese cuento inocente.

—¿Qué cuento? —preguntó Mason, con tono inocente.

—El que nos está contando.

—Bien —murmuró Mason, contemplando con ojo crítico la punta de su cigarrillo—, puesto que ya lo he contado, lo único que resta entre nosotros es ver si yo puedo, como usted dice, conseguir que me crean.

El sargento dijo al agente de tráfico:

—Llévese a este individuo y enciérrelo. No le deje hablar con nadie y que tampoco vea a nadie. Permanezca usted en el cuarto con él, y si trata de hablar con usted o hacerle alguna pregunta, no le conteste.

—Desde luego —dijo Mason—, quiero hacer constar que protesto enérgicamente de esta medida arbitraria e injustificada.

—Proteste y váyase al cuerno —le dijo el sargento—. Ya estoy harto de sus impertinencias. Jerry, lléveselo de aquí, y luego voy a registrar este maldito buque de punta a punta hasta encontrar a esa mujer de cabellos blancos y vestido plateado; y no deje que nadie se vaya a tierra, tenga pase o no. Voy a detener este buque hasta que encuentre a esa mujer. Podría ser que esa mujer se quitase el vestido plateado y se vistiese de hombre, o algo por el estilo. Por lo que me parece, ella es la que ha cometido este asesinato, y Perry Mason es su abogado.

El sargento se volvió a Bert y Custer y continuó:

—Usted está dispuesto a jurar que ella salió a cubierta y arrojó un revólver al mar, ¿no es verdad?

—Sí —confirmó Custer.

Marilyn Smith interpuso con firmeza:

—No es verdad. El no puede jurar más sino que ella y otra mujer estaban en la cubierta cuando él vio que se arrojaba un arma al mar.

El sargento dijo iracundo:

—Esto es lo que resulta de haber dejado entrar aquí a este maldito abogado para que maree a nuestros testigos. Lléveselo y enciérrelo, Jerry.

El agente de tráfico puso una mano sobre el hombro de Perry Mason.

—Andando —ordenó.

—Pero —objetó Mason— protesto...

El agente del tráfico interrumpió:

—Ya ha protestado demasiado. ¿Quiere usted ir pacíficamente o prefiere que lo lleve a rastras?

—Oh, pacíficamente —dijo Mason, sonriendo, y acompañó al agente por un pasillo y luego al interior de un cuarto, donde estuvo detenido más de tres horas.

Estaba aún neblinoso cuando fue puesto en libertad.

Un individuo alto y flaco, de perezoso hablar, con un sombrero negro en la cabeza saludó a Mason y le dijo:

—Soy el alguacil norteamericano. ¿Qué hacía usted a bordo?

—Estaba de visita.

—¿Tenía usted que tratar algún asunto con Sam Grieb?

—Sí.

—¿Qué asunto era ese?

—Un asunto de un cliente mío. Vine a bordo a ver al señor Grieb. Que yo sepa, él estaba muerto cuando yo llegué aquí. No le vi vivo. Ignoro quién lo asesinó, y no estoy prestando ninguna declaración.

El alguacil movió la cabeza en señal de asentimiento y dijo:

—Usted sabe que puedo llevarlo ante un jurado y hacerle hablar, ¿no es cierto?

Mason sonrió y repuso:

—En efecto, puede usted llevarme ante un jurado. El que usted pueda hacerme hablar es materia opinable. Mi creencia es que no puede hacer tal cosa.

Una sonrisa lenta jugueteó en los labios del alguacil.

El sargento que había estado realizando la investigación dijo en tono beligerante:

—Perfectamente, pero podemos detenerle por sospechoso de asesinato y encerrarlo debidamente en una celda y...

El alguacil interrumpió:

—Este asunto está en mis manos, sargento. Eso es todo, señor Mason.

—¿Cuándo puedo marchar a tierra? —preguntó el abogado.

—Cuando guste —contestó el alguacil.

—¿Averiguó algo? —inquirió Mason.

El alguacil sonrió.

—¿Localizaron a la mujer del vestido plateado? —preguntó Mason.

—Procure leer la Prensa, señor Mason. Encontrará usted una lancha a motor junto al barco. Su gabán y su sombrero están ahí, sobre una mesa.

Mason se puso el gabán, alzó el cuello, silenciosamente se dirigió al pasillo, cruzó el desierto bar y salió a cubierta.

El barco apenas se movía. La niebla semejaba una manta espesa. La humedad rezumaba por la cubierta, por la escala y el pasamanos de cuerda. Una lancha a motor esperaba junto al barco, en el fondo de la escala. Mason era el único pasajero, y, por lo que podía observar, aparte de la tripulación, no quedaba nadie más a bordo

del Cuerno de la Abundancia.

Tomó asiento en la popa de la lancha a motor, que inmediatamente se puso en movimiento. Un instante después el casco del buque fue engullido por el palio gris a través del cual la lancha se deslizaba hacia la costa.

El muelle estaba desierto cuando Mason desembarcó. En contra a lo que esperaba, no le aguardaba ningún periodista. Encontró su automóvil, subió y se dirigió hacia su oficina. Dejó el coche junto a la acera, penetró en el vestíbulo y tocó el timbre reclamando un ascensor. El portero de noche bajó el aparato, sonrió y le dijo:

—Es algo tarde para que usted trabaje, señor Mason. Su secretaria le espera en la oficina.

El rostro de Mason mostró sorpresa.

—Está ahí desde eso de las once —añadió el portero.

Mason le dio las gracias y firmó en el libro de registro, mientras el ascensor subía veloz. Sus pisadas resonaron por el desierto pasillo. Dobló un recodo y vio luces en su despacho, convirtiendo el cristal esmerilado de la puerta de entrada en un oblongo dorado, en el que aparecía en letras negras:

PERRY MASON
ABOGADO
ENTRADA

Mason franqueó el umbral y entró en su despacho particular. Abrió la puerta de caoba con su llave y vio a Della Street retrepada en su sillón giratorio, con los pies sobre la mesa de su despacho y los tobillos cruzados. Estaba profundamente dormida.

Ella alzó la cabeza cuando la cerradura chirrió al cerrarse la puerta. Sus ojos, hinchados de sueño, parpadearon a la luz brillante.

—Hola, jefe —dijo, soñolienta.

Bajó los pies de la mesa, se frotó los ojos con los nudillos, sonrió y dijo:

—Me quedé dormida después de la emisión de radio de medianoche. Es la última.

Indicó la radio portátil que había colocado en un ángulo de la mesa de escritorio de Mason, estiró los brazos, bostezó, hizo una mueca, pataleó un poco en el suelo y dijo:

—Se me han dormido por completo las piernas. ¿Qué hora es?

—Las dos y media —contestó Mason.

Ella intentó andar, pero vaciló, a causa de los pies adormecidos.

El abogado la cogió en sus brazos cuando ella se tambaleó.

—¡Cuidado! —le dijo, sujetándola cerca de él.

Ella sonrió soñolienta, y dijo:

—Tengo las piernas dormidas. He estado durmiendo mucho tiempo. Esa es una de las mejores sillas para dormir que he visto en mi vida.

Mason deslizó su brazo en torno de sus hombros, mientras ella arrimaba la mejilla a su gabán y cerraba los ojos.

—¿Por qué ha venido? —le preguntó.

—Radiaron a las diez que habían asesinado a Sam Grieb en su Cuerno de la Abundancia y que habían detenido a todo el mundo en espera de una investigación más minuciosa; y en consecuencia, pensé que acaso usted podría necesitar algo o intentaría mandarme algún mensaje y que yo podría atender a todo esto mejor desde aquí que desde mi casa.

—¿Ha venido alguien más? —preguntó Mason.

La muchacha frunció el ceño y dijo:

—Estas piernas me están volviendo loca. Déjeme caminar un poco.

Mason rodeó la cintura de la muchacha con un brazo. Juntos empezaron a caminar por la oficina. Della Street golpeando con los pies el suelo y haciendo gestos de dolor.

—Déjeme recordar —dijo—. Había algo sensacional en la emisión de la medianoche. Al parecer, Perry Mason, el conocido abogado, se encontraba en el barco en el momento del asesinato y ha sido detenido por las autoridades para someterle a un interrogatorio. La policía busca a una mujer misteriosa, de cabellos blancos, de unos cincuenta a cincuenta y cinco años, que llevaba un vestido plateado, zapatillas plateadas, un collar de perlas alrededor del cuello y tenía los cabellos blancos como la nieve, cortos como los de un muchacho. Todos coinciden en declarar que su aspecto es sorprendente... Dígame, jefe, ¿por qué fue a bordo la señora Benson? ¿Tenía usted que encontrarla allí?

—No —contestó Mason—; ella pretende que fue a apoyarme en caso de que yo me encontrase en un compromiso.

—En ese caso, debía llevar un revólver —dijo Della.

—¿Cómo van esas piernas? —inquirió Mason.

—Mejor. Pero ahora estamos hablando de un revólver. Escuche, jefe, ¿hay algo que usted me oculta?

—Muchas cosas —contestó el abogado.

Ella se miró las piernas y dijo:

—Siento decirle, jefe, que se me ha pasado el calambre.

Mason la soltó.

Ella dio unos pasos de baile, se encaramó a un ángulo de la mesa del despacho y dijo:

—Aclaremos esto mientras tenemos ocasión para ello. Mi patrona es de confianza. Es amiga mía y muy servicial. Le dije que algunas amigas mías vendrían a visitarme y, no teniendo yo bastante espacio en mi cuarto, quería alquilarle el de al lado por unos días. Verá usted, mi cuarto fue en un tiempo parte de una habitación doble; pero luego las separaron y las hicieron independientes; y da la casualidad que la otra parte está libre. Le pagué una semana de alquiler y luego fui a mi casa y cogí una maleta. Espero que encontrará usted en ella todo cuanto necesita. No tenía espacio para meter otro traje, pero puse calcetines, camisas, ropa interior, corbatas, objetos para afeitarse, cepillos para los dientes y unos pijamas. También metí unas zapatillas que estaban bajo su cama... Me imaginé que tal vez quisiera usted desaparecer una temporada.

—¿Qué ha hecho con la maleta? —preguntó el abogado.

—La dejé en ese cuarto de que le he hablado. Me figuré que después que le soltaran le vigilarían, y si le viesan salir de su casa con una maleta podrían...

—Buena chica —interrumpió Mason—. Apague esas luces. Vamos a salir.

—Verá usted —dijo ella, apagando las luces—, de este modo puede usted estar en contacto conmigo y nadie sabrá nada. Hay una puerta de comunicación entre ambos cuartos y usted podría hacer subir sus comidas y luego...

Mason pasó un brazo alrededor de la cintura de la muchacha y dijo:

—Della, es usted una joya. En realidad, creo que me han de enviar una citación antes de un par de horas.

—¿Y no quiere usted recibir esa citación? —preguntó ella.

—No, de ningún modo. ¿Dónde está su coche, Della?

—Estacionado cerca de aquí.

—Perfectamente —dijo Mason—, yo cogeré el mío y daré la vuelta a la manzana. En caso de que me sigan, bajaré las cortinas antes de salir. En caso contrario, la seguiré a usted. En cuanto llegue a su casa, telefonee a Paul Drake. Sáquelo de la cama. Es posible que hayan intervenido su línea telefónica; así, simplemente le pregunta si me ha visto o ha recibido noticias mías. Él contestará que no. Entonces díglele que es urgente que usted le vea y pídale que vaya a verla a su casa. Díglele que está preocupada por mí. No permita que él se disculpe, sino oblíguele a coger su coche e ir a visitarla inmediatamente. ¿Comprende?

—¡Yo —proclamó la muchacha— me he anticipado a usted!

Capítulo 9

Paul Drake llamó a la puerta de la casa de Della Street. Ella abrió e invitó:

—Pase, Paul.

Drake la miró con una sonrisa alegre y declaró:

—Usted es tan cruel como su jefe. Yo esperaba poder dormir un par de horas.

—Estoy preocupada por Perry —dijo Della—, muy preocupada por él. La radio anunció antes que él había ido a ese barco garito...

Drake la interrumpió para decir:

—En efecto, él estuvo allí; Silvia Oxman estuvo allí, Frank Oxman estuvo allí, como también una mujer de vestido plateado que arrojó un revólver al mar después del crimen. Perry tenía mucha compañía. No pueden acusarle de nada por el hecho de encontrarse allí... ¡pero seguramente lo intentarán!

—Bueno —dijo la joven—, yo no sé gran cosa, pero el jefe se ha escondido.

—¿Que se ha escondido? —repitió Drake—. Eso me da que pensar. ¿Adónde se ha ido? ¿Dónde está?

—Lo ignoro. Me comunicó algunas instrucciones desde algún teléfono público. Manifestó que se le puede considerar fugitivo de la justicia y no quiere comprometerse. No obstante, ha ideado un sistema para ponerse en comunicación conmigo.

Della Street cogió un cuaderno de taquigrafía y manifestó:

—Aquí están sus instrucciones. Tiene usted que averiguar todo cuanto sea posible referente al asesinato, y, especialmente, quiere que usted obtenga de los periodistas una fotografía de las huellas dactilares obtenidas de la tapa de cristal de la mesa de despacho de Grieb. Al parecer, los expertos obtuvieron una cantidad de huellas allí. Había una de una mano y el jefe cree que se trata de una mano de mujer. No la pudo ver claramente. Quiere una copia de la última

huella, si es posible.

—Perfectamente. ¿Qué más?

—El jefe quiere saber lo que Duncan está haciendo. Hay un hombre a bordo, llamado Arthur Manning, que hace de guardia y de matón de la casa. El jefe cree que este sujeto perderá el empleo cuando Duncan se haga cargo del mando del barco, porque el individuo siempre ha estado de parte de Grieb. El jefe intentó que Manning se pusiera a nuestro servicio y cree haberlo conseguido. Manning vendrá a verme esta mañana, a eso de las nueve. Me pondré en contacto con usted en cuanto él venga.

»El jefe opina que Manning puede exigir dos semanas de sueldo. Duncan lo despedirá, y el jefe quiere que usted le prometa un trabajo de dos meses con un salario decente, con probabilidad de seguir trabajando si él responde. Este individuo no deberá decir a nadie que está trabajando con usted, y ha de procurar seguir en el barco todo el tiempo posible. Le mandará a usted informes secretos. El jefe cree que este individuo, Manning, puede averiguar algo.

»Tan pronto como lo haya usted contratado y lo tenga de su parte, Perry quiere que lo sondee acerca de lo que vio, y especialmente de lo que Duncan hacía cuando Manning entró en la oficina en respuesta a la señal del timbre eléctrico. Duncan puede haber estado tratando de ocultar alguna prueba comprometedora en la oficina. Perry cree que Manning no ha dicho todo lo que sabe, probablemente porque de este modo conservaba su empleo.

Drake asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Muy bien, contrataré a Manning. ¿Qué más?

—Ha de tenerme usted al corriente de todo cuanto averigüe relacionado con el caso, pero debe entrar en la oficina y hacerlo personalmente. No debe usar el teléfono. El jefe cree que pueden andar buscándole y pueden intentar una intervención de las líneas telefónicas y...

—¡Santo Dios! ¿Tiene el propósito de permanecer escondido aunque le envíen una citación? —exclamó Drake.

—Eso es lo que dijo.

—No puede hacerlo —afirmó Drake—. Lo buscarán y encontrarán. Está mezclado en este asunto. Se encontraba leyendo en el despacho exterior cuando Duncan entró y descubrió el crimen. No puede usted dejar que él...

—Paul —interrumpió Della Street en tono de determinación—, cuando el jefe me dice que haga algo, lo hago. Conozco por experiencia que es inútil discutir con él.

—Pues bien: quiero hablar con él —repuso Drake—. Va a salir malparado de este asunto. Es posible que hasta le lleguen a acusar de asesinato.

Della Street movió la cabeza lúgubrementemente.

—Le diré que usted quiere hablarle, en cuanto me ponga en comunicación con él. Entretanto, él quiere que usted me dé un informe detallado de lo que sepa.

Drake dijo:

—No hay gran cosa que informar. Silvia Oxman fue a bordo media hora o tres cuartos antes que Mason, y Frank Oxman poco después. Y aquí es donde las apariencias están en contra de Mason. Siguió a Oxman hasta el muelle y hasta el momento en que Oxman sacó billete para la lancha a motor. Luego tuvo mala suerte. Oxman fue el último pasajero que subió a bordo del bote, que estaba ya atestado. Tan pronto como subió, la lancha a motor arrancó y Mason se quedó en el muelle. Tuvo que esperar un rato hasta que la otra gasolinera estuvo dispuesta para salir. Luego, cuando llegó al Cuerno de la Abundancia, no encontró ni rastro de Oxman. Buscó por todo el barco durante un cuarto de hora o veinte minutos. Finalmente, vio a Oxman que se metía en uno de los botes para ir a tierra. Así él también entró en el bote y siguió a Oxman hasta el Hotel Breeden, donde está alojado. Ya he puesto a un hombre para que le vigile, y a un agente que no sale del vestíbulo, y si Oxman descubre al primero, el agente del vestíbulo puede continuar la vigilancia. Oxman estaba receloso y esperó en el vestíbulo un rato para asegurarse de que no le seguían los pasos. En consecuencia el individuo que le seguía dejó que el agente del vestíbulo continuara la vigilancia. Al cabo de un rato, Oxman se acercó a la oficina de la administración y dijo que quería depositar algún dinero en la caja de caudales del hotel. Manifestó que se trataba de dinero de otra persona y tenía interés en descargarse de la responsabilidad de llevarlo encima. Hizo que el dependiente lo contara con él, lo metió en un sobre y lo depositó en la caja de caudales.

»El dinero ascendía a nueve mil quinientos dólares. Dígaselo a Perry y vea si este dato le interesa. Creo que sí. Un agente mío sigue

a Oxman, noche y día.

»Mis hombres no pudieron encontrar el rastro de Silvia Oxman enseguida. Ella había estado fuera todo el día, pero poco antes de oscurecer su doncella salió con un abrigo de pieles; y uno de mis agentes la siguió y descubrió dónde estaba. Perry está enterado de todo esto. El nombre del agente que la sigue es Belgrado, y le mandé un relevo al muelle, pero Silvia ya había ido al barco antes de llegar el relevo. Dígame a Perry que Belgrado la siguió a bordo y su informe dice que ella entregó el abrigo de pieles en el guardarropa, se entretuvo paseando un rato y luego entró en la oficina de Sam Grieb. Estaba allí dentro desde hacía dos o tres minutos cuando un hombre que responde a la descripción de Frank Oxman entró en el pasillo, donde desapareció durante un par de minutos. Luego salió. Más tarde, entró Perry. Luego, Silvia salió. Belgrado tenía instrucciones de seguir los pasos de Silvia, pero Belgrado sabía que Perry podría encontrarse en un compromiso; en consecuencia se quedó por allí, procurando vigilar a Silvia al mismo tiempo que la entrada a la Oficina. Silvia estaba nerviosa, estuvo jugando un rato, y miraba continuamente hacia las oficinas.

»Luego Duncan y un individuo alto vestido con traje de cheviot entraron, y, unos minutos después el individuo alto salió con Mason; Mason iba esposado. Silvia se puso blanca como la cera al verlo, y se dejó caer en una poltrona como si las piernas le flaqueasen. Estuvo allí tres o cuatro minutos. Luego Duncan salió de la oficina y Silvia se levantó y salió a la cubierta. Belgrado la siguió a la cubierta y luego a una de las lanchas a motor.

»Había un par de individuos en cubierta que vieron a una mujer arrojar un arma al agua. Al parecer, Perry habló con ellos, y cuando terminó de hablar con ellos, todo lo que se atreven a declarar es que vieron un arma en el aire, poco antes de caer en el agua.

»Silvia fue a tierra y, cuando desembarcó, Staples relevó a Belgrado. Este telefoneó su informe, y le dije que se marchase a dormir. Staples siguió los movimientos de Silvia. Dice que esta parecía estar muy asustada. Ella dejó su coche en el garaje Central, luego tomó un taxi, fue a la estación de autobuses de Greyhound y tomó billete para un autobús que iba a San Francisco. Sacó billete para Ventura, pero cuando el autobús paró en Hollywood, se apeó y no volvió a subir. Mi agente la siguió; ella fue al Hotel Christy y dio

el nombre de Nell Yardley, domiciliada en la calle Polk, número mil doscientos sesenta, San Francisco. Le dieron la habitación número trescientos dieciocho y no ha salido desde entonces.

—¿Tiene usted a algunos hombres vigilando el lugar? —preguntó Della.

—Desde luego.

—Perfectamente. El jefe quiere que no pierda usted de vista a ella ni a Frank Oxman; también quiere que localice a una tal Matilde Benson que habita en el paseo de Wedgwood, número mil noventa, y siga sus movimientos. Perry dice que es una mujer muy astuta, que le dará mucho que hacer. Es la mujer de cabellos blancos, del vestido plateado, que figura en el caso; y el jefe quiere que usted averigüe si la policía ha descubierto quién es. En caso afirmativo, estarán vigilando la casa, y sus agentes podrán verlos. Ténganos al corriente si hay otros hombres que la vigilan. Y localícela. Estará escondida en alguna parte.

Drake dijo:

—Perfectamente. ¿Y Duncan? Ha estado todo el día trabajando. Ha pedido al Juzgado la disolución de la sociedad y una rendición de cuentas ante el Juzgado. Post, Wiker, Jones y Grayson son sus abogados, y estos gozan de excelente reputación. Después que Duncan formuló la demanda de disolución, él y Dick Perkins, un alguacil de un Juzgado, y especializado en entregar citaciones, se dirigieron al barco.

»Mason sólo quería que se siguieran los pasos de Duncan para averiguar cuándo iba a formular semejante demanda; en consecuencia, mi agente se marchó cuando Duncan y Dick Perkins llegaron al muelle. Belgrado, mi agente, el que vigila a Silvia, conoce a Duncan personalmente. Dice que Duncan es uno de los hombres que entraron en las oficinas, y el individuo que le acompañaba responde a las señas del alguacil Perkins. Perry debe saberlo porque se encontraba allí.

—¿Entonces Frank Oxman fue a esas oficinas mientras Silvia se encontraba allí? —preguntó Della Street.

—Así es, por la descripción de Belgrado.

—¿Y eso fue después de haber entrado su mujer, y antes de llegar Perry?

—Sí.

—¿Y Frank Oxman salió enseguida?

—Exacto. Sólo estuvo allí cosa de un minuto.

—Luego fue a tierra y se dirigió al Hotel Bredeen y depositó nueve mil quinientos dólares en la caja de caudales. ¿No es eso?

—En efecto.

—¿Y su esposa había estado hospedada en el mismo hotel?

—No, estaban separados. La esposa tenía una habitación en el Hotel Huxley Arms, pero ahora está alojada en el Hotel Christy, con el nombre de Nell Yardley.

—¿Algo más? —preguntó Della Street.

Drake movió negativamente la cabeza.

—Muy bien, Paul, siga trabajando. Le daré las nuevas instrucciones en cuanto las reciba.

Drake frunció el ceño y dijo:

—Escuche, Della, de usted depende que Perry salga bien librado de esto. Se va a comprometer si no anda con cuidado. Alguien asesinó a Sam Grieb precisamente cuando él se hallaba allí. Ahora bien, mi agente, Belgrado, sabe que Silvia Oxman estaba allí cuando Mason entró. Puedo confiar en que Belgrado no dirá nada sobre el particular, pero este dato es muy grave, y si se enterara la policía o llegase a oídos de los periodistas, colocaría a Perry en una mala situación. Hay, además, esa pareja del barco que vio cuando tiraban el revólver al agua. Esto no mejorará su situación. Cuando se presenten a declarar dirán que Silvia sacó el arma de su bolso. Eso comprometerá al señor Perry Mason. Dígale a Perry que quiero hablar con él. Está sentado sobre un volcán.

—Muy bien —dijo Della cansadamente—. Se lo diré, pero probablemente será inútil. Perry es el campeón de los que se sientan sobre volcanes.

—¿Va a invitarme a una copa? —preguntó Drake.

—¿Qué quiere?

—Un whisky con sifón, si lo tiene. Y, para demostrarle que soy un excelente sabueso, le compraré una botella de whisky y se la traeré la próxima vez que venga a verla. Lo pondré en la cuenta de gastos, y ni Perry ni su cliente sabrán jamás quién se la ha bebido.

—¡Estupendo! —dijo Della.

Fue a la nevera, sacó unos cubitos de hielo, una botella de whisky y un sifón, sirvió dos vasos y brindó con el detective.

—Que nuestros enemigos se vean confundidos.

Drake apuró de tres grandes tragos la bebida ambarina.

—No es necesario que usted desee que nuestros enemigos se vean confundidos —dijo—. El caso es peor que un rompecabezas. —Puso un brazo alrededor de la cintura de la muchacha y dijo—: Es usted una buena chica, Della. Ojalá tuviese yo alguien que me fuese tan leal como usted lo es a Perry.

—Saque el brazo, Paul. La experiencia me ha enseñado que cuando un hombre entra en mis habitaciones al amanecer y se pone a beber whisky con sifón y empieza a hablar de mi maravillosa lealtad, está empezando a perder la cabeza.

Drake suspiró.

—Veo que es usted muy psicóloga, así como una secretaria muy eficiente. ¿Va usted a darme un beso de despedida, Della?

—No. Porque entonces no se marcharía usted.

—Bueno —dijo Drake—, no se hace ningún mal preguntando. Pasaré por la oficina más tarde y le daré toda la información que pueda encontrar. Hasta luego, y muchas gracias por la copa.

—No olvide la botella de whisky —dijo ella, y cerró la puerta tras él.

Perry Mason salió de detrás del biombo donde había estado escondido.

—¡Valiente fresco, que quería besar a mi secretaria! ¿Cómo diablos se le ha ocurrido tal cosa?

Della Street se echó a reír.

—Si va usted a espiarme en los momentos en que yo esté desprevenida, se enterará de cosas peores —dijo—. Era una cosa muy platónica.

—Y luego eso de abultar la cuenta de gastos —rió Mason—. Por esto sus gastos son tan grandes. Deme esa botella de whisky. Si va usted a recibir una botella, que incluirán en la cuenta de gastos, puedo muy bien tomar un trago de aquí.

Capítulo 10

Mason dormía como un lirón cuando Della Street alzó las persianas y el sol de la mañana penetró en la habitación.

Ella lucía un vestido sastre y estaba tan radiante como si se hubiese acostado a las nueve de la noche anterior.

—¡Ay, jefe! —dijo—. Detesto hacer esto, pero es necesario.

Mason murmuró una protesta en voz soñolienta.

—Dese prisa —dijo la muchacha—. Tengo que ir a la oficina, porque trabajo para un negrero que insiste en que entre a las nueve y media todas las mañanas y prefiere que yo esté allí para abrir la correspondencia de las nueve.

Mason abrió los ojos, parpadeó en son de protesta contra la luz de sol y dijo:

—Despida al jefe, Della, y búsquese otro. ¿Por qué no ha de trabajar para mí? La dejaré quedarse en la cama hasta las doce todos los días.

—¡Hum! —murmuró la muchacha lentamente, como si meditase la propuesta—. Tendría que avisarle al otro jefe, ¿no es verdad?

—¡Al diablo con avisarle! —dijo Mason con voz soñolienta—. Dele un par de semanas de sueldo. ¿Qué me dice de mi desayuno?

—Está en la mesa, esperándole —contestó la joven—. Café en la cafetera, zumo de naranja en la nevera, huevos para echarlos en el agua hirviente que hay en el hornillo y un plato con pan junto al tostador eléctrico, mucha mantequilla, confitura de fresas y tocino frito que está caliente en el horno. Le dejaré dormir cuanto quiera, jefe.

Mason se incorporó en la cama, se pasó los dedos por el pelo desgreñado y dijo:

—Joven, está usted esperando la pregunta. ¿Y qué me contesta a lo de dejar a su otro jefe y trabajar para mí?

—Tendría que ponerme primero en contacto con él —dijo la

muchacha— y nadie sabe dónde está.

Mason sonrió.

—Quiere usted obligarme a ser ingenioso y por consiguiente, no me volveré a dormir cuando usted salga. ¿A qué obedecen esas visitas matutinas?

—El periódico —contestó ella— con una historia del crimen, un dibujo, una cruz señalando el lugar, una declaración de Perry Mason, el abogado, que parece haber desaparecido; uno de los agentes de Drake nos ha vendido.

—Deme ese periódico —ordenó Mason.

—Todavía no, jefe. Primero su ducha, luego el desayuno y finalmente, a meditar. No haga nada sin pensarlo mucho. Voy a abrir la oficina. Si no lo hago, algún detective inteligente puede creerse que yo estoy con usted y puede empezar a registrar mis habitaciones.

—¿Quién nos ha vendido?

—Jorge Belgrado.

—¿A quién nos ha vendido?

—A la prensa. Han pagado un precio elevado por su historia.

—Veamos, Belgrado era el que conocía a Duncan, ¿no es verdad?

—Sí, era el individuo que vigilaba a Silvia Oxman. Ha puesto a ustedes dos en una buena situación. Ella estaba en aquella oficina cuando usted entró, y salió antes que usted. Por consiguiente, ella debió encontrarse allí cuando se cometió el crimen o después de cometerse o antes de cometerse.

—Eso es lógico. Y ella debe haberse estado sentada, de pie o paseando por allí —dijo Mason sonriendo.

—No —replicó Della—. Hablo en serio, jefe. Así lo relatan los periódicos: si ella entró allí después de cometerse el crimen no habría motivos para que usted la protegiese. Si ella estaba allí mientras se cometía el asesinato, ella debe haber perpetrado el crimen. Si ella se marchó antes de cometerse el asesinato, usted debe haberlo hecho.

»Belgrado declara que Drake lo contrató como detective, que sabe que Paul trabaja para usted, y que cree que está trabajando para usted en este caso; que evidentemente usted representa a Silvia Oxman porque trata de protegerla. La Prensa está sacando la mar de

ropa sucia a la luz del día, y le está colocando a usted en una situación comprometedora.

»Hay algo más: la radio anuncia que la mujer del vestido plateado era Matilde Benson, la abuela de Silvia Oxman. Ambas mujeres se encontraban a bordo del barco cuando se cometió el crimen. Ambas mujeres han desaparecido. Al parecer, Matilde Benson se ha suicidado tirándose al mar.

Mason sacó los pies de la cama y alargó el brazo para coger el periódico. Della Street lo cogió rápidamente y se lo tiró.

—¿Cómo saben que ella se ha suicidado? —preguntó Mason.

—Encontraron su abrigo de pieles enredado en la cadena del ancla del barco cuando se hizo de día. Su nombre aparecía en el abrigo y, una amiga de ella lo ha identificado.

Mason se echó a reír.

—Conozco la respuesta a eso. No se trata de un suicidio.

—Perfectamente, jefe; desayune y lea el periódico. Me voy a la oficina a representar la comedia de que estoy frenética e intranquila por no saber su paradero. Pero no me atreveré a volver antes de las cinco de la tarde. Puede ser que quiera usted ponerse en contacto conmigo, entretanto. Si quiere darme algunas instrucciones, puede telefonear a Drake y darle el mensaje. Él se cuidará de que yo lo reciba. He traído una radio portátil. Encontrará usted una tarjeta con los números de las estaciones y las horas de las emisiones al lado.

—¿Qué hora es? —preguntó Mason.

—Las nueve menos veinte. Quiero estar en la oficina temprano para contestar a las preguntas que me hagan respecto a usted.

Mason asintió y preguntó:

—¿Dónde está el desayuno, Della, en su habitación o aquí?

—Aquí —contestó ella—. He traído provisiones de mi cuarto. Cierre usted con llave la puerta de comunicación cuando yo salga, y déjela cerrada con llave, porque algún detective puede querer registrar mi cuarto.

—Perfectamente, Della —dijo Mason, sentándose en la cama mientras abría el periódico.

—Vaya y tome su desayuno —dijo la muchacha—. Probablemente tendrá que entrar en acción y necesita tener algún alimento en el estómago. Puede leer mientras desayuna. Yo me

marcho. Hasta luego.

La muchacha le envió un beso y suavemente cerró la puerta de comunicación con su cuarto.

Mason encontró sus zapatillas bajo la cama.

—La secretaria perfecta —murmuró, sonriendo y poniéndose las zapatillas.

Entró en la cocinita, donde una cafetera esparcía un aroma delicioso. Un cacharro lleno de agua hervía sobre un hornillo eléctrico. En un platillo, cerca del agua, había tres huevos.

Mason miró hacia la mesa, con su blanco mantel, plata reluciente, taza para café, leche, azúcar, confitura, mantequilla, pan y una parrilla eléctrica para tostar el pan. Echó los tres huevos en el agua, se sirvió una taza de café, tomó nota del tiempo y esperó que transcurrieran los tres minutos reglamentarios. Extendió el periódico contra la pared, sujetándolo con la mano izquierda mientras con la derecha tenía la taza de café. Mientras leía el periódico sorbía el café. Los tres minutos transcurrieron sin darse cuenta y se convirtieron en cinco.

Mason dejó su taza de café vacía. Los huevos bailaban en el agua hirviente.

Abrió la página interior del diario y observó el dibujo del Cuerno de la Abundancia, las fotografías del casco, pasó por alto una cantidad de broza referente a la historia del buque y su conversión en un barco de lujo que navegara por los siete mares en un barco de pesca y luego en un garito.

De pronto pensó en los huevos y consultó su reloj. Los huevos estaban en el agua desde hacía un cuarto de hora.

Apagó el fuego, puso a un lado el cacharro con los huevos, con un gesto de disgusto, se sirvió otra taza de café, la llevó a la mesa, colocó dos rebanadas de pan en la parrilla eléctrica y dio la corriente para hacer las tostadas.

Enterró la nariz una vez más en el periódico y estudió las manifestaciones de Jorge Belgrado con tal concentración, que le impidió observar el humo que empezó a elevarse del pan que había puesto a tostar en la parrilla. Los rizos de humo se convirtieron en una nube. El cuarto se llenó de olor a pan quemado.

Mason buscó a tientas con una mano libre el asa de la taza, alzó el borde a los labios y luego vio el humo que se elevaba de la

parrilla. Lanzando una exclamación, desenchufó. Tomó de un trago el resto del café, se olvidó del tocino, dejó caer el periódico al suelo, se quitó el pijama camino del cuarto de baño, se duchó y afeitó. Mientras se afeitaba, se miraba, con ojos que no veían, su imagen en el espejo. Los movimientos de su afeitado eran puramente mecánicos.

Registró la despensa y la nevera y no encontró ninguna comida. Abrió uno de los huevos que había dejado, pero presentaba un problema, demasiado duro para un plato de desayuno. Sacó el pan de la parrilla eléctrica, puso dos rebanadas más a tostar y enchufó la radio.

No apartó el ojo de la parrilla, volvió el pan cuando un lado quedó dorado. La voz del locutor de la radio terminó las noticias del día, y finalmente, anunció una emisión extraordinaria.

La policía que había estado buscando a Perry Mason, el conocido abogado criminalista, con el objeto de entregarle una citación para que compareciera y fuese sometido a un interrogatorio ante un Jurado, lo buscaba ahora por un cargo mucho más serio. Aunque no divulgaban la verdadera naturaleza del cargo, fuentes bien informadas aseguraban que trataba de detenerse por sospechas de asesinato, conspiración criminal y fraguar una felonía. A consecuencia de las espectaculares manifestaciones de Jorge Belgrado, publicadas por un periódico local, el Gran Jurado Federal había entregado una citación a Belgrado. Había habido una batalla de ingenios entre los periódicos que habían pagado a Belgrado sus manifestaciones y el despacho del Juzgado, que había estado intentando entregar la citación y llevar a Belgrado ante el Jurado. El funcionario del Juzgado había ganado la batalla. Encontraron a Belgrado donde los periodistas lo habían escondido con la esperanza de poder publicar una continuación de la sensacional historia. También se había entregado una citación a Paul Drake, director de la Agencia de Detectives Drake.

El locutor de la radio prometió dar más tarde las últimas noticias sobre el curso de las investigaciones del caso de asesinato en la siguiente emisión. Entretanto, había sido imposible localizar a Perry Mason. Este, Silvia Oxman y Matilde Benson habían desaparecido.

Cuando el locutor concluyó su emisión, Perry Mason contempló con aire lúgubre los restos calcinados de su segunda tentativa de

hacerse unas tostadas de pan y luego cortó la corriente.

Durante más de media hora paseó de un lado a otro del cuarto, con el ceño fruncido y sumido en sus reflexiones; luego, habiendo tomado una decisión se vistió, se puso el sombrero, cerró con llave la puerta del cuarto, bajó a la calle y se encaminó hacia el bulevar. Telefonó a la oficina de Drake desde un teléfono público, pidió que le pusieran en comunicación con él, y un instante después oyó la voz del detective procedente del otro extremo del hilo.

—Bien, Paul —dijo Mason—. ¿Sabe quién soy?

—Sí. ¿Desde dónde telefonea?

—Desde un teléfono público.

—¿Dónde?

—En una farmacia. ¿Se puede hablar, Paul?

—Creo que sí. Escuche, Perry. Lamento infinitamente lo sucedido con Belgrado. Usted sabe cómo es esto. Yo contrato a mis hombres seleccionándolos lo mejor que puedo y nunca pongo a nadie que antes no haya probado respecto a su honradez y habilidad y...

—Olvide eso —interrumpió Mason—. Ya está hecho. Paul, no podemos perder tiempo lamentándonos...

—Lo sé —interrumpió Drake—. Pero quiero que usted sepa cómo me ha afectado esto.

—Lo sé. No hay remedio.

—Bien, ya me he desahogado —dijo Drake—. Quiero verle a usted. Manning está aquí en la oficina y me ha traído alguna información de importancia. Me han entregado una citación para comparecer esta tarde a las dos, ante el gran Jurado. Temo que también citen a Manning y opino que sería mejor que usted hablase con él. Entonces tal vez usted quiera que él reciba la citación. Sabe usted, desde luego, que le buscan.

—Sí.

—Quiero hablar con usted al respecto. No puede...

—¿Cree que puede escurrirse de su oficina sin que le sigan, Paul?

—Creo que sí. Haré que un par de muchachos me sigan, y si alguien me vigila, me lo dirán.

—Muy bien. Diga a Della que deje todos los mensajes en la oficina de usted. Tráigame a Manning. Asegúrese de que no le sigan

y vaya a la esquina de Adams y Figueroa. Aguarde en la esquina. Yo tomaré un taxi y si no me sigue nadie, pasará y lo recogeré. Si el terreno está despejado quítese el sombrero y párese en la esquina con él en la mano. Si tiene algún recelo, no se quite el sombrero de la cabeza y entonces volveré a telefonear a su oficina para convenir en otro punto de reunión.

—Bien —dijo Drake—. Creo que tengo una salida para usted, Perry.

—Eso —declaró Mason— ayudará.

—Es una salida magnífica —añadió Drake—. Es espectacular, dramática y lógica. Absuelva a usted y a sus clientes.

Mason dijo lentamente:

—Quizás usted cree que no me gustará. ¿Cuándo nos encontraremos?

—Si no nos siguen, puedo llegar allí dentro de diez o quince minutos. Llevaré a Manning. Si nos siguen, tardaré un rato en despistar a la policía.

—Muy bien —dijo Mason—. Hasta luego.

Colgó el teléfono. Se detuvo en el mostrador del establecimiento, tomó dos huevos pasados por agua, tostadas y tocino; y esperó en la esquina a un taxi. Cuando llegó uno, subió y ordenó que le llevase a una calle transversal. Una vez allí, hizo una pausa indeciso, como si lo meditase y luego se volvió al chófer:

—Vuelva, vaya por Figueroa a la calle Adams, y cuando lleguemos le diré adónde vamos.

El chófer movió afirmativamente la cabeza y arrancó.

—No vaya demasiado aprisa cuando doble en la calle Adams. Quiero echar un vistazo a unas fincas que hay allí.

—Muy bien —contestó el chófer.

Mason vio a Paul Drake y Arthur Manning de pie en la esquina. Drake tenía el sombrero en la mano.

Mason dijo:

—Me parece que me voy a quedar aquí a dar un buen vistazo a esta finca. Tome el importe de la carrera y cómprese con el resto un par de cigarros.

El chófer detuvo el coche junto a la acera, abrió la portezuela y dijo:

—Puedo esperarle si no va a tardar mucho.

—No —contestó Mason—. Es posible que me entretenga demasiado. No espere.

El chófer le dio las gracias y el taxi se alejó rápidamente.

Drake continuaba de pie con el sombrero en la mano, sin ni siquiera mirar a Mason. Cuando el taxi dobló en la esquina, tocó el brazo de Manning y se aproximó al abogado. Le dijo:

—Tengo el coche a la vuelta de la esquina, Perry. Podemos hablar allí.

Mason asintió con la cabeza.

Manning dijo:

—Deseo darle las gracias, señor Mason, por lo que ha hecho por mí. El señor Drake me ha dado un empleo. Va a probarme durante un par de meses y creo que le daré satisfacción.

—¿Y Duncan? —preguntó Mason—. ¿Ha dicho que le despediría?

Manning movió la cabeza negativamente y contestó:

—En cierto sentido, me remuerde la conciencia tener que trabajar contra Duncan. El me ha tratado muy bien. Yo estaba al servicio de Grieb y trabajé contra Duncan, pero este me llamó y me dijo que no me guardaba rencor, que comprendía mi situación, y que no podía haber hecho otra cosa. Fue un gesto generoso por parte suya. Me dijo que podía continuar en mi trabajo.

—En este caso, usted preferiría eso a trabajar para Drake —dijo Mason, dirigiendo una mirada de aviso a Paul.

—No —contestó Manning lentamente—. Creo que este empleo tiene un buen porvenir, y por otra parte, Duncan me da miedo. No me inspira confianza.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Mason—. ¿Cree usted que le está engañando?

Paul dijo:

—Eso mismo. Duncan es un zorro. Espere a que oiga su historia. Ya la he oído, y por lo tanto, será mejor que me deje hacer las preguntas.

—Perfectamente —dijo Mason, subiendo a la parte trasera del coche.

Drake se sentó detrás del volante y Manning a su lado.

Drake dijo:

—Quiero que hable con Manning, Perry, y oiga su historia. Pero

antes tengo que decirle algo de Frank Oxman.

—¿Qué es ello?

—Se fragua alguna cosa. Esta mañana temprano, Oxman salió precipitadamente del Hotel Breeden y fue a las oficinas de Worsham y Weaver. Como usted sabe, estos son abogados. Worsham estaba allí, y al cabo de un rato apareció una taquígrafa. Mis hombres vigilaban el pasillo. No podían oír lo que se decía en la oficina, pero oyeron el ruido de la máquina de escribir, y un poco después, un par de detectives del Departamento de Investigación Criminal se presentaron. Sostuvieron una conversación que mis hombres no pudieron oír. Cuando la policía se marchó se llevaron a Oxman.

—¿Detenido? —preguntó Mason.

—Así parecía.

—¿Dónde está ahora?

—En la oficina del fiscal. Al parecer, sucede algo de suma gravedad. Un periodista que recibió una confidencia, merodea alrededor del Hotel Breeden, esperando que Oxman regrese a sus habitaciones.

Mason dijo lentamente:

—Entonces no se trata de una detención, Paul. Si el periodista recibió una confidencia y espera que Oxman regrese, esto significa que sabe que van a soltarle.

—Exacto —asintió Drake—. Esto no se me había ocurrido.

Mason entornó los ojos y dijo:

—Esto complicaría la situación, Paul.

Durante un rato reinó silencio.

Luego Drake dijo:

—Perry, quiero hablarle de ese Belgrado que nos vendió... Usted verá...

—Olvide eso —interrumpió Perry—. Nos traicionó y eso es todo. No se disculpe ni trate de explicarlo. Ya no hay remedio. Esta es una de las cosas que pueden suceder cuando se trabaja con asalariados. No se puede esperar que un hombre que recibe ocho dólares al día, más los gastos, desaproveche una buena cantidad cuando un periódico se la ofrece.

Drake se movió intranquilo y dijo:

—No debiera haber empleado a ese individuo, en primer lugar. No tiene un historial muy bueno. Y ciertamente, no debía haberle

dejado ir a bordo de ese buque, en vista de que conocía a Duncan y a Grieb. Mandé a Staples a que le relevara. Silvia había subido a bordo antes que Staples llegara, y así él no encontró su pista hasta que ella abandonó el buque. Luego relevó a Belgrado y se encargó de la vigilancia de la dama. Staples es el individuo que yo quería poner para ese trabajo desde un principio. Él había estado vigilando sus habitaciones.

Mason dijo lentamente:

—Entonces le relevaron antes de que ella se escondiera, ¿no es así?

—Sí.

—Por consiguiente —continuó Mason—, ¿Belgrado no puede decir a los periodistas dónde se encuentra Silvia ahora?

—Exacto, Staples la localizó en el muelle y la siguió hasta el Hotel Christy, y sobornó a un «botones» para que le diera el número de habitación que ella había tomado: el número trescientos dieciocho. Se lo comuniqué a Della.

—Sí, lo sé —interrumpió Mason—. Della me lo ha dicho.

Drake continuó:

—Bueno, quería hablarte de esto, Perry, y desahogarme. Ha sido una torpeza de mi parte. No debería haber dejado que Belgrado interviniese para nada en este caso. Esto en cuanto a este incidente desgraciado. Y ahora pasemos a otro punto más lisonjero: creo que tenemos algo que nos ayudará a salir bien librados de esta situación.

Se volvió a Manning y dijo:

—Vuélvase, Manning, para que el señor Mason le vea la cara. Voy a hacerle una pregunta y quiero que usted...

—Yo puedo contarle mi historia —dijo Manning vivamente—, y luego usted puede...

—No —interrumpió Drake—; quiero hacerle yo algunas preguntas. Es la forma cómo su historia será oída ante un Jurado, y quiero que Mason vea cómo usted contesta a las preguntas.

—Perfectamente —asintió Manning—. Pregunte.

—¿Cuánto tiempo ha estado en el Cuerno de la Abundancia?

—Desde que empezó a operar como casa de juego.

—¿Y estaba usted en buenas condiciones con Grieb y en malas con Duncan?

—No, precisamente. Primeramente, yo estaba en contacto con Duncan. Fue él quien me proporcionó el empleo. Pero Duncan era el hombre que figuraba exteriormente. Grieb era el que se ocupaba de la marcha del barco. Duncan estaba la mayor parte del tiempo en la ciudad comprando provisiones, ocupado en las cuestiones de la publicidad, tratando con la gente de las lanchas motoras, cuidándose de la cuestión política para que las ciudades de la costa no dictaran ordenanzas que impidieran a las lanchas motoras el trabajar para el barco, etcétera. Naturalmente, una vez empleado, estaba más en contacto con Grieb. Luego, ellos empezaron a reñir por cosas insignificantes y, yo procuré mantenerme neutral. Encontré que Duncan se iba alejando de mí y que Grieb iba depositando en mí mayor confianza. Procuré que la situación no se agravase y no quise indisponerme con los dos hombres; y me figuré que Grieb saldría victorioso de la disputa, pues era el individuo que tenía el dinero.

—Entonces —dijo Drake, mirando significativamente a Mason—, ¿quién mató a Grieb?

—Nadie.

—¿Cómo es eso? —preguntó Drake.

—Verá usted: Grieb y Duncan tenían en su poder algunos pagarés firmados por Silvia Oxman. Grieb trataba de negociarlos con una prima, si era posible. Tenía la idea de que Frank Oxman pagaría una buena prima por ellos.

»Duncan tenía interés en convertirlos en dinero, porque sabía que la sociedad iba a disolverse y creyó que sería más fácil repartirse el dinero contante y sonante que tener en su poder pagarés. En consecuencia, Grieb y Duncan tuvieron ayer tarde una acalorada discusión y Duncan hizo que Grieb le prometiera convertir esos pagarés en metálico para eso de las siete de la noche. Grieb tenía el propósito de obtener una prima, si era posible y, en caso contrario, los daría por su valor. Al parecer, el señor Mason los asustó cuando vieron que se ocupaba de la defensa del caso de Silvia.

»Yo estuve rondando por las oficinas hasta unos quince o veinte minutos antes de que Duncan llegara y descubriera el crimen, y sé que Grieb estaba vivo cuando yo me marché. Me mandó buscar y me dijo que en la mesa de juego de dados había un jugador

tramposo, y me mandó a echar un vistazo. Ahora bien, puedo asegurar que no entró allí nadie que pudiera haber rescatado aquellos pagarés antes de que yo fuera a la mesa de los dados. Tres personas entraron posteriormente: Silvia, Frank Oxman y el señor Mason. Después de que Duncan encontró el cadáver, los pagarés habían desaparecido, y había siete mil quinientos dólares en el cajón de la mesa. Era el valor de los pagarés, y por tanto, me figuré que Oxman había pagado y se los había llevado. Sam debió exigir una prima y Oxman se debió negar a dársela; y, por lo tanto, finalmente Sam aceptó cobrar solamente el valor de los pagarés.

—Entonces Oxman debió haber estado allí bastante tiempo para haber hablado con Grieb, ¿no es así? —preguntó Drake.

—Sí, eso es. Yo le vi entrar. No le vi salir. Yo creía estar vigilando bien; pero usted sabe lo que ocurre cuando se está vigilando a un jugador tramposo. Oxman debió salir sin que yo le viera. Es seguro que alguien pagó esos pagarés. No creo que lo hiciera la dama. En primer lugar, ella no tenía ese dinero.

—En ese caso —dijo Mason— usted quiere decir que Oxman debe haberle asesinado.

—No —contestó Manning, meneando vigorosamente la cabeza—. Todo ello hace creer que Oxman no le mató.

Drake dijo:

—Un momento, Perry. Déjeme hablar a mí. Yo conozco la historia... ¿Por qué cree usted que Oxman no le mató, Arthur?

—Porque si Oxman hubiese pagado esos pagarés y luego le hubiese asesinado, ciertamente no habría dejado los siete mil quinientos dólares en el cajón de la mesa; y si le hubiese matado antes de pagarle, tampoco habría dejado el dinero.

El rostro de Mason mostró decepción.

Dijo:

—Lo siento, Paul, pero esto no nos conduce a ninguna parte. Las deducciones de este hombre son simplemente deducciones. Cualquiera puede deducir o intentar adivinar lo que sucedió desde...

—Un momento —interrumpió Paul Drake, significativamente.

Mason vio la expresión de los ojos del detective y guardó silencio.

Dijo Drake:

—Entonces, habiendo deducido que Oxman no lo mató, ¿quién fue el asesino? ¿No lo ha pensado usted en ningún momento?

—Pues, como le dije —contestó Manning—: no creo que nadie lo matase.

—¿Entonces cómo murió?

—Se suicidó.

—¿Qué le hace pensar que se suicidó?

—Creo que Duncan tenía en su poder a Grieb. Creo que Sam había estado utilizando los fondos de la sociedad. Duncan lo sospechaba. Grieb invirtió la mayor parte de su dinero en el negocio y luego sufrió algunas pérdidas en la Bolsa. Grieb manejaba todo el dinero. Creo que sabía que Duncan iba a exigir un rendimiento de cuentas y sabía que, tan pronto como esto se hiciera, Duncan podría mandarle a presidio, y que buscaba esto.

»La única esperanza que tenía Grieb era que Oxman pagase una fuerte prima por esos pagarés. Creo que al principio Grieb se figuró que podría conseguir una prima de diez mil dólares y que Oxman prometería no decir nada al respecto. Luego Grieb podía haber dicho a Duncan que Oxman no pagó ninguna prima por los pagarés y tuvo que cedérselos por su valor.

»Esto habría satisfecho a Duncan, pues no habría podido haber usado el dinero para cubrir el déficit.

Mason dijo con impaciencia:

—Paul, esto no nos conduce a ninguna parte. Yo puedo inventar una docena de hipótesis que...

Volvió a interrumpirse en medio de la frase al ver la expresión de los ojos de Drake.

Este preguntó:

—¿Qué le hace creer que Grieb pudo haberse suicidado? La policía declara que se trata de un crimen.

Manning contestó:

—Lo sé; pero lo dicen porque no han encontrado el arma. Ahora bien: Grieb ha muerto por una pistola automática del calibre treinta y ocho, que él solía guardar en el cajón superior de la mano izquierda de la mesa.

Preguntó el detective:

—¿Cómo lo sabe?

—Ya hablamos de esto en su oficina —contestó Manning.

—No importa que habláramos de esto en mi oficina —repuso Drake—. Empezé usted desde el principio y cuente al señor Mason toda la historia. Quiero que él oiga del modo cómo usted lo cuenta y no cómo yo se lo digo.

—Bueno —asintió Manning—. En primer lugar, debe usted considerar la clase de hombre con quien está tratando. Charlie Duncan es un individuo muy hábil. Guarda silencio hasta que tiene algo que decir, y entonces dice algo muy importante. Pero la mayor parte del tiempo se mantiene al margen, observando el desarrollo de los acontecimientos; pero él no da esa impresión, debido a sus dientes de oro. Sigue sonriendo y sus dientes de oro llaman la atención por el hecho de que está sonriendo. La gente no le mira a los ojos, le mira a los dientes. Yo sé eso porque conozco a Duncan desde hace diez años y sé cómo trabaja. Piensa con rapidez y no habla mucho. La mayor parte de la gente cree que Sam Grieb era el jefe, el amo del negocio, porque actuaba siempre como si fuera el director. A Sam le gustaba sentarse detrás de la mesa e impresionar a la gente, mientras que a Duncan le gusta actuar en la oscuridad, no hacerse muy visible. Solo, por sus propios medios, Grieb no habría podido hacer marchar ese negocio, porque no tiene suficiente inteligencia para ocuparse de la parte política.

—Muy bien —dijo Drake, mirando de nuevo a Mason—. Esto nos da una buena idea del carácter de Duncan. ¿Qué relación tiene esto con el suicidio?

—Verá usted —dijo Manning—. Cuando empezaron el negocio, los dos se aseguraron la vida, uno en favor del otro, por la suma de veinte mil dólares. Si uno de ellos moría, los veinte mil dólares iban a parar a manos del otro socio, quien emplearía el dinero para pagar a los herederos del muerto su parte del negocio. Tengo entendido que esto es muy corriente en muchas sociedades. De todos modos, eso es lo que el corredor de la Compañía de Seguros les dijo. Yo estaba presente cuando él habló con Sam. Como usted ve, cuando un socio muere, el socio sobreviviente tiene que liquidar el negocio y luego entregar la mitad de su valor a un administrador o algo por el estilo. Esto significa que el negocio queda arruinado, porque el socio sobreviviente no puede comprarlo; pero cuando los socios han convenido en un seguro de vida de esa clase, es legal, y el otro socio simplemente recibe los veinte mil dólares, paga a los

herederos en dinero contante y sonante y eso representa el valor de la parte del socio muerto en el negocio. De todas formas, eso es lo que les explicó el corredor de la Compañía de Seguros...

Interrumpió Drake:

—Mason es abogado. El conoce todo lo relacionado con los seguros de sociedades. Continúe y cuéntenos el resto.

—Bien. Esas pólizas tenían una cláusula diciendo que si un socio se suicidaba dentro del mismo año, la Compañía de Seguros no tenía que pagar más que el importe del dinero que el asegurado había pagado a la Compañía, es decir, se le devolvía el dinero que había pagado. Por otra parte, si la muerte ocurría en un acto de violencia o por un accidente, el socio sobreviviente recibía el doble. Esto, como usted ve, excluye a Charlie Duncan. Si Sammy se suicidó, Duncan no puede cobrar un céntimo de la póliza, excepto unos cuantos centenares de dólares que fueron pagados por Sammy. Tiene que liquidar el negocio y entregar la mitad a los herederos de Sammy. Pero si puede probar de Sammy fue asesinado, entonces recibiría cuarenta mil dólares, y no tendría que pagar más que veinte mil a los herederos.

»Usted ve lo que quiero decir. Cuando se aseguraron, la póliza tenía la cláusula referente a la muerte por violencia, pero en el contrato descuidaron este punto y convinieron en el pago de la cantidad de veinte mil dólares, que un socio pagaría al otro.

Perry Mason arrugó, pensativo, los labios. Su mirada se cruzó con la de Drake y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Continúe, Manning —dijo Drake.

—Pues bien. Charlie es de los que piensan rápido. Tengo la seguridad de que tan pronto como irrumpió en el despacho en que vio a Grieb muerto, se dio cuenta de su posición. Supongo que sabía que Sam había malversado fondos y esta era la razón de su ansiedad en que se hiciese el inventario rápidamente.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Como decía, Charlie entró en el despacho y vio a Sam sentado ante su mesa de despacho... muerto. Él sabía perfectamente que se trataba de un suicidio. Pero Perry Mason, el abogado, se encontraba en el despacho y Charlie llevaba a un representante del Almirantazgo de los Estados Unidos, encargado por él de representar a Sam la demanda de separación y demás cosas. Ahora

bien, sé que Charlie se dio cuenta de que había pruebas que demostraban el suicidio de Sam Grieb y él quiso destruir esas pruebas. Para conseguirlo se desembarazó de Perkins y de Perry Mason con la excusa de que Perry podía haber asesinado a Sam... Ya les he dicho que Charlie es uno de los hombres de acción rápida que tan pronto como piensa una cosa...

—Ya lo ha dicho antes —interrumpió Drake.

—Pues bien, la forma más lógica de quitarse de encima a Perkins y a Perry Mason era acusarle de homicidio y obligar al primero a que le registrara después de encerrarle —sonrió a sus interlocutores y continuó—: Yo estaba observando el pasillo que conduce al despacho y vi a Perry Mason y a Perkins cuando salían. No tardé ni un segundo en entrar. Dije a la policía que Charlie estaba mirando la silla en la que había estado sentado Mason cuando yo llegué. Esta es la verdad, pero antes de que yo entrara, Duncan estuvo en la habitación en que yacía el cadáver de Grieb. Lo sé porque cuando abrí la puerta oí el ruido de pasos característico de una persona que sale apresuradamente. Como había acudido por la señal de alarma y no sabía lo ocurrido, me detuve un momento para empuñar mi pistola. No quería entrar y encontrarme con un arma en los riñones. Tal vez tenga poco de valiente; el caso es que tardé varios segundos en amartillar mi pistola. Me daba miedo, lo confieso, empujar aquella puerta detrás de la cual me esperaba lo desconocido... Al fin me decidí, entré y vi a Charlie husmeando alrededor de la silla como dije a la policía.

—Prosiga —ordenó Drake al ver que se detenía.

—Pues creo sinceramente que Sam Grieb se suicidó; que el arma con que se mató se desprendió de sus manos y cayó al suelo y que Charlie la vio. Hizo salir a Perkins y a Mason para recoger la pistola con la intención de achacar el crimen al señor Mason. Por esta razón pretendía esconder el arma debajo del cajón de la silla en que había estado sentado el abogado poco antes. Pero al llegar yo no se atrevió a hacerlo por miedo a que lo delatara y se guardó la pistola en el bolsillo, deshaciéndose de ella más tarde.

—¿Cómo se sabe que era precisamente la pistola con la que se mató Grieb? —preguntó el abogado.

Drake movió la cabeza y dijo a su vez:

—Sí, Manning. Esto es lo más importante de todo. ¿Cómo lo

sabe?

Manning respondió sin vacilar:

—Sé muchas cosas sobre armas de fuego. Cuando estuve en la Armada seguí un curso de balística. Las estrías del cañón de una pistola señalan el proyectil que sale por él con huellas tan indelebles como las digitales de una persona sobre una plancha de vidrio.

—Ya sabemos todo esto —dijo Drake—. Prosiga.

—Otra cosa que no es tan conocida por el vulgo es que el percutor deja una señal distinta sobre la cápsula. La aguja del percutor no siempre golpea sobre el centro del pistón. La pica a un lado o a otro...

—¿Y bien?

—Un día, Sam Grieb y Charlie Duncan sostuvieron una discusión acerca de sus aptitudes para el tiro. Los dos habían servido en el ejército. Charlie apostó cincuenta dólares con Sam a que él se acercaría más al blanco que establecieron. Yo me encontraba por casualidad en su habitación y me hicieron juez de su improvisado concurso. Nos dirigimos al almacén que hay debajo de la sala de juego y allí pusimos el blanco contra unos tablones de madera dura.

—¿Quién ganó? —preguntó Mason.

—Grieb... En eso aventajaba a Charlie. Duncan es un buen tirador pero Grieb estaba familiarizado con su pistola y estipuló que sólo se disparara un tiro.

—Continúe.

—En aquella ocasión, aunque no podía figurarme que me fuese de utilidad jamás, recogí la cápsula del arma de Grieb y la observé. Vi el picado del pistón, y cuando vi el que se encontró en el despacho de Grieb bajé de nuevo al almacén y extraje del tablón el plomo que disparara en la competición. Las marcas de las estrías coinciden con las de la bala que mató a Grieb y la cápsula...

Mason alzó la cabeza y preguntó repentinamente a Paul Drake:

—¿Lo ha comprobado usted, Paul?

Drake asintió. Dijo:

—Sí. Tengo una fotografía de la cápsula que encontraron en la habitación en que murió Grieb y la picadura del percutor es semejante a la hallada por Manning en el almacén. No hay duda de que ambas fueron empleadas por la misma pistola.

Mason asintió:

—¿Y respecto de la bala que extrajo del tablón?

Drake sacó un pequeño tubo de vidrio del bolsillo. El tubo había sido sellado y cerrado con una tira de papel engomado sobre el cual aparecían unos garabatos escritos con tinta.

—Puse aquí la bala que me dio Manning y lo cerré en su presencia —repuso Drake—. Este tubo no puede ser abierto sin romper el papel que lo cierra y, como ve, está sellado con cera.

—¡Estupendo! —dijo Mason—. Pero tal vez nos salga cara esta ocultación. ¿La ha examinado usted al microscopio, Paul?

—No, porque quiero que den ampliaciones de las microfotografías de la bala que mató a Grieb, para lo cual he enviado un par de telegramas; pero está plenamente comprobado que las marcas sobre el pistón son exactamente iguales.

Mason declaró gravemente:

—Usted sabe Paul, que esto tiene una importancia extraordinaria.

—Por eso quise que oyera usted a Manning —repuso Drake.

—Hay muchas personas a quienes interesarán estas declaraciones —continuó Mason pausadamente—. La Compañía de Seguros se ahorrará cuarenta mil dólares, que perderá Charlie Duncan. Significa también que, sea lo que fuere lo sucedido a bordo de aquel buque, no hay nadie a quien se pueda culpar de homicidio, lo que producirá una conmoción enorme en ciertos lugares que yo sé.

Drake movió la cabeza asintiendo.

Manning dijo:

—Espero que mis declaraciones les serán útiles. ¡Tenía tantos deseos de demostrarles mi agradecimiento por su lealtad hacia mí!

—Desde luego que nos serán útiles —repuso Mason—. Pero no sé cuándo ni cómo lo haremos público. Desearía que durante algún tiempo mantuviese en silencio todo cuanto sabe sobre este caso, Manning. No diga a nadie una palabra. ¿Me lo promete?

—Desde luego —respondió Manning.

—Pues bien —dijo Mason—, tal vez le llamen a declarar ante el tribunal encargado de la investigación del caso. Le aconsejo que no diga mentiras. Responda siempre la verdad, pero disfrazada de tal forma que no deje sospechar nada de lo que ha descubierto... a

menos que Paul le dé instrucciones concretas para que lo diga.

—Perfectamente, señor —respondió Manning.

—¿Quién más sabe lo del «concurso de tiro»? —inquirió Perry Mason.

—Nadie, señor, a excepción de Charlie Duncan, como es natural. Pero no creo que tenga interés en decirlo.

—¿Dónde dijo que se celebró?

—Debajo de la sala de juego. Hay una especie de pasillo a todo lo largo del almacén de conservas.

—¿Hacia qué parte dispararon, hacia proa o hacia popa?

—Hacia proa, señor.

—¿A qué distancia estaba el blanco?

—A unos treinta o cuarenta pies.

—Y Grieb venció a Duncan, ¿eh?

—Sí.

—Aunque Duncan es un tirador excelente.

—Desde luego; pero la pistola era de Grieb y ya tenía práctica en su manejo.

—¿Es zurdo Duncan?

—No, señor; pero Grieb sí lo era. Por eso guardaba la pistola en el cajón izquierdo de la mesa.

—Dijo que dispararon sobre un tablón al final de esa especie de pasillo, ¿no?

—Sí, señor.

—¿En qué consistía el blanco?

—En la tapadera de una lata de conservas vegetales.

—¿Cómo la sostuvieron sobre la madera?

—Con un clavo.

—El blanco debía tener, pues, cinco o seis centímetros de diámetro, ¿no es así?

—En efecto, señor.

—¿Y ninguno de ellos dio en el blanco?

—¿Cómo que no? Grieb dio casi en el mismo centro y Duncan falló por media pulgada.

Mason lanzó una mirada interrogadora a Drake y prosiguió interrogando:

—¿Qué me dice de Duncan, Paul? ¿Dijo la verdad al referirse a los archivos que tenía en tierra y todo lo demás?

—Sí —respondió Drake—. Perkins estuvo con él y recordará que yo le hice vigilar por mis hombres. ¿Por qué, Perry? ¿Cree usted que...?

—¿Ha descubierto a quién pertenecían las huellas impresas sobre la plancha de cristal de la mesa de despacho de Grieb? —interrumpió Mason.

—Por la Brigada de Investigación sé que el departamento técnico de la policía ha logrado comprobar que las huellas pertenecían a Silvia Oxman. No sé cómo han logrado comprobarlo. Tal vez cotejándolas con las que dejara sobre los objetos de su pertenencia en su propio domicilio, porque es indudable que directamente no han podido lograrlo, ya que ha desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra.

Mason respondió pensativamente:

—¿No cree usted que la policía sepa dónde se oculta?

—No... ¿Qué cree usted del suicidio de esa Benson?

Mason repuso:

—No creo nada, Paul —y cerró un ojo significativamente—. Diga a Della cuando salga que no se mueva de su mesa... y creo que sería conveniente buscar un lugar para Manning en donde no pudiera encontrarlo la policía.

—¿No piensa informarles sobre esto? —inquirió Paul Drake.

—No. Quiero esperar a que Duncan haya terminado con todo su repertorio de mentiras. Cuando la policía haya acumulado cargos y más cargos contra Silvia Oxman, entonces volcaré todas mis cartas sobre la mesa y daré el golpe de gracia. No quiero que al darlo a conocer prematuramente se ahuyenten los testigos y el Jurado dé por terminado un asunto en que Silvia Oxman está obligada todavía a justificar su conducta. Para que dé resultado la revelación de Manning hay que usarla a su debido tiempo... Manning, debe observar el silencio más absoluto. Paul le esconderá en un lugar seguro.

—¿No podrá utilizarme para nada, señor Mason? —preguntó Manning—. Podría hacer averiguaciones sobre Duncan.

—¡Demonio, ya sabemos bastante por ahora! —exclamó Mason—. No. No represento a la Compañía de Seguros y no tengo prisa alguna en hacerlo encerrar.

—¿Y usted, Perry? —preguntó Drake—. ¿Quiere que le busque

algún sitio?

Mason movió la cabeza y abrió la puerta del coche.

—Yo proseguiré mi camino —dijo alzando el cristal de la ventanilla del lado del conductor para dar un golpecito de confianza en el hombro del detective—. Buen trabajo, Paul —dijo—. Todo esto me ha abierto el apetito.

Capítulo 11

Mason, conduciendo un coche de alquiler, se detuvo en un lugar de estacionamiento frente al Hotel Christy, escudriñó la calle y luego cruzó el *boulevard* Hollywood.

Un rapazuelo que vendía periódicos empezó a gritar a su lado:

—¡El Herald de hoy, con las últimas noticias!

Mason lanzó una ojeada al periódico y leyó los titulares.

Dio un respingo de sobresalto.

En el periódico, en letras mayúsculas, enormes, se leía:

**SE BUSCA A UN ABOGADO COMPLICADO EN EL ASESINATO COMETIDO
EN EL CASINO FLOTANTE**

Compró un diario, penetró en el vestíbulo del hotel y se dirigió a los ascensores. Se detuvo repentinamente al ver la esbelta figura de Silvia Oxman, que salía de uno de ellos y lanzaba miradas inquisitivas alrededor del vestíbulo del hotel.

Mason fingió enfrascarse en la lectura del periódico y lo desplegó en toda su extensión de tal forma que le ocultaba ante los ojos de la joven.

Silvia Oxman se dirigió a una cabina telefónica. Mason la siguió. Con el periódico ocultándole el rostro, el abogado observó a la joven a través de la puerta de cristales de la cabina y la vio echar una moneda en el aparato y descolgar el receptor. Luego marcó un número. A duras penas pudo el abogado seguir los movimientos raudos de los enguantados dedos de Silvia, pero se convenció de que el número por ellos marcado pertenecía al teléfono de su propia oficina.

Se lanzó a la cabina adyacente y cerró la puerta tras él. A través del tabique oía distintamente la voz de Silvia Oxman. Decía:

—Deseo hablar con el señor Mason... De parte de un cliente...

Haga el favor... ¿No está?... ¿Cuándo cree que regresará?... Bien. Cuando vuelva le dice que ha llamado la señorita Pagaré... ¿Qué dice?... Sí, es un apellido extraño, pero ya me conoce el señor Mason. Dígaselo, se lo ruego... Es muy urgente.

Colgó el receptor. Mason hizo bocina con sus manos, las apoyó en el delgado tabique y pegando a él su boca murmuró:

—¡Oiga, oiga, el señor Mason al aparato!

Oyó el ruido de la joven al descolgar el receptor y gritar asombrada:

—¡Diga, diga!

Luego, silencio.

El abogado se apoyó sobre el tabique y escuchó.

De pronto, la puerta de la cabina se abrió y se enfrentó con Silvia que le miraba sonriente. Dijo:

—¡Qué susto me ha dado usted! Reconocí su voz y no sabía de dónde venía... ¿Por qué no está en su oficina a las horas de despacho?

—Porque no puedo —respondió Mason.

—¿Por qué no?

Como respuesta, el abogado desplegó el periódico y le enseñó los titulares.

—¡Oh! —exclamó ella consternada—. No sabía que hubiese ocurrido esto.

—Pues sí —repuso Perry Mason—. ¿Quiere decirme por qué huyó?

—No tuve más remedio. Frank estaba a bordo.

—¿Cómo lo supo?

—Un hombre me lo dijo.

—¿Quién era?

—No lo sé. No lo conocía.

Mason la miró interrogativamente.

—Mire, Silvia. Desearía hablar con usted. ¿Por qué no vamos a su habitación?

—¿Cómo sabe usted que me hospedo aquí?

—Me lo ha dicho un pajarito.

—La doncella está arreglando mi habitación en este momento. Por eso he venido a hablar por teléfono desde aquí. Vamos a buscar un sitio adecuado aquí en el mismo vestíbulo.

—Perfectamente —asintió Perry Mason.

Y la siguió hasta un cómodo diván. Se sentó al lado de ella, extendió sus largas piernas y, gravemente, le ofreció un cigarrillo. Encendieron los dos con la misma cerilla y Mason dijo:

—Bien. Hablemos.

Ella señaló el periódico y preguntó:

—¿Todo eso es por lo que hizo usted por mí?

—Desde luego.

—Lo siento... lo siento mucho... ¿Cree usted que se habría evitado eso si yo no hubiese huido?

—Nada de eso —le aseguró el abogado—. Todo estaba en contra mía. Bien, Silvia, cuénteme usted lo que le sucedió.

—Estoy en un apuro terrible —dijo la joven suspirando.

—El peor de todos.

—¿Qué clase de apuro?

—Cuéntemelo sin omitir un detalle.

—Le mentí a usted anoche —dijo ella— y no he podido dormir pensando en ello. ¿Cómo podría justificarme?

—Diciendo la verdad ahora —repuso el abogado.

—Pues bien. Cedí esos pagarés a Duncan y a Grieb por una deuda de juego. Ayer tarde me llamó un desconocido y me dijo que Sam Grieb se disponía a venderlos a mi marido. Aseguró que Frank pretendía emplearlos para evitar que me confiara el depósito de valores que ha de heredar mi hija, en calidad de prueba de que yo no soy apta para custodiar nada de valor por mi probada afición al juego.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Me apresuré a subir al barco, naturalmente. Quería intentar hacer algo.

—¿Tenía dinero?

—Unos dos mil dólares. Aquello fue todo lo que pude conseguir. Quería entregarlos a Grieb en concepto de comisión y rogarle que me guardara los pagarés hasta que pudiese hacerlos efectivos.

—Continúe —dijo Mason.

—Subí al barco y me dirigí al despacho de Grieb. No había nadie en la sala de espera. La puerta del despacho particular no estaba cerrada. Sin embargo, antes, cuando iba a visitar a Grieb, este oía el timbre de alarma y bajaba la mirilla para averiguar quién era la

visita.

—¿Encontró usted en alguna de sus visitas anteriores la puerta abierta?

—No. Siempre estaba cerrada con llave y cerrojos.

—¿Qué hizo usted al verla abierta?

—Permanecí frente a la puerta varios segundos esperando la aparición de Grieb. Al ver que nadie acudía, llamé con los nudillos y grité: «¡Eh! ¿No hay nadie?», o algo así. Después de un minuto volví a decir: «¡Soy Silvia Oxman! ¿Puedo entrar?».

—¿Y qué sucedió? —inquirió Mason examinando a su interlocutora entre las nubes de humo de su cigarrillo.

—Nada. No acudió nadie, y yo, por eso, abrí la puerta y...

La joven se detuvo.

—Prosiga.

—Entonces lo vi...

—¿Quiere decir que estaba ya muerto?

—Sí. Exactamente igual como usted lo encontró.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Al principio tuve la intención de huir. Luego pensé que los documentos que se veían sobre la mesa podían ser mis pagarés... Me pareció verlos al abrir la puerta.

—¿Qué más?

—Me dirigí de puntillas a la mesa. No quería tocar los papeles hasta que estuviese segura de que eran mis pagarés; me incliné sobre la mesa y me convencí de que no me había equivocado. Eran los documentos que yo había firmado. Estaban a punto de apoderarme de ellos, cuando usted llegó al pasillo. Lo sé porque sonó la señal de alarma. Tuve una sensación de pánico. Pensé en guardarme los pagarés y declarar que los había pagado antes de que asesinaran a Grieb, pero recapacité que tal vez no hubiese siete mil quinientos dólares en la caja de caudales. Por eso decidí volver a la sala, dejé la puerta entreabierta, tal como la encontré, y esperé a ver quién era el que se aproximaba. «Tal vez luego —me dije— pueda desembarazarme de este importuno y apoderarme de los documentos». Volví al despacho, cerré la puerta, dejándola entreabierta una pulgada, regresé a la salita y tomé asiento, fingiendo leer una revista de cine.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Luego llegó usted —dijo ella.

Mason frunció el entrecejo y, con los ojos gravemente clavados en el rostro de su interlocutora, dijo:

—¿Me está diciendo la verdad, Silvia?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué no me permitió entonces que registrara su bolso de mano? —inquirió el abogado repentinamente.

Ella resistió la mirada y repuso con voz sosegada, llena de sinceridad:

—Porque llevaba un arma en él.

—¿Qué hizo usted con ella?

—Subí a cubierta y la tiré al agua. No quería que nadie supiese que la llevaba.

—¿Qué clase de arma era?

—Un «Smith», calibre treinta y dos, modelo «Smith & Wensson» especial.

Mason escudriñó atentamente el rostro de la joven y dijo abruptamente:

—Silvia, está usted mintiendo.

Ella se enderezó en su asiento. Su faz enrojeció a pesar del maquillaje; luego palideció. Exclamó:

—¿Cómo se atreve a decir que miento, Perry Mason?

El abogado hizo un gesto de silencio con la mano que sostenía el cigarrillo y dijo:

—Voy a indicarle los puntos flojos de su historia.

—Adelante —repuso ella.

—En primer lugar, yo anduve rápidamente cuando me adentré en el pasillo que conducía al despacho. La sección del pasillo que pone en contacto el timbre de alarma está a treinta pies de la puerta. Tardé unos seis segundos en recorrer esos treinta pies. Todo lo que usted dice que hizo la obligó a tardar mucho más tiempo de seis segundos.

—Usted tardó por lo menos dos o tres minutos en abrir la puerta de la sala después de haber oído la señal de alarma. Tal vez se detuvo usted para escuchar...

Mason movió la cabeza.

—No tardé ni seis segundos —insistió.

—Se equivoca. Oí el repiqueteo del timbre y me asusté. Al

principio, el miedo me impidió obrar y permanecí allí, apoyada sobre la mesa. Luego me erguí y miré hacia la puerta, esperando. Al ver que nada sucedía, decidí ir a la salita. No tardé en hacerlo, pero perdí algún tiempo cerrando cuidadosamente la puerta. Entonces tomé asiento, recogí la revista y fingí leerla. Hasta después de un rato no apareció usted. Tengo la seguridad de que transcurrieron dos o tres minutos.

—Estaba usted excitada en aquel momento —dijo el abogado observándola con reconcentrada atención—. Tal vez su noción del tiempo...

—¡Qué noción del tiempo ni qué...! —interrumpió ella—. El hecho es que usted no abrió la puerta inmediatamente después de llegar a ella. Debió detenerse y escuchar algún tiempo y no se acuerda.

Mason movió la cabeza con gesto negativo.

La boca de la muchacha se plegó en una mueca de obstinación.

—Le digo que oí la señal de alarma —repitió.

—Dígame —interpeló Mason—. ¿Hay alguna probabilidad de que alguien hubiese podido esconderse en la sala? Tal vez entonces, cuando usted entrase en el despacho, él saliera y la señal que usted oyó... entonces...

—Es imposible —interrumpió Silvia.

—¿Está segura?

—Completamente.

—Entonces olvidemos esto por ahora. Dice que tenía un arma en su bolso, ¿no es así?

—Sí, y por eso no permití que lo registrara.

—Y subió a cubierta y tiró la pistola por la borda, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pero usted no mató a Sam Grieb.

—Claro que no. ¿Quién ha dicho que fui yo?

—Entonces, ¿por qué se deshizo del arma?

—Porque estuve en el despacho y vi que Sam tenía en la sien un agujero que demostraba que había recibido un balazo y no quise que la gente pudiera pensar que había sido yo quien...

—¿Y no sabe usted que cada arma de fuego deja marcas definitivas sobre los proyectiles que salen de sus cañones? ¿Ignora

usted que un experto puede decir con seguridad qué arma ha sido la que ha disparado un proyectil determinado?

—He oído algo de eso —confesó ella—; pero acababa de salir de una habitación en que un hombre había sido asesinado. Creí que lo más sensato para evitar sospechas era desembarazarme del arma, y así lo hice.

—Y al hacerlo me impide probar que no fue su pistola la que mató a Sam Grieb.

—Nadie necesita saber que yo llevaba una pistola.

—¿Cuánto tiempo hacía que la llevaba?

—Desde que empecé a jugar. No hace mucho, en realidad; pero unas veces ganaba y llevaba grandes sumas de dinero encima, por cuya razón quise evitar que algún día intentaran hacerme víctima de un alevoso atraco.

Mason continuó fumando durante algunos minutos, pensativo. De pronto, dijo:

—Hay algo en todo esto que no encaja bien. No hay Jurado en la tierra que creyese lo que usted asegura: pero mis años de práctica me han enseñado a confiar más en mi juicio del carácter de las personas que en la relación de acontecimientos. Considerando su declaración, tengo la intuición de que me ha dicho la verdad. Creo ciegamente todo cuanto me ha dicho, Silvia; pero que Dios la asista si tiene que declarar eso mismo ante un Tribunal.

—No tendré por qué hacerlo —dijo ella—. Nadie sino usted sabe que yo estuve allí.

Él movió la cabeza y dio una chupada larga a su cigarrillo.

Al cabo de unos segundos dijo:

—Además de la traición de Belgrado, hay otra prueba en contra suya. Dejó sus huellas dactilares.

—¿Dónde?

—En la mesa del despacho. Cuando apoyó su mano izquierda en ella para examinar sus pagarés, dejó una impresión clarísima de la palma de su mano y de los dedos.

Ella arrugó el entrecejo. Dijo:

—¿No podría usted probar que pude hacerlas por la mañana temprano?

—No. Lo saben bien, Silvia. No había otras huellas sobre las tuyas. Estaba fresca todavía.

—Pues bien. Me tragaré esa píldora si no tengo otro remedio. Tenga la seguridad de que, si me hacen subir al estrado de los testigos, diré únicamente la verdad, aunque me perjudique.

—Se perjudicará —aseguró Mason gravemente—. ¿Por qué huyó, Silvia?

—Ya se lo he dicho. Porque me enteré de que mi marido estaba a bordo.

—¿Cómo lo supo?

—Un hombre me lo dijo.

—¿Quién era aquel hombre?

—No lo sé.

—¿No lo había visto antes?

—Antes de anoche, no; pero lo vi después dos o tres veces. Yo...

—Continúe —instó el abogado al ver que la joven se interrumpía.

—Tengo la impresión de que me seguía.

—¿Qué es lo que le dijo?

—Me dijo: «Silvia, huya, su marido está a bordo», o algo parecido. Recuerdo que pronunció la palabra «huya».

—¿Cuándo se lo dijo?

—Cuando yo salía a cubierta.

—¿Podría describírmelo?

—Sí. Llevaba un traje de sarga azul, zapatos negros con suelas gruesas, y una corbata azul y negra con un alfiler formado de un ópalo. Tenía unos cincuenta años de edad, con cabello espeso y negro y un bigote del mismo color. No era excesivamente alto, pero sí de constitución robusta.

—¿Le habló usted en alguna ocasión?

—No.

—¿Por qué cree que la seguía?

—Ya sabe usted lo que ocurre cuando una mujer sola se encuentra en un barco como ese. La gente la colma de atenciones y algunos extreman demasiado su solicitud...

—¿Cree usted, pues, que ese hombre era un tenorio?

—Sí.

—¿Lo cree aún?

—No sé qué decirle.

—Por lo visto, conocía a su marido.

Ella asintió en silencio.

—Y por alguna razón que ignoramos, le advirtió que su marido estaba a bordo.

Ella asintió de nuevo.

—¿Vio usted a su marido?

—No.

Mason tiró la colilla de su cigarrillo en el cenicero, dobló las rodillas, se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre las rótulas, entrelazando los dedos y contempló con fijeza la alfombra.

—Cuando yo empecé a intervenir en este caso no parecía tan grave, pero a medida que transcurre el tiempo se van complicando las cosas.

—No es culpa mía. Ya le he dicho la verdad y...

Se interrumpió al ver que un vendedor de periódicos entregaba a un «botones» un montón de diarios. Mason vio los estupefactos ojos de la joven.

—¿Qué le ocurre, Silvia? —interrogó el abogado sin apartar la mirada de ella.

—Esos periódicos.

—¿Qué periódicos?

—Los que acaba de traer ese muchacho.

—¿Y qué...?

—Mire los titulares... ahora no puede usted verlos... ¡Eh, chico!

—Espere —le interrumpió Mason—. Quédese aquí y no se mueva. Yo le traeré uno.

Se dirigió al puesto de cigarrillos, compró un paquete y luego, después de titubear un momento, adquirió dos ejemplares de la edición de un diario de la tarde.

En primera página y en enormes titulares se leía:

**OXMAN ACUSA A SU ESPOSA DE HABER ESTADO JUGANDO
EN EL BARCO EN QUE SE COMETIÓ EL MISTERIOSO ASESINATO**

Debajo y en caracteres más pequeños aparecía:

**Un abogado prominente, acusado de
encubrir a la esposa de Oxman**

Mason se metió los periódicos debajo del brazo, cruzó el

vestíbulo y se acercó al lugar en que Silvia Oxman, con los ojos dilatados, le esperaba con impaciencia. Dijo:

—Esto va tomando mal cariz, Silvia. No tiene más remedio que armarse de resignación y aguantar todos los golpes... No demuestre emoción alguna. Tal vez nos vigilan. Lea como si todo esto no tuviese para usted más que un interés relativo.

Las yemas de los dedos de ella, fríos y temblorosos, se apoyaron en la mano de él al asir el periódico que le entregara Perry.

Mason hizo girar la silla para que la luz cayera sobre el diario y leyó:

«En una declaración sorprendente hecha hoy ante la policía, Frank Oxman, el conocido financiero y popular deportista, ha presentado pruebas que, al decir de la policía, resuelven finalmente el misterio del asesinato de Sam Grieb, propietario del casino flotante El Cuerno de la Abundancia.

»Antes de la declaración de Oxman, el caso presentaba para su solución la mayor serie de obstáculos que jamás tuvo que afrontar la policía local. Hay una cuestión técnica de jurisdicción legal, porque, cuando se cometió el asesinato, el barco se hallaba anclado fuera del límite territorial de doce millas. Así, pues, la policía local, junto con una delegación del Almirantazgo y de la policía federal, empezaron a ocuparse del caso. Las autoridades habituales rehusaron hacer comentarios sobre el asunto, aseverando únicamente que se proseguían las averiguaciones.

»Hoy se sabe de fuente competente que la policía ha dado por terminado el misterio del asesinato de Sam Grieb. No queda por dilucidar más que la parte que en el mismo haya podido jugar cierto conocido abogado, cuyos éxitos recientes y espectaculares han hecho popular su nombre.

»Las autoridades reunían frenéticamente toda clase de datos sobre el más misterioso de los asesinatos del año. La sorprendente declaración de Frank Oxman, dada a conocer por Worsham y Weaver, sus abogados, ha sido como una granada cuyas repercusiones envolverán al conocido abogado y traerán a las garras de la Justicia a una anciana de costumbres dudosas y enorme fortuna. Esta mujer se creía en un principio que se había suicidado, pero después de oír la declaración de Oxman, la policía excluye esta hipótesis del suicidio.

»La declaración comunicada confidencialmente por los abogados Worshman y Weaver a la policía no tardará en hacerse pública. Aunque ellos se negaron a hacer manifestaciones de ningún género, afirmando que solamente las autoridades podían informar al público, un periodista consiguió averiguar el paradero de Oxman y le interrogó.

»Bajo el peso de una emoción incontenible, declaró que su mujer había dado pruebas durante las últimas semanas de no hallarse en estado normal. El amor que ambos sentían por su única hija había impedido hasta ahora que iniciara la demanda de divorcio.

»En frases entrecortadas, Oxman cruzando nerviosamente el piso de la habitación que ocupa en un hotel de la parte baja de la ciudad, narró al enviado de la “Associated Press” todos los detalles concernientes al tenebroso drama en que su mujer ha sido uno de los personajes más conspicuos.

»—Mi esposa y yo vivimos separados desde hace varias semanas —declaró—. No sé si tenía la intención de entablar demanda de divorcio, aunque tengo motivos para creer que sí. Estaba esperando a que ella tomase la iniciativa. Por un azar del Destino, me enteré de que, no solamente había perdido al juego todo el dinero de que disponía, sino que también había firmado pagarés para cubrir sus deudas.

»Supe que había hecho algunos viajes de placer a Ensenada y Reno. No ignoraba que le gustaba jugar, pero creía que lo hacía para distraerse. No tenía la menor idea de que estaba destrozando su porvenir, así como el de nuestra hija, arriesgando tontamente el dinero en las mesas de juego.

»Al enterarme de esta situación intenté ponerme en contacto con mi mujer. No lo logré. Dos veces, durante el día, en que los propietarios del casino flotante me advirtieron que si antes de la medianoche no satisfacía el importe de los documentos emprenderían acción judicial contra mi esposa, quise entrevistarme con ella sin conseguirlo. Luego pensé que yo no tenía por qué hacerme solidario de las deudas de mi esposa; pero, meditándolo bien, quise evitar a nuestra hija el escándalo a que daría origen un proceso semejante.

»Reuní el dinero suficiente para efectuar el pago de los documentos y me dirigí al Cuerno de la Abundancia. Llevaba

exactamente siete mil quinientos dólares. No puedo decir con seguridad la hora en que llegué al navío, pero puedo asegurar que fue antes de anocheecer. Pregunté a un camarero dónde estaba el despacho de la Dirección y me encaminé a él por un pasillo en forma de L. Llegué a una puerta pesada y llamé con los nudillos. Alguien abrió una mirilla y me preguntó qué quería. No supe hasta luego que se trataba del señor Grieb, porque no le había visto jamás hasta entonces.

»Le dije quién era y él se me dio a conocer, abrió la puerta, me hizo pasar a su despacho particular y cerró la puerta detrás de mí.

»Se excusó por estas precauciones diciendo que estando el barco en alta mar y fuera de la protección de la policía no tenía más remedio que ser cauto para evitar los ladrones que pudiesen sentir apetencia por las grandes sumas que encerraba en su cámara acorazada.

»Encontré a Grieb afable, aunque con un espíritu de negociante que no me agradó. Me dijo que mi esposa le había firmado los pagarés asegurándole que los retiraría a las cuarenta y ocho horas. Luego declaró textualmente que no quería que lo “estafara una principianta”. Aseguró que si no se satisfacían los pagarés inmediatamente, entablaría procedimiento judicial para que se hicieran efectivos del depósito de valores de cuya custodia iba a encargarse a mi señora.

»Yo insinué que no podía hacer tal cosa, ya que los pagarés habían sido extendidos para cubrir una deuda de juego y ningún tribunal fallaría el caso a su favor; pero Grieb sabía que yo pagaría los documentos antes que permitir un escándalo de esa naturaleza.

»Después de discutir algunos minutos le entregué los siete mil quinientos dólares y recibí en cambio tres pagarés firmados por mi esposa. Como es natural, tenía la intención de que ella me los pagara luego pues, a pesar de mi negocio, no soy rico y mis rentas son bastante reducidas comparadas con la enorme cantidad de dinero que mi esposa iba a recibir en unos cuantos meses. Quise evitar a mi hija el escándalo que produciría la publicación de la conducta de su madre, pero no deseaba de ningún modo reducir mi capital satisfaciendo repugnantes deudas de juego.

»Coloqué los pagarés en mi cartera y me dispuse a abandonar el barco rehusando la invitación del señor Grieb a visitar sus

dependencias. Grieb era muy testarudo en lo que se relacionaba con los negocios, pero una vez terminados a su satisfacción, se portaba con extremada afabilidad y buenas maneras.

»Salí de su despacho, entré en el bar y tomé un par de combinados. Luego pasé al comedor y me hice servir un emparedado de jamón. Cuando iba a abandonar el bar recordé que Grieb no me había entregado recibo alguno ni documento por el que pudiera atestiguar en su día que había satisfecho su importe. En circunstancias ordinarias, esto no me habría preocupado, pero mis relaciones con Silvia y mi intención de resarcirme del dinero que acababa de desembolsar me hicieron regresar al despacho de Grieb para exigirle un recibo. Al llegar a la puerta me detuve un momento para sacar todos aquellos pagarés de la cartera.

»Abrí la puerta de la sala de espera y entonces me di cuenta de que la puerta del despacho estaba abierta de par en par.

»Me sorprendí al recordar la afirmación de Grieb de que esta puerta se mantenía siempre cerrada y aherrojada.

»De puntillas, para no hacer ruido temiendo interrumpir una conferencia sobre negocios, crucé la sala y... lo que vi me dejó sin habla.

»Mi esposa se hallaba en el despacho de Grieb empuñando en su mano derecha una pistola automática. El cuerpo de Grieb se hallaba hundido en un sillón y su cabeza se apoyaba pesadamente sobre la mesa. Pude observar perfectamente una herida sangrante en el lado izquierdo.

»Por un momento no supe qué hacer. No me atreví a intervenir por temor a que mi mujer disparase también sobre mí. Por esta razón regresé apresuradamente por el pasillo con el propósito de esperar en cubierta a Silvia para preguntarle qué había hecho y convencerla para que se entregara a la policía.

»Me detuve un momento en la entrada del pasillo y de pronto vi a un individuo de anchos hombros, alto y de aspecto atlético que se encaminaba en aquella dirección. Al principio no lo reconocí, pero a los dos segundos lo identifiqué como Perry Mason, el conocido abogado. El señor Mason fue comensal en un banquete al que yo también asistí y no es de esas personas que pasan sin ser notadas.

»Sabía que se encontraría con la escena que yo acababa de abandonar, pero no le dije nada, contento de dejar toda la

responsabilidad sobre los hombros del abogado. Me encaminé apresuradamente a cubierta y esperé algunos minutos intentando tranquilizarme y sin saber qué hacer. Recordé haber leído en alguna parte que un hombre no puede declarar en un tribunal contra su esposa y entonces decidí ir a tierra y consultar un abogado.

»Los únicos letrados que gozaban de mi confianza eran los señores Worsham y Weaver. El señor Worsham es el encargado de mis asuntos y nos conoce perfectamente tanto a mí como a mi esposa. Intenté ponerme en comunicación con él por teléfono, pero no lo conseguí hasta esta madrugada. Se dirigió inmediatamente a su oficina y yo le conté cuanto había visto. Él insistió en que hiciese mi declaración por escrito y la firmase y así lo hice.

»No sé lo que sucedería después de la visita de Perry Mason a la oficina de Grieb; pero tengo la seguridad de que sorprendió a mi mujer tal como yo la dejé. No los vi salir a ninguno de los dos. No esperé a que esto ocurriese. No miré el reloj, pero creo que estuve en cubierta un par de minutos antes de abandonar el barco.

»Oxman rehusó decir si conservaba en su poder una copia de la declaración que había sido entregada a las autoridades federales. Estaba en estado de gran tensión nerviosa cuando fue entrevistado por el periodista. Los tres pagarés que había recobrado los conservaba en su poder y los mostró apresuradamente al periodista.

»Se sabe que la policía ha aceptado sin reservas la declaración de Oxman, que se ve corroborada por multitud de datos. Oxman fue interrogado y puesto en libertad después de prometer que comparecería ante el Tribunal esta misma tarde.

(Continúa en la página tercera).

Mason buscó la página tercera y vio los facsímiles de los tres pagarés que llevaban la firma de Silvia Oxman. Había también fotografías del casino flotante, una foto de Silvia y otra de Frank Oxman.

Otros artículos hablaban de la desaparición de Matilde Benson. Observándolo apresuradamente, Mason vio que se suponía que la anciana, al saber el crimen que había cometido su nieta, se había suicidado.

Leyó la declaración de un testigo ocular que afirmaba haber visto a Matilde Benson y a Perry Mason conversando antes de la

llegada de la policía. El testigo estaba convencido de que ya habían descubierto el asesinato, porque la anciana se apresuró a abandonar el barco.

La tripulación estaba reparando la escala, aunque todos se dieron cuenta de que la reparación era innecesaria, y sólo perseguían la detención a bordo de los clientes del buque hasta la llegada de la policía.

Mason miró a Silvia y preguntó:

—¿Qué hay de verdad en todo esto?

—Nada —repuso ella—. El no me vio en el despacho de Grieb como asegura. Miente a sabiendas.

—¿Está segura de que no la vio con la pistola?

—Naturalmente. ¡Cómo se ve que no conoce usted a Frank Oxman! No se le puede creer nada. Es capaz de asesinar a cualquiera por la espalda en cuanto ve la oportunidad. Quería divorciarse... Hacer que me encarcelen acusada de asesinato le ayudará en sus propósitos.

Mason indicó los facsímiles de los pagarés.

—¿De dónde ha podido sacar esos? —preguntó.

—Debió cogerlos en la mesa de Sam Grieb... A menos que se los proporcionara usted mismo.

Mason sacó otro cigarrillo de su pitillera, golpeó una de las puntas sobre el pulgar y declaró un poco después:

—Silvia... Fui yo quien pagó esos documentos.

—¿Cómo?

—Le digo que los pagué.

—Es imposible. Estaban todavía allí cuando yo...

—Lo sé. Los quemé antes de que entrara Duncan.

—¿No es ilegal eso? ¿No podrían...?

—No —respondió Mason—. Los pagué en calidad de abogado encargado de defender sus intereses de usted. Hallé esos pagarés, deposité su importe y los destruí.

—¿No podrán proporcionarle un disgusto por eso? —insistió Silvia.

—Podrían proporcionarme numerosos disgustos por muchas cosas que he hecho; pero eso no me impide continuar obrando con arreglo a mi conciencia. Y mi conciencia me aconseja que persevere en mi conducta con el fin de ayudar a la Justicia. Mire de nuevo

esos facsímiles, Silvia.

Ella examinó los facsímiles atentamente, luego se inclinó de repente sobre el periódico y exclamó con voz alterada:

—¡Son falsificados!

—¿Son buenas imitaciones? —preguntó Mason.

—Sí. La firma está muy bien hecha, pero sé que son falsificados porque recuerdo que cuando extendí los documentos no tenía mi estilográfica y tuve que usar una que me dio Grieb. No estaba acostumbrada a escribir con ella, hice un movimiento brusco y cayó un borrón sobre uno de los documentos, junto a mi firma. Quise romperlo y hacer otro, pero Grieb se opuso, asegurando que no tenía nada de particular. Lo recuerdo perfectamente, porque vi el borrón sobre uno de los documentos que había dejado depositados sobre la mesa de Grieb...

Mason la interrumpió diciendo:

—Yo también recuerdo ese detalle.

Permaneció fumando en silencio durante varios minutos, mientras Silvia terminaba de leer la información del diario.

Finalmente, Silvia Oxman arrugó el periódico con un gesto de cólera y exclamó:

—¡Qué asco! ¡Esa sarta de mentiras me da náuseas!

Mason volvió a interrumpirla, diciéndole:

—Espere, Silvia. Creo adivinar lo que ocurrió entonces.

—¿Qué?

—¿Existe la probabilidad de que Frank la viese a usted en efecto cuando entró en el despacho?

—Le digo a usted que es una mentira fenomenal. Él no había...

—Cállese un momento —ordenó Mason—. Según el testimonio del hombre que la seguía a usted, Frank Oxman se adentró en el pasillo que conduce al despacho cuando usted no había salido aún. Él, Frank, sólo estuvo dentro un par de minutos, luego volvió a salir. Supongamos, para explicar mi teoría, que mientras usted estaba sentada en la sala de espera, no podía oír el timbre de alarma. Sigamos suponiendo que Oxman penetró en el pasillo mientras usted estaba todavía en la sala de espera, pero en el preciso momento en que usted se decidía a abrir la puerta del despacho. Por consiguiente, usted no pudo oír el timbre de alarma que anunciaba su llegada al recodo del pasillo. Según las

declaraciones de su esposo, él se detuvo durante algunos segundos frente a la puerta del despacho. Supongamos para fortalecer mi hipótesis que ha dicho la verdad.

—No la ha dicho.

—He dicho que lo supongamos. Bien, luego abrió la puerta, entró y la vio apoyada sobre la mesa observando al mismo tiempo el cadáver de Grieb. En principio se asustó, pero luego se dio cuenta de la magnífica oportunidad que se le presentaba de echarle a usted la culpa del asesinato. Imaginó que usted destruiría los pagarés que él también vio sobre la mesa de Sam Grieb. Después de hacer eso, usted estaba por completo en sus manos. Así, pues, regresó al corredor y al llegar al recodo usted oyó la señal de alarma, porque usted se hallaba en el despacho. Usted creyó que venía alguien y volvió a la sala apresuradamente, recogió la revista y se sentó fingiendo leer. Pocos minutos más tarde entré yo y usted no pudo oír la señal eléctrica, porque se hallaba en la sala. Eso lo explicará todo. Lo que usted oyó en el despacho no fue la señal de mi llegada, sino la de la partida de su esposo.

Silvia le miró desconcertada.

—Parece tan lógico que le odio por ello.

—No se excite —dijo él—. No grite.

Mason quitó la ceniza a su cigarrillo con la punta del meñique procurando que cayera en el cenicero.

Dijo:

—Perfectamente, Silvia. Ahora sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué?

—Tuve que destruir esos pagarés para que no los encontraran en la escena del crimen; pero sobre todo porque no quería que al registrarme me los hallaran encima. Pero usted es la única que sabe que yo los quemé. Voy a ir a una imprenta y adquiriré algunos impresos de pagarés. Creo que no será difícil encontrar algunos del mismo modelo que los que tenía Sam Grieb. Entonces, empleando estos facsímiles como referencias, haremos duplicados de aquellos, debidamente firmados y fechados.

—¿Y qué conseguire con ello? Exponerme innecesariamente, ¿verdad?

—Eso sería si lo hiciésemos público —dijo él—, pero piense en la situación en que se encontrará Frank Oxman cuando crea que los

originales se hallan en manos del fiscal del distrito. Con ello se puede demostrar que sus pagarés son falsificados y toda su declaración será considerada como una sarta de mentiras bien hilvanadas.

Ella asintió con la cabeza y dijo:

—Comprendo. Tráigame esos impresos.

Capítulo 12

Mason llamó a Paul Drake por teléfono desde la cabina de un restaurante situado en una calle de segundo orden.

—Oiga, Paul —dijo cautamente cuando oyó la voz del detective al otro lado de la línea—. ¿Qué hay de nuevo?

Drake preguntó a su vez:

—¿Ha leído los periódicos?

—Sí.

—¿Y qué opina?

—Todavía no he tenido tiempo de opinar. ¿Dónde está Oxman?

—Firmó su declaración y fue puesto en libertad. Se dirigió a su hotel. Una pareja de periodistas consiguieron una entrevista con él. Luego salió por una puerta excusada y se dirigió a Hollywood. Se ha inscrito en el Hotel Christy bajo el nombre de Sydney French y le han asignado la habitación número quinientos diecinueve.

Mason emitió un silbido. Preguntó:

—¿Sabía que su mujer estaba allí?

—No lo creo.

—¿A qué se ha debido esa idea entonces?

—Supongo que quiere huir de los periodistas.

Mason dijo pausadamente:

—No me gusta nada esto, Paul.

—Después de todo —dijo Paul—, se trata de un hotel bastante conocido. Tal vez se trate de una mera coincidencia.

Mason reflexionó un momento y después añadió levemente:

—No creo que sea una coincidencia. Me inclino a pensar que ya han utilizado ese mismo hotel para una finalidad semejante en alguna otra ocasión. ¿Qué sabe de Belgrado, Paul?

—Si le dijese lo que pienso de Belgrado, quemaría el alambre telefónico.

—No me importa lo que piense de él —dijo Mason—. ¿Qué es lo

que sabe de él?

—No sé nada, Perry. Ha llegado a mi conocimiento que le han citado para declarar ante el tribunal esta misma tarde. También me han citado a mí y creo que indagan su paradero para que usted acuda al banquillo de los testigos con nosotros. Uno de los periodistas intenta obtener la exclusiva de las informaciones suministradas por Belgrado, pero después de esto ya no le servirá de nada.

—¿Dónde ha pasado la noche Belgrado, Paul?

—¿Cómo quiere que lo sepa...? ¿Qué me importa dónde ha pasado la noche?

—A usted tal vez no, pero a mí sí.

—¿Por qué?

—Porque necesitará ropa limpia, un baño, camisa, calcetines, etc., y, si va a declarar ante el tribunal, se colocará con toda seguridad el mejor traje que tenga.

—¿Y qué?

—Pues que si fuésemos a dar una vuelta por su domicilio, tal vez le encontraríamos en casa.

—Óigame, Perry. Lo primero que hará si nos ve aparecer es telefonar a la policía para que vayan a buscarnos. Creo que tiene usted razón en todo lo que dice y que es probable que...

—No me replique —interrumpió Mason—. Tengo un proyecto bien definido. ¿Quiere darme su filiación?

—¿Quiere decir una descripción física?

—Precisamente.

—Tiene unos cincuenta años de edad, pesará unas ciento noventa libras y mide cinco pies y seis pulgadas. Luce un bigotito recortado y tiene una cicatriz pequeña sobre la oreja derecha producida por una bala. Además tiene...

—¿Qué traje acostumbra llevar?

—Cuando está de servicio lleva un traje de sarga azul —respondió Drake—. Sin embargo, la mayoría de mis agentes llevan en este caso trajes de color oscuro.

—¿Dónde vive?

—En una casita de madera a un extremo del bulevar Washington, al final de la Quinta Avenida.

—¿A qué distancia de Washington?

—A un par de manzanas solamente, por lo que recuerdo. Fui a verle hace dos o tres días.

—Voy a decirle lo que va a hacer, Paul —dijo Mason—. Tome su coche y venga a encontrarse conmigo en el cruce de la Quinta Avenida y el bulevar Washington. Yo estoy en este momento en Hollywood y conduzco un coche de alquiler. Llegaremos allí casi al mismo tiempo.

Se interrumpió un momento y luego normalmente prosiguió:

—Espere, Paul.

—No quiero. Ya se ha buscado bastantes disgustos con este asunto, Perry...

—Salga ahora mismo, si le importa algo mi consideración.

Mason colgó el receptor.

El abogado llegó a la cita con el detective unos cinco minutos antes que él. Drake llegó al fin, estacionó su coche y vino al encuentro del abogado, continuando sus interrumpidas protestas.

—No creo que consigamos nada bueno con esto, Perry —le dijo.

—Quiero saber algo más sobre Belgrado —repuso Mason—. Es el único de sus hombres que se hallaba en el barco cuando se descubrió el asesinato. Tengo ansiedad por saber si el informe que ha dado sobre lo sucedido es exacto.

—Es un traidor sinvergüenza —comentó Drake con acritud—. Yo me encargaré de que no consiga otro empleo en ninguna otra agencia de detectives mientras viva.

—No sea tonto —replicó Mason—. Fue una oportunidad para que apareciera su nombre en letra de molde y la ha aprovechado. Aparte de eso, puede sernos de gran utilidad.

Pasearon en silencio durante toda una manzana; luego Drake dijo:

—Es aquella casa, al otro lado de la calle.

—¿Le conoce su esposa?

—Sí.

—Bien; pero a mí no.

—No lo creo. A no ser que haya visto su fotografía en algún periódico.

Mason ordenó:

—Vamos, pues. Lo único que quiero es entrar en la casa. Por consiguiente, no dé explicaciones. Cuando su mujer abra la puerta,

ingénieselas para que no nos impida entrar.

—Tal vez salgamos más de prisa que entremos —repuso Drake.

—¿Qué clase de mujer es ella?

—Una rubia de las de pronóstico.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que es capaz de todo. La he visto una vez tan solamente; pero sé perfectamente lo que puede dar de sí. Tiene un rostro de niña, pero con una expresión tan dura como el acero. ¿Comprende lo que quiero decir con todo esto?

—Creo que sí. La última vez que he visto una expresión como la que usted dice fue en una estafadora de diecinueve años —hizo un ruido con la lengua y prosiguió—: Mientras la niña esperaba en mi despacho exterior pregunté a Della su opinión y, ¿sabe qué me respondió?

—¿Qué?

—Que parecía una virgen sintética.

—¡Muy acertado! —respondió Drake—. Pero esta ya ha pasado de los treinta y cinco.

—Bien —decidió Mason—. Vamos allá.

Doblaron la esquina y cruzaron el asfalto. Llegaron al porche, y mientras Mason permanecía a la expectativa, Drake subió la reducida escalera y llamó con varios golpes suaves.

Pocos momentos después una mujer con una bata estampada apareció en la puerta y dijo con cordialidad demasiado efusiva para ser sincera:

—¡Caramba, es el señor Drake! Buenos días señor Drake. ¿Cómo está usted? ¿Deseaba ver a Jorge?

Drake respondió:

—En efecto.

Y dio un paso adelante.

Por un momento los ojos de la mujer adquirieron el tinte azulado y la dureza del acero, pero sus labios carnosos conservaron su estereotipada sonrisa.

—No está aquí ahora —dijo ella.

—He de encontrarme aquí con él —repuso Drake esperando a que ella hiciese un movimiento.

—Oh, si es así, pase, por favor —y la mujer se hizo a un lado para permitir la entrada al detective.

Cuando Mason pasó también ante ella, la señora Belgrado le lanzó una sonrisita y añadió:

—Tengan la bondad de tomar asiento, señores. ¿A qué hora les citó Jorge?

Mason eligió una poltrona confortable, comprendió la mirada interrogante que le dirigía Drake y repuso:

—¿Cuándo le vio usted por última vez, señora Belgrado?

La mujer clavó sus ojos cautos en el rostro del abogado y dijo con voz monótona:

—Es usted el señor Mason. ¿No es cierto?

—Sí.

—Ya me lo figuraba.

—¿Cuándo vio usted por última vez a su marido?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque quiero saberlo.

—Pues no le he visto desde anoche. No ha venido a casa a dormir. Como no ignorará usted, fue detenido.

—¿Cómo iba vestido la última vez que lo vio?

—¿Por qué lo quiere saber?

El abogado indicó con un gesto a Paul Drake y dijo:

—Después de todo, estaba al servicio del señor Drake. Fue encargado de un asunto y queremos hablar con él sobre el mismo.

—¿Quiere usted decir —se dirigió a Paul Drake— que continúa a su servicio?

—Naturalmente.

—Él creía que usted se habría enfadado por lo que publicaron los periódicos y que...

Se interrumpió de repente y Drake dijo:

—Claro que estoy enfadado; pero esto no obsta para que continúe a mi servicio.

Mason inquirió de nuevo:

—¿Cómo iba vestido, señora Belgrado?

—Pues llevaba su traje de faena habitual, el de sarga azul.

Mason repuso en tono indiferente:

—Tenemos que declarar todos ante el tribunal esta misma tarde. Creo que sería conveniente que nos pusiéramos de acuerdo antes de que empiecen a interrogarnos.

Una expresión de alivio apareció en el rostro de la mujer.

—¡Oh! —dijo—. Me alegro de que piensen así. Jorge ha visto la oportunidad de obtener algún dinero vendiendo su informe a un periódico. Habría sido un perfecto idiota si no lo hubiese hecho. Comprendo lo que sentirán en este momento, caballeros; pero deben permitir ciertas veleidades a un hombre que trabaja cuando a ustedes les parece bien encargarle algo. Ustedes dos ganan el dinero a manos llenas. Jorge no. Muchas veces tenemos que hacer una comida al día para poder pasar la semana.

—Sí, sí, señora, lo comprendo. ¿Cuándo cree que volverá?

—Me telefoneó hará una hora anunciándome que estaría en casa dentro de una hora. Es decir, que no tardará en llegar.

Drake miró su reloj de pulsera y dijo nerviosamente:

—No puede estar... Este debe ser su coche.

—Él es —asintió la señora Belgrado.

Mason se dirigió a la puerta.

Sonaron pasos en el pórtico. Mason tiró de la puerta, la abrió y dijo al individuo alto que emergió en el umbral:

—Bienvenido, Jorge. Pase, que le estamos esperando hace un rato.

Belgrado se detuvo en seco. Paul Drake se acercó a él y dijo:

—No se quede ahí de espantapájaros. Pase.

Belgrado se acercó con ojos temerosos como si buscara un modo de escapar a un peligro.

Drake estaba a punto de decirle algo desagradable, cuando Mason le hizo una seña ordenándole silencio y dio la mano al recién llegado.

Belgrado la estrechó sin decir una palabra. Luego se acercó a su mujer, que le esperaba con los brazos abiertos, y la estrechó entre los suyos.

Se separaron al oír toser a Drake.

Belgrado dijo:

—Lamento lo sucedido. Le debo una explicación, señor Mason. Sé lo que pensarán de mí, pero...

Se interrumpió desconcertado.

El abogado dijo:

—Siéntese y hablemos, Jorge. Llevo en mi profesión muchos años, y he aprendido a conocer a las personas. Usted no es ni mejor ni peor que cualquier hombre.

Belgrado miró a su mujer y le preguntó:

—¿Tengo todo dispuesto, Flo?

Ella asintió en silencio.

—Síéntese, Jorge —dijo Drake.

Belgrado, sin hacerle caso, dijo con los ojos clavados en los de su esposa:

—¿Por qué no nos traes algo de beber? ¿Whisky con soda, por ejemplo?

—Prefiero que la señora Belgrado no se mueva de esta habitación —declaró Mason.

Belgrado se sentó sin decir una palabra. Luego miró a Drake y preguntó:

—Ha terminado mi labor como detective en su agencia, ¿no?

—Eso depende —se apresuró a responder Mason adelantándose a Drake—. Queremos que nos explique qué fue lo que le indujo a obrar en la forma en que lo hizo. Tal vez modifiquemos la opinión que ahora tenemos, cuando le oigamos.

Belgrado se volvió a él y dijo:

—Con usted da gusto hablar, señor Mason. Me hace sentirme avergonzado. No sé cómo explicarlo, pero quisiera que comprendiesen ustedes mi situación. He trabajado toda mi vida, y tengo una mujer que alimentar, los distintos gastos de una casa y una infinidad de otros varios...

—No se detenga —dijo Mason.

—Bien. Cuando me encontré en medio del caso de homicidio, me dije: Ha llegado la ocasión de hacerte un nombre, Belgrado. Usted sabe que mi misión había sido seguir a la doncella de la señora Oxman. Luego recogí la pista de Silvia y cuando estaba a punto de subir al barco detrás de ella, llegó Staples para relevarme. Telefoneé mi informe a Drake y él me dijo que yo estaba libre por toda la noche. Yo sabía que Drake trabajaba para usted y no ignoraba que en aquel momento se hallaba usted a bordo. Entonces pensé que obraría bien volviendo al barco y ayudándole en lo que pudiera...

—Perdone un momento, Jorge. ¿He entendido bien? ¿Ha dicho usted volviendo al barco?

Belgrado asintió con la cabeza.

—Sí —dijo.

—¿Por qué lo hizo?

—Ya se lo he dicho. Quería aprovechar la primera oportunidad que se me presentara de serle útil en algo.

Drake intervino:

—¿Por qué diablos no se fue usted a su casa a dormir con su mujercita cuando yo le dije que había terminado su servicio?

Belgrado se agitó intranquilo en su sillón.

—Para decirle a usted la verdad, señor Mason, he de confesarle que yo sabía que el señor Drake actuaba casi siempre a sus órdenes. Yo sabía también que no me tenía en gran estima, señor Drake. Por esta razón quise hacer méritos frente al señor Mason para que este me recomendara a usted cuando conociese mis aptitudes.

—Menos preámbulos, Jorge, y al grano.

—Bien. Me ordenó usted que siguiera a la doncella de la señora Oxman y por su mediación llegué a encontrarme con su dueña.

—Todo eso no es necesario que lo repita —dijo Drake con voz agria.

—Déjeme a mí —le interrumpió Mason.

Luego miró sonriente a Belgrado y le instó:

—Continúe usted.

—En aquel momento, el bote a motor regresaba al barco. La escala había sido alzada con la excusa de que estaban haciendo reparaciones. Nos dijeron que permaneciéramos dando vueltas por allí, que no tardarían mucho en ponerla en estado de servicio. De pronto se acercó la lancha de la policía y nos enteramos de que se había cometido un asesinato. Los policías nos ordenaron que pusiéramos proa al embarcadero, pues por esta noche no se reanudaría el juego.

»Esto me hizo pensar. Reflexioné profundamente mientras me llevaban a tierra. Cuando llegamos nos encontramos con una pandilla de periodistas que habían sufrido la misma suerte que nosotros e interrogaban a todos cuantos venían del barco. Uno de ellos me conocía y sabía cómo me ganaba la vida y empezó a interrogarme. Cuando vio que podía ofrecerle una información sensacional, telefoneó a su director y poco después llegó un compañero de redacción para relevarlo y yo me marché a Los Ángeles con mi amigo.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Allí me hicieron una proposición, cuyo significado económico era tal, para mí, que no me atreví a rehusar. No creía entonces que a ustedes les importase gran cosa. Me dijeron que el señor Mason estaba a bordo y que había sido arrestado: que no tardaría en descubrirse al autor del crimen ni veinticuatro horas, pero que ellos querían la exclusiva de mi información.

—¿Y bien? —dijo Drake.

—Me aseguraron que no ganaría nada con mi silencio y que, sin embargo, perdería una buena cantidad si no les contaba lo que sabía. Me parecía razonable y les conté todo de pe a pa. Luego el editor quiso impedir que me molestasen los redactores de otros diarios y me hizo ocultar en un sitio donde nadie pudiera dar conmigo. Pero no sé quién descubrió mi escondrijo y un representante del Almirantazgo llevó al periódico una orden de citación. Cuando el director del periódico vio que no podía obtener la exclusiva me echó como a un perro. Dijo que yo no podía serle útil y me dieron una moneda de dólar.

—¿Qué me dice del informe que me telefoneó?

La interpelación provenía de los labios semicerrados de Drake.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir si era cierto.

Belgrado enrojeció.

—Claro que sí. Le dije a usted la verdad. No crea que porque viese la oportunidad de ganar algún dinero le iba a dar gato por liebre.

—¿Contó usted todo lo que sucedió en el castillo flotante? —inquirió Mason.

—Naturalmente. Es decir: informé al señor Drake de todo cuanto vi.

—¿Siguió a Silvia Oxman hasta el barco?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo a bordo antes de dedicarse a ir al despacho de Grieb?

—No mucho. Llevé una cuenta exacta de los minutos. Estuvo en el bar y tomó un cocktail, y luego depositó su abrigo en el guardarropa y entonces se dirigió al despacho de la dirección.

—¿Cuánto tiempo después de eso aparecí yo?

—Unos ocho o diez minutos; pero recuerdo señor Mason, que

antes de que usted llegara vi a Frank Oxman husmeando por allí.

—¿Cómo sabía usted que...? —empezó a decir Drake, pero fue silenciado por una mirada del abogado.

—¿Fue después de desaparecer Frank Oxman cuando llegué yo, verdad?

—En efecto. Y poco después de entrar usted salió Silvia Oxman. Poco después entraron Duncan y el alguacil. Diez minutos después, el alguacil apareció conduciéndole a usted maniatado.

—Dígame usted ahora una cosa —dijo Mason—. ¿Había salido Silvia ya del despacho en este tiempo?

—Sí.

—¿Y usted la seguía?

—Sí, señor.

—Pero después de salir ella, usted continuó vigilando la entrada que conducía al despacho. ¿Qué hacía, pues, vigilar la entrada o a Silvia?

—Las dos cosas, señor Mason. La señora Oxman tomó asiento en una de las mesas de dados, y no podía vigilarla y no perder de vista la entrada al mismo tiempo.

—Perfectamente. Dígame usted qué más vio.

—Bien. Duncan salió y entonces la señora Oxman salió a cubierta. Yo la seguí...

—¿Qué tiempo transcurrió desde que usted me vio salir del despacho hasta que apareció Duncan?

—Tres o cuatro minutos... Poco tiempo en realidad.

—¿Y cuándo salió Silvia a cubierta?

—Casi inmediatamente.

—¿Y luego?

—Eso es todo. Seguí a la señora Oxman hasta el desembarcadero y entonces llegó Staples a decirme que él se encargaba de lo demás.

—¿Está usted seguro de haberme dicho todo lo que sucedió, Belgrado?

—Sí, señor. Por lo menos les he dicho todo cuanto recuerdo.

—¿Habló usted a Silvia?

El rostro de Belgrado se contrajo al exclamar:

—Tiene usted razón, señor Mason. Dije a Silvia que huyese, porque su marido estaba a bordo.

—¡Ah! —dijo Mason—. Ahora empieza a decir la verdad. ¿Por

qué le dijo en realidad que huyese?

Belgrado respondió:

—Sabía que sucedía algo extraño. No sabía desde luego, lo que era, pero empecé a pensar que debía ser algo grave cuando le vi a usted salir del despacho con el alguacil. Usted iba esposado y, conociendo su habilidad como abogado, comprendí que debía tratarse de algún asunto de excepcional gravedad para que usted permitiese que le trataran así. Intuí que deseaba usted proteger a Silvia y que lo mejor era hacerla salir del barco. Entonces se me ocurrió decirle: «Su marido está a bordo. Huya», y me perdí de vista. Luego, aprovechando la oscuridad reinante, me encaminé a la lancha que estaba a punto de zarpar para dirigirse a tierra. Suponía que Silvia se apresuraría a tomar la misma lancha que yo. De no haber sido así, habría saltado de ella y habría vuelto al barco.

—Bien. Ahora voy a hacerle la pregunta que no dejé terminar a Drake —dijo Mason—. ¿Cómo es que conocía usted al marido de Silvia Oxman?

Belgrado se removió intranquilo en su asiento, dirigió una mirada a su esposa, luego bajó los ojos y quedó con ellos fijos en las suelas de sus zapatos.

—Hable —instó Mason—. Se ha metido usted demasiado a fondo en este asunto para poder retroceder. Hable.

—Prefiero no responder a esa pregunta.

—Lo exijo.

—Sería traicionar la confianza que un día pusieron en mí.

Drake rió sarcásticamente.

—No me diga que es eso lo que le contiene. Ya hemos visto lo que significa para usted la confianza de que le hacen depositario.

—¡Cállese, Paul! —ordenó Mason sin separar los ojos de Belgrado—. ¿Qué iba a decirnos, Jorge?

—Estuve al servicio de Frank Oxman —murmuró Belgrado.

—¿Cuándo?

—Hace un mes aproximadamente.

—¿Cuánto tiempo estuvo a su servicio?

—Poco más de dos semanas.

—¿Cómo fue eso?

—Frank Oxman solicitó un servicio de una agencia para la cual trabajaba yo —dijo Belgrado—. La agencia me eligió a mí.

—¡Ajá!

—Ya lo comprenderá usted, señor Mason. En una agencia de detectives solamente nos emplean por unos días. Por esta razón nos alistamos en varias y cuando no trabajamos para una lo hacemos para otra. Eso nos permite trabajar más seguido, ya que las agencias tendrían que pagar una nómina demasiado crecida si nos tuviesen a sueldo.

—Entonces se alistó en varias agencias al mismo tiempo, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿No tuvo que dar referencias?

—Naturalmente. Teníamos que llenar un cuestionario, indicando referencias, nuestro empleo anterior, tiempo de experiencia, clase de trabajo a que estaba acostumbrado; también debíamos declarar si poseíamos traje de etiqueta y estábamos familiarizados con su uso y muchas otras cosas.

—Frank Oxman quería hacer espionar a su mujer, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Y le encargaron a usted de esta tarea, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo?

—Dieciséis días, señor.

—¿Qué averiguó usted?

Belgrado bajó los ojos. Dijo en voz baja:

—Lo suficiente para inspirarme una simpatía enorme la pobre mujer; pero la simpatía no me daba de comer. Ella es una señora en toda la extensión de la palabra, aunque algo impulsiva. Un par de veces los agentes la sorprendieron a bordo en el barco casino y ella estuvo flirteando con ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Nada serio, señor.

—¿Se enteró Frank Oxman de eso?

—Sí, señor.

—¿Fue usted el que lo informó?

—Sí, señor —respondió Belgrado visiblemente avergonzado.

—¿Por qué no me lo dijo usted a mí? —preguntó Drake.

—No tuve ocasión —respondió Belgrado—. Usted me dijo solamente que quería que hiciese un servicio para el señor Mason. Me encargó que me dirigiese a cierta dirección y que siguiera a la

doncella que servía allí. En su descripción de la casa reconocí la morada de Oxman, pero no podía suponer que se tratara de seguir a la señora Oxman. Luego, cuando telefoneé mi informe y le dije que la doncella había salido con un abrigo de pieles y usted me ordenó que siguiese a la señora Oxman en caso de que se pusiera en contacto con su criada, supuse que el señor Mason había sido encargado por Frank Oxman de que encontrase pruebas para un divorcio o algo por el estilo. Pero cuando subí a bordo del Cuerno de la Abundancia y vi la conducta del señor Mason con respecto a Silvia, me convencí de que Frank Oxman no tenía nada que ver con el asunto y que se trataba de algo mucho más importante de lo que yo creía al principio.

—Es una explicación muy bien urdida —dijo Drake.

—Es la verdad —insistió Belgrado.

—¿Sabía usted que Oxman había saltado antes a tierra que su mujer? —preguntó Mason.

—No, señor. Yo creía que estaba aún a bordo.

Drake intervino para decir:

—En lo que a mí me concierne, Belgrado, ha terminado usted con su actuación como investigador. Es usted demasiado locuaz para ser detective.

—Lo siento, señor Drake.

La señora Belgrado dijo con acritud:

—No les digas nada más, Jorge. Por ocho dólares al día y gastos pagados, no querrán que les vendas tu alma.

—¡Cállate, Flo! —ordenó Jorge sin expresión.

—No me da la gana. Lo que hacen contigo es un ultraje. Trabajas día y noche, exponiéndote sin cesar, y ¿qué sacas con ello?... La primera vez que...

—No te metas en lo que no te importa —dijo Belgrado levantando la voz—. ¿No comprendes que si el señor Drake se lo propone no volverán a emplearme en ninguna otra agencia?

—Bueno, ¿y qué? Ya estuviste en una ocasión apartado de los trabajos detectivescos, y lo mismo puedes hacer ahora. Se puede ganar para vivir de otras muchas formas, sin necesidad de estar a sueldo de unos logreros que no aprecian ni saben apreciar la honradez.

—¿Vio usted a Silvia Oxman tirar un arma por la borda? —dijo

Mason.

—No, señor.

—¿Pudo hacerlo sin que usted la viese?

—Creo que sí. Cuando le dije que huyera, me apresuré a tomar la lancha, y en ese momento la perdí de vista.

Mason hizo un gesto a Drake y dijo:

—Creo que hemos terminado, Paul. Dejemos a Belgrado que se cambie de traje.

Belgrado miró a Mason y le preguntó:

—¿Le han citado a usted también para declarar?

El abogado evitó ágilmente la respuesta diciendo, a tiempo que se dirigía a la puerta:

—Procure causar buena impresión al tribunal, Jorge. Ya hablaré de usted al señor Drake. Cuanto más tiempo lo pienso, más me doy cuenta de que se ha encontrado usted en una situación especial, una de las ocasiones que no se les presentan a los detectives a sueldo más que una vez cada diez años. Comprendo perfectamente lo que le movió a obrar como lo hizo.

Los dedos de Drake asieron con fuerza el brazo del abogado.

Dijo en voz baja:

—¡Vámonos, Perry!

—Es usted una excelente persona, señor Mason —declaró Belgrado—. ¿Me perdonará usted, señor Drake?

—No es esta la ocasión más propicia para hacer esa pregunta, Jorge. Después que yo haya hablado con él le comunicaré mi respuesta.

—Reconocidísimo, señor Mason. No sé cómo decirle lo que... Se lo agradezco mucho, señor...

Los dos hombres salieron apresuradamente, cortando de raíz la explosión de agradecimiento del detective. Apenas se habían alejado unos veinte metros de la puerta, cuando oyeron la voz de Florence Belgrado que increpaba a los ausentes visitantes. Sus palabras salían de su boca con la rapidez de las balas de una ametralladora.

Luego sonó el golpe de una puerta al cerrarse y la voz calló.

—¡Cuánto me habría gustado retorcerle el pescuezo a esa rata!

—No —respondió Mason—. No nos conviene tenerle en contra ahora. Va a ser el más importante de todos los testigos que

declararán ante el tribunal especial. Vale más tenerlo como amigo en estas circunstancias. Lo que ha hecho no tiene ya remedio, y yo, personalmente no le guardo rencor. Trabaja a sueldo y de pronto ha visto una oportunidad de recibir una suma de cierta importancia a cambio de una información que él creía honradamente que no perjudicaría a nadie.

Drake respondió colérico:

—¡No sé por qué diablos defiende usted a ese granuja!

Mason repuso suavemente:

—Es muy sencillo. Me paso la vida tratando con toda clase de gente y he tenido numerosas ocasiones de apreciar que todos los seres humanos tienen sus debilidades. Tenga bien en cuenta, Paul, que si Belgrado hubiese sido un hombre perfecto, no se habría conformado con el sueldo miserable que usted le daba. Hay que ser condescendiente, amigo mío. Confieso que nos ha jugado una mala pasada; pero no lo hizo con ánimo de perjudicarnos, sino, simplemente, porque necesitaba dinero. Ya lo ha recibido y ahora su porvenir depende de su habilidad para desagaviar a usted...

Mason hizo una pausa y continuó antes de que el enfurecido detective pudiese dar rienda suelta a su indignación:

—Si le dejase creer que usted piensa en vengarse por su acción, la rabia le inducirá a hablar en contra nuestra, mientras que si, por el contrario, le hacemos pensar que es probable que usted le perdone, hará todo lo posible por hacerle olvidar lo pasado, enmendando sus yerros. En otras palabras, cuando comparezca ante el tribunal, dirá lo que quiera usted que diga, siempre que esté de acuerdo con lo que él presencié u oyó...

—Bien —interrumpió Drake, reprimiéndose—, ya veo sus intenciones, Perry; pero por mí se puede ir al diablo. No quiero a mi lado traidores repugnantes.

Los dos hombres doblaron la esquina en silencio.

Al fin dijo Mason:

—Aquí están nuestros coches, Paul. Voy a darme una vueltecita por ahí.

—¿Dónde va usted, Perry?

—*Chi lo sa?*

Drake le miró con fijeza. Dijo:

—Deme su palabra de que no piensa ir al hotel Christy.

—¿Por qué?

—Tengo el presentimiento de que se propone ir a hacer una visita a Frank Oxman.

—¿Y qué?

—Que le aconsejo que no lo haga, Perry. No lo conoce usted. Ese hombre es peligroso, y ya está usted bien comprometido para buscarse nuevas complicaciones.

—No diga tonterías.

—No son tonterías. No vaya a ver a Frank Oxman. Le digo que... Ah, Perry, olvidé decirle que hemos averiguado quiénes son sus satélites.

Mason ojeó la calle en ambos sentidos para convencerse de que no había ningún coche de la policía a la vista.

Luego dijo:

—Hable de prisa, Paul. ¿Qué sabe?

—Telefoné a un individuo llamado Carter Squires, que se hospeda en el hotel Peindexter. Squires es el jefe de una sociedad que se dedica clandestinamente a admitir apuestas en carreras de caballos, combates de boxeo, etc. La mayor parte del tiempo lo pasa en el vestíbulo del hotel o en el bar. Está fichado por la policía, pero tiene dinero. Administra asuntos de dudosa legalidad que le producen pingües beneficios sin grandes responsabilidades.

Mason lo miró con curiosidad. Dijo:

—¿Dice que hablaron por teléfono?

—Sí. Y según me dicen mis hombres, parecía presa de ansiedad cuando oyó la respuesta.

—¿No saben sus hombres de lo que trataron en la conversación?

—No.

—¿Duró mucho?

—Unos diez minutos aproximadamente.

Mason quedó pensativo unos instantes.

Luego, de repente, preguntó:

—Eso ocurrió después de hospedarse Frank en el hotel Christy, ¿no?

—Sí.

—Bien. Voy a probar una idea que se me ha ocurrido ahora mismo. Pienso dar una pequeña sorpresa a Oxman... Ya veremos cómo reacciona.

Capítulo 13

Mason entró en el vestíbulo del hotel Christy y se detuvo para girar la vista a su alrededor. Silvia Oxman no se veía por ningún lado. Mason se dirigió hacia el ascensor, subió al quinto piso, avanzó rápidamente por el pasillo, llegó a la habitación número quinientos diecinueve y llamó a la puerta.

Al cabo de un rato percibió un movimiento, el sonido de un cerrojo que se descorría y la puerta se abrió.

Un hombre delgado, vestido elegantemente con una chaqueta cruzada, de color gris, apareció en el umbral y escudriñó a Mason con ojos hostiles.

Mason dijo simplemente:

—Voy a entrar, Oxman.

Oxman titubeó un instante, luego se apartó a un lado y abrió la puerta de par en par. Después de haber entrado Mason, cerró la puerta de un puntapié y echó el cerrojo.

—Abandonó usted su hotel algo precipitadamente —observó Mason en tono afable y sonriente.

Oxman indicó una silla con una mano bien cuidada, en el tercer dedo de la cual aparecía un diamante enorme. Su cabello, peinado hacia atrás en ondas, reflejaba el brillo de las luces que penetraban por las ventanas. Su traje aparecía sin una mancha y recién planchado, sus zapatos chispeaban. Después de que Mason se hubo sentado, Oxman se sentó en la cama y colocó una almohada entre su espalda y la pared. Al momento dijo:

—Quería esquivar a los periodistas.

—¿No es posible que su intención fuese evitar a la policía? —preguntó Mason.

Una leve sonrisa asomó a los labios de Oxman.

—No —contestó—. No trataba de esquivar a la policía.

Mason, mirándole con fijeza, dijo:

—¿Sabe quién soy yo?

—Sí, ya sabía quién era usted —declaró Oxman en un tono sin inflexión—. Usted salió de su casa algo precipitadamente, ¿no es verdad, señor Mason?

Mason sonrió.

—Sí, tenía que ocuparme de algunos asuntos.

Preguntó Oxman:

—¿Sabía usted que la policía le buscaba?

Mason enarcó las cejas.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Por asesinato.

—Pues ha sido una suerte que le haya encontrado a usted —dijo Mason.

—Continúe —insistió Oxman—. Hable.

—He visto en la Prensa —le dijo Mason— que usted compró algunos pagarés a Grieb.

—Bien, ¿y qué?

—Y pagó al contado.

—Sí.

—Dinero contante y sonante, que fue encontrado en el cajón de la mano izquierda de la mesa de escritorio de Grieb.

—Eso creo —asintió Oxman.

Lenta y espectacularmente, Mason sacó de su bolsillo los tres pagarés que Silvia Oxman firmara aquella mañana en el hotel.

—Deles un vistazo, Oxman —invitó.

Oxman se inclinó hacia delante.

Mason, cruzadas las piernas, tenía tres pagarés apretados fuertemente contra una pierna para que Oxman pudiese ver las tres firmas.

—Bien, ¿y qué?

—Si estos son los pagarés originales —sugirió Mason—, ¿en qué situación se encuentra usted, Oxman?

Oxman bostezó, se palmeó los labios con cuatro dedos finos y elegantes, y dijo:

—Francamente, Mason yo esperaba de usted algo más inteligente que esto.

—¿No se le ha ocurrido a usted —continuó Mason— que si yo tengo en mi poder estos pagarés originales, los que usted posee son meras falsificaciones?

—¡Oh! No creo que Sam Grieb me vendiera unos papeles falsificados.

—Podemos probar ante un tribunal que son falsos.

—Grieb no me habría vendido unos pagarés falsos —repitió—. No hubiera sido correcto. Desde luego, si son falsificaciones, lo cual queda por probar, puedo entonces recuperar los siete mil quinientos dólares de la parte que Grieb tiene en el negocio. En consecuencia, como usted ve, Mason, yo, personalmente, no tengo nada que perder. Hasta que usted demuestre que eso son falsificaciones, puedo utilizarlos como legítimos. Si puede demostrar que son falsificaciones, entonces, basado en la prueba que usted ha hecho, puedo recobrar el dinero de Grieb.

—De modo que eso es lo que piensa, ¿no es cierto? —preguntó Mason.

Oxman asintió con la cabeza.

—Usted ha pensado todo esto de antemano, como argumento que emplear en caso de que se encontrase ante los pagarés originales —acusó el abogado con aspereza.

Oxman hizo un gesto despectivo hacia los tres pagarés que Mason tenía y dijo:

—No se acalore. Estos papeles no prueban nada, Mason.

—¿Por qué no?

—Usted es el abogado de Silvia. Sin duda, usted la ha visto después de haber dado yo una nota a la Prensa. Ella puede firmar todos los pagarés que quiera. Tan sólo necesita una estilográfica. Probablemente se figuró usted que podría asustarme viniendo aquí a enseñarme esos pagarés. Me asombra que usted haya pensado tal cosa. Sabe usted, Mason, que se halla en un verdadero aprieto. No se enfrenta usted ante unos necios a quienes puede engañar con su elocuencia. Esos pagarés que usted tiene pueden haber sido firmados por Silvia. Eso no significa que los que obran en mi poder no los haya firmado ella también. Ella puede estampar su nombre tantas veces como quiera.

Mason dijo:

—No puede usted escurrirse, Oxman.

—Eso es lo que usted se figura. Usted es el que no puede escurrirse. Representa a Silvia, y Silvia mató a Grieb.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Con el objeto de apoderarse de esos pagarés.

—¿Por qué no se apoderó de ellos entonces?

—Porque yo los había comprado ya. Grieb no los tenía.

Mason estiró las piernas, cruzó los tobillos, exhaló una bocanada de humo y dijo:

—Lo que le pasa a usted, Oxman, es que no piensa lógicamente.

—Perfectamente —repuso Oxman—. Piense usted lógicamente por mí. Le escucho.

Mason dijo:

—Grieb y Duncan estaban disputando. Querían convertir esos documentos en dinero. Vieron la posibilidad de cobrar esos pagarés, más una pequeña prima. Dieron a entender a usted que podría obtenerlos pagando una prima de dos mil dólares. Usted reunió nueve mil quinientos dólares y fue al barco a recoger los pagarés. Encontró a su esposa a bordo y a Grieb muerto. Al principio se le ocurrió mantenerse al margen del asunto y escabullirse; pero luego pensó que sería posible comprometer a Silvia, hacerla condenar por asesinato y de este modo desembarazarse de ella.

»Esta mañana leyó usted la Prensa y se enteró de que la policía había descubierto siete mil quinientos dólares en la mesa de Grieb. De repente vio usted una ocasión para comprometer a su esposa. Se figuró que Silvia, probablemente, había recuperado y destruido los pagarés primitivos. Tenía usted el propósito de dar una nota diciendo que había visto a Silvia en el despacho con el cadáver de Grieb.

»¿Por qué no declarar que usted había pagado siete mil quinientos dólares por los pagarés? Falsificar la firma de Silvia no era tan difícil. Poseía usted cartas y documentos en los cuales aparecía la verdadera firma de ella. Y lo que hizo fue falsificar su firma y otros pagarés.

Oxman bostezó ostentosamente y dijo:

—Me aburre usted, Mason. Realmente, yo esperaba que un hombre de su calibre mostrase un poco más de inteligencia.

Mason continuó:

—Cuando usted vio por primera vez a Silvia, ella se encontraba

en el despacho con el cadáver de Grieb. Su primer impulso fue simplemente salir, y en consecuencia se escabulló. Posteriormente, cuando se dio cuenta de que Silvia no había comunicado a nadie la noticia del crimen, y que ella también había desaparecido, pero dejando sus huellas dactilares en la mesa de Grieb, vio usted una magnífica ocasión para acusar a su esposa, alegar que usted había pagado siete mil quinientos dólares por los pagarés falsificados y esperar a ver lo que ocurría.

»Si Silvia hubiese destruido los pagarés originales, ella no podía confesar que había hecho tal cosa. Si alguien más había pagado algún dinero por esos pagarés, esa persona no se atrevía a dar la cara, porque esto le comprometería al parecer que fue la última persona que vio a Grieb vivo. Si...

—Está usted equivocado, Mason —interrumpió Osman—. Seguramente ha estado usted soñando.

—O —continuó Mason impertérrito— vio usted los pagarés sobre la mesa cuando halló a Silvia en el despacho y se figuró que ella iba a destruirlos. Si ocurría algo, y los pagarés legítimos aparecían en manos de algún individuo que declaraba haber pagado siete mil quinientos dólares por ellos... una posibilidad muy remota... todavía podía usted alegar que Grieb le había hecho víctima de un chantaje al venderle unos pagarés falsificados. No había nadie que pudiera desmentirle.

Oxman dijo:

—¿Sabe usted, Mason, que esto me aburre ya? Hablemos de algo más interesante, o bien llamemos a la policía para que le detenga a usted y termine esta fastidiosa visita.

Mason sacudió la ceniza de la punta de su pitillo y dijo:

—Verá usted, Oxman: yo puedo probar lo que estoy diciendo.

Oxman alzó las cejas, cortés e incrédulamente.

—Un detective le siguió a usted durante todo el día de ayer —dijo Mason—. Sabemos a qué hora fue usted a bordo. Y sabemos lo que hizo después de llegar. Bajó usted por el corredor una vez, una sola vez.

El rostro de Oxman mostró sorpresa.

—¡Santo Cielo, Mason! —exclamó—. ¿Quiere usted decir que ha ejercido la abogacía tanto tiempo y todavía le inspiran confianza los detectives particulares? Drake, el detective que usted emplea, puede

ser una persona decente, pero los sujetos que él contrata son como todos los demás detectives particulares. La mitad de ellos son unos granujas.

—Estos informes concuerdan con los hechos —insistió Mason con paciencia.

—¡Qué idiota es usted, Mason! ¡Y es un abogado famoso! ¡Santo Cielo, yo sabía que me vigilaban! Me di perfecta cuenta de que me seguían. Pero si el sujeto dice que me siguió hasta a bordo del barco, es un embustero. Yo me entretuve adrede por el muelle hasta que ya no había sitio más que para uno en la lancha. Entonces tomé ese único asiento. El individuo que me vigilaba intentó seguirme, pero no le fue posible.

Mason repuso:

—Había otro detective de guardia, el cual vio que usted bajaba por el corredor hasta las oficinas. El afirma que usted no bajó más que una sola vez.

Oxman rió despectivamente.

—El único detective que allí había era Belgrado. El no me vigilaba. Vigilaba a Silvia. El no sabe dónde estaba yo. Y lo que es más, él los ha vendido a ustedes y ha hablado a los periodistas. ¡Cielo, Mason, qué fácil de engañar es usted! Venga a verme algún día que tenga tiempo. Me gustaría jugar al póker con usted. Es tan tonto y sus jugadas tan claras, que fácilmente lo desplumaría.

Mason continuó pacientemente:

—Luego, cuando usted bajó a tierra, mi agente le siguió hasta el hotel.

—¡Dios mío, Mason! Seguramente no cree usted que no me di cuenta de ello, ¿verdad? —preguntó Oxman.

—Usted se percató de que le seguía —prosiguió Mason— y trató de ahuyentarlo deteniéndose en la puerta del hotel y mirando ostentosamente hacia atrás.

—Exacto —continuó Oxman—. Ese individuo se metió en una entrada y luego se asomó, vigilando el hotel. Tenía miedo de entrar.

—Pero —señaló Mason— yo había previsto todo eso y tenía otro hombre apostado en el vestíbulo, un individuo que estaba esperándole.

La sonrisa condescendiente del esposo de Silvia no desapareció de sus facciones, pero durante un momento sus músculos se

pusieron tensos. Luego sacó un puro del bolsillo, cortó la punta y rascó una cerilla en la suela de su zapato. Sacó un reloj de otro bolsillo y lo depositó sobre la cama a su lado.

—Mason —dijo—, si está usted hablando para matar el tiempo e impedir que yo llame a la policía, no le servirá de nada. Dentro de tres minutos llamaré al detective del hotel para decirle que usted se encuentra aquí.

—Ahora bien —dijo Mason, sin hacer caso de la interrupción—, llegamos a la parte realmente importante de toda la operación. Usted procuró llamar la atención del empleado nocturno al hecho de que usted depositaba nueve mil quinientos dólares en la caja de caudales. Yo me figuro que usted, Oxman, reunió nueve mil quinientos dólares con el objeto de adquirir esos pagarés. Cuando vio que Grieb había sido asesinado tuvo miedo de que le comprometieran en el crimen, y tuvo especial cuidado en preparar una coartada que demostrase que había realizado la operación con Grieb antes de que lo asesinaran.

»Después, usted meditó, leyó los periódicos matutinos y decidió que había la posibilidad de quedarse con los siete mil quinientos dólares.

Oxman giró el puro a la llama del fósforo para encenderlo mejor, y dijo:

—Mason, no sabe usted mentir; tiene usted una imaginación muy pobre para inventar cosas.

—No invento nada —replicó el abogado—. Puedo probar la operación de los nueve mil quinientos dólares mediante el empleado del hotel. No necesito confiar en los detectives particulares en este punto.

—Sí —dijo Oxman, contemplando la punta del puro con ojos pensativos, pero con la misma sonrisa despectiva en los labios—; podría usted hacerlo. Lo que ha pasado por alto es que tendrá que probar que yo no tenía encima más que nueve mil quinientos dólares cuando fui al barco. En realidad, llevaba diecisiete mil. Después de pagar los siete mil quinientos por los pagarés, me quedaron nueve mil quinientos. Adquirí los pagarés por menos de la mitad de lo que yo esperaba pagar.

Durante un momento los dos hombres fumaron en silencio. Poco a poco, la sonrisa de los labios de Oxman fue ampliándose.

—Verá usted, Mason —dijo—, como abogado debería habersele ocurrido, pero probablemente no se le ocurrió que usted tendría que probar que yo tenía solamente nueve mil quinientos dólares cuando fui a bordo de ese barco. Y no puede usted probar semejante cosa. En realidad, no es así. Yo tenía diecisiete mil dólares.

Mason extinguió la punta de su cigarrillo.

—No comprende usted lo que yo quiero decir, Oxman. No hablo ahora de lo que me propongo demostrar ante un tribunal. Cuando yo salga de aquí, iré directamente a ver a Carter Squires. Le contaré la historia. Squires le ayudaba a usted en este asunto. El sabe cuánto dinero llevó usted al barco. Cuando él sepa que usted intentaba estafarle siete mil quinientos dólares no se alegrará. Según tengo entendido, Squires tiene muy malas pulgas y no es sujeto que le guste que le estafen... Bien, Oxman, han pasado los tres minutos. Telefonee al detective del hotel.

Oxman permaneció sentado inmóvil sobre la cama, con los ojos duros y chispeantes, mirando a Mason con odio y aprensión. No había en sus labios el menor vestigio de una sonrisa.

Mason dijo:

—Perfectamente. Me marchó entonces.

Se dirigió a la puerta. El somier de la cama chirrió cuando Oxman se puso en pie de un salto y corrió hacia el abogado.

—Un momento, Mason —dijo—. Hablemos de este asunto.

Mason giró sobre sus talones.

—¿De qué quiere hablar? —preguntó.

Oxman contestó:

—Anda usted completamente despistado, pero no me gustaría que fuese usted a ver a Squires para contarle una historia como esta.

—¿Bien? —inquirió Mason.

Oxman alzó los hombros y dijo:

—Nada. Simplemente que no me gustaría. Squires no puede perjudicarme, pero él y yo estamos en muy buenas relaciones y me desagradaría que nos indispusiese.

Mason se quedó mirando a Oxman, contemplándole con frío desprecio. Bruscamente sacó los pagarés del bolsillo, los rompió en mil pedazos y entró en el cuarto de baño. Un instante después volvió y dijo:

—Perfectamente, Oxman; olvidaremos lo de las falsificaciones y daremos sus pagarés por buenos.

El rostro de Oxman mostró un súbito alivio.

—Eso es mejor —dijo—. Ya suponía que obraría usted razonablemente. Ahora, ¿qué desea usted?

—Nada —contestó Mason—. Usted puede haber bajado por el corredor hasta aquellas oficinas y puede haber visto a Silvia inclinada sobre la mesa. Puede haber visto los pagarés legítimos sobre la mesa. Lo ignoro. Pero si es verdad, jamás se atreverá usted a reconocerlo, porque esto indicaría que su historia de haber pagado siete mil quinientos dólares a Grieb es una mentira.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Oxman.

—Simplemente esto —dijo Mason sonriendo—. Yo creía conocer la respuesta de este misterio, pero quería asegurarme. Quería averiguar concretamente si Carter Squires podía demostrar que usted tenía nueve mil quinientos dólares solamente cuando fue usted a bordo. Nueve mil quinientos dólares que él le había entregado para adquirir esos pagarés.

»Ahora bien; usted ha reconocido por escrito que vio a Grieb después de haber subido a bordo. Pretende haber comprado esos pagarés de él. Los tiene usted en su poder. Ha permitido que los reporteros los fotografiasen. Y volvió de ese barco con la misma cantidad de dinero con que se fue; nueve mil quinientos dólares. ¡En ese caso, según su historia, usted debe haber sido la última persona que vio a Grieb vivo! Recibió por valor de siete mil quinientos dólares en pagarés y no le pagó un céntimo. La respuesta es que discutió con Grieb, le disparó un tiro en la cabeza y se apoderó de los pagarés. Caso de que le interese, señor Frank Oxman, su esposa comparecerá ante el tribunal federal, examinará esos pagarés y sin titubear los identificará y declarará que son los pagarés que ella dio a Sam Grieb. Esto le costará a ella siete mil quinientos dólares, pero el que lo ahorquen a usted por asesinato los valdrá sobradamente.

Mason se encaminó hacia la puerta y descorrió el cerrojo. Se volvió en el umbral para mirar a Frank Oxman.

El rostro de Oxman parecía consternado.

—¡Dios mío, Mason! —exclamó—. Usted no puede hacer eso. Usted no haría...

Mason salió al pasillo, medio cerró la puerta tras de sí, sonrió y dijo:

—Y no creo que me interese jugar al póker con usted, Oxman. No me serviría de nada ganarle hasta la camisa. Es demasiado pequeña para un hombre de verdad. Buenos días.

Mason cerró con violencia la puerta, bajó por el pasillo hasta la escalera, descendió dos pisos y llamó a la puerta, pero esta no se abrió.

—Muy bien, Silvia —dijo Mason en voz baja—; abra.

Ella abrió la puerta y le miró con ojos llenos de ansiedad y aprensión.

—Ya no tiene que temer nada de su marido —anunció Mason.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho usted?

—Le he obligado a ponerse a la defensiva —contestó Mason, ceñudo—. Y en mi opinión, ya no la molestará más.

—Dígame lo que ha hecho usted.

—Le expliqué que, tal como aparecía la situación, él fue la última persona que vio a Grieb vivo —contestó el abogado—. Esa nota por escrito que dio a la Prensa le coloca en un aprieto. Ahora es él quien ha de procurar escabullirse. A propósito, Silvia, él se hospeda en una de las habitaciones de este hotel.

Ella retrocedió un paso.

—¿Dónde está?

—Aquí, en este hotel, arriba, en el número quinientos diecinueve. ¿Cómo vino usted a parar aquí?

—Porque... porque vinimos una vez aquí cuando huíamos de algunas personas a quienes no queríamos ver. No queríamos estar en casa, y... ¡Oh, ya debería haberme figurado que él vendría aquí! Este es el hotel donde él suele hospedarse... ¿No le dijo usted que yo estaba aquí?

—No, desde luego que no.

—¿Cree usted que él lo sabe?

—Lo ignoro. Puede haberla visto a usted en el vestíbulo. ¿Alguno de los «botones» sabe quién es usted?

—No, no lo creo.

—Bien —dijo Mason—. Sería mejor que esperase aquí hasta ver qué sucede. Tenga la puerta cerrada con llave, y si alguien llama no responda, a no ser que usted sepa quién es.

Ella se sentó al borde de la cama, como si le flaqueasen las piernas.

—No quiero quedarme aquí —dijo—. Quiero marcharme.

—No, Silvia; será lo peor que podía usted hacer. Recuerde que la policía la anda buscando. No se atreva a ir a otro hotel. Creo que Frank se marchará de aquí antes de una hora.

Ella miró la alfombra; luego, de pronto, alzó los ojos y dijo:

—Señor Mason, ¿por qué está usted haciendo esto por mí?

—Quiero que no cometan una injusticia con usted —contestó el abogado.

—¿Por qué?

—Verá; es usted casi una cliente —respondió Mason en tono casual.

—Dijo usted algo por el estilo en otra ocasión. Ahora quiero saber por qué —y como Mason no contestara, ella prosiguió—: Les vi a usted y a otro hombre subir a bordo del barco la otra noche, cuando fui a hablar con Grieb acerca de los pagarés. Tuve entonces la impresión de que todo el mundo me miraba de una manera extraña cuando yo llegué. Ahora me doy cuenta de lo que debió ser.

—¿El qué? —preguntó Mason.

—Había estado usted intentando recuperar esos pagarés —contestó Silvia—, y... debió ser la abuela Matilde quien le entretuvo.

—¿Qué le hace pensar en eso? —preguntó el abogado.

—Me hace usted preguntas —acusó Silvia— para no tener que contestar a las mías. Ahora escuche, señor Mason, voy a decirle algo: si ella fue allí creyendo que podría surgir algún accidente, ella habría llevado un arma. Creo que usted debe saber esto. Esa señora ha llevado un arma desde hace diez años, y mucha gente conoce esa costumbre. Bromean con ella al respecto. En consecuencia, no se sorprenda si...

—¿Qué clase de arma? —interrumpió el abogado—. ¿Una pistola automática o un revólver?

—No lo sé... Puede haber sido una pistola automática.

—Muy bien —dijo el abogado—. Me cuidaré de este asunto del arma. Pasando a otra cosa; es casi imposible que su esposo viniese a este hotel porque supiera que usted estaba aquí. Tenga la puerta cerrada con llave. No importa lo que suceda, no abra esa puerta a

menos que sea yo quien llame. Entretanto, si me necesita, puede telefonarme a Vermont ocho, siete, seis, nueve, dos. Este es mi escondrijo. No me llame a menos que se trate de algo grave y urgente, y no le diga a nadie ese número bajo ninguna circunstancia. ¿Comprende?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Recordará el número?

Ella sacó un lápiz de su bolso y empezó a escribir.

Mason dijo:

—No lo escriba así. Escriba ochenta y siete V seis, nueve dos. Así cualquiera que lo vea creerá que se trata de la matrícula de un automóvil.

Ella anotó el número de la manera que el abogado le indicaba; luego se incorporó y apoyó la mano sobre su brazo.

—No sé cómo agradecerle lo que está haciendo por mí.

Él le palmoteó el dorso de la mano y dijo:

—No lo intente.

—Dígame: ¿hay posibilidades de que condenen a Frank por este asesinato?

—Hay muchas posibilidades —dijo Mason—, si en verdad se trata de un asesinato.

—¿Qué le hace decir eso?

—Tengo un testigo que opina convencido que Grieb se suicidó.

Ella meneó lentamente la cabeza y dijo:

—Sam Grieb no habría hecho nunca semejante cosa. Lo mataron.

—Bien. Pero tal vez no convenga que las autoridades crean que se trata de un suicidio.

Ella dijo lentamente:

—No deje que ellos acosen demasiado a la abuela... ella... Procure que ellos concentren la atención sobre Frank Oxman, si usted puede.

—¿No le importa a usted lo que le pueda ocurrir a Frank Oxman? —preguntó el abogado.

—No, no le tengo que agradecer nada. De todos modos, es usted el abogado de la abuela. No debe permitir que la acusen.

—Un momento —dijo el abogado en tono significativo—. Si yo represento a un cliente inocente, probaré que este cliente es

inocente. Si en alguna ocasión representase a un cliente culpable que me engaña y miente, y descubro las mentiras, será peor... para el cliente... Así obro yo, Silvia.

Salió rápidamente al corredor y cerró la puerta.

Capítulo 14

Mason telefoneó a Paul Drake desde un establecimiento.

—¿Todavía tiene algunos agentes vigilando a Oxman, Paul? —preguntó cuando Drake respondió a la llamada.

—Sí. ¿Por qué?

—Tengo la impresión de que va a poner pies en polvorosa.

—No se atreverá —dijo Drake—. El...

—No se atreverá a no hacerlo —interrumpió Mason—. Está en un aprieto y no se atreverá a dejarse ver hasta que haga las paces con Squires. Ahora bien, cuando se escabulla, quiero saber adónde va. Sabe perfectamente que le siguen los pasos. Intentará burlar la vigilancia a que le tenemos sometido. Quiero que se haga con la máxima discreción, es decir, que él no sospeche nada, y que tenga la sensación de que ya no le siguen.

—¿Quiere decir que desea que suspenda la vigilancia?

—No. Quiero que le sigan, pero si él cree que ha burlado a los agentes, será mucho más fácil de controlar. Por lo tanto, ponga un par de agentes a quienes se pueda despistar fácilmente, y luego ponga otros que puedan continuar la vigilancia... ¿Comprende?

—Comprendo —contestó el detective—. Ahora escuche. Tengo que decirle algo. Della Street comunica que la señora Benson se ha puesto en contacto con ella y desea verle a usted. Irán al piso de Della. ¿Puede usted encontrarse con ellas allí? Della dice que se trata de algo muy importante.

—Perfectamente —contestó Mason—. Voy allá inmediatamente. ¿Qué más hay de nuevo?

—He obtenido algunas microfotografías de la bala fatal —dijo Drake—. Corresponde a la bala que Manning sacó del madero del buque. Esto significa que Grieb fue muerto con su propia arma. Esto parece darle a usted una salida, Perry.

—Así es —dijo Mason—. Pero hay algunos cabos por atar antes

de que el Jurado federal inicie las investigaciones. Entretanto, iré a ver a Della Street; usted siga vigilando a Frank Oxman. Este se ha colocado en una situación en que ha hecho algunas cosas que no puede explicar. Realmente, podemos hacer recaer las sospechas sobre él.

—Esto no servirá mucho tiempo —dijo Drake—. En realidad, él no es culpable de nada, ¿no es verdad?

—¡Quién sabe! —dijo Mason—. De todas formas se ha puesto en un aprieto al querer estafar siete mil quinientos dólares. Me pondré en contacto con Della.

—En caso de que le interese, le aviso que hay todo un ejército de detectives acampados alrededor de mi oficina —dijo Drake—. Están esperando a que usted venga por aquí.

—Me tiene sin cuidado —repuso Mason, alegremente—. Pronto le veré, Paul.

—Muy bien —dijo Drake—, quizá le den a usted la celda de al lado.

Mason colgó el receptor, salió del locutorio y se dirigió en coche a la casa de Della Street. Fue al instante a su cuarto y empezó a preparar precipitadamente una maleta. Estaba doblando torpemente unos pijamas cuando oyó un golpecito en la puerta que comunicaba con el cuarto de Della. Descorrió el cerrojo y se encontró mirando los ojos ansiosos de Della y los grises y agudos de Matilde Benson.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Della con ansiedad.

Mason sonrió tranquilizadamente.

—Vamos haciendo progresos satisfactorios —contestó—. Entren y tomen asiento.

Matilde Benson le dio la mano.

—Quiero darle las gracias —dijo—. Ningún otro hombre que yo conozca habría hecho lo que usted está haciendo.

—Ha hecho demasiado —dijo Della—. Siempre hace demasiado. No debería comprometer su carrera por ningún cliente que se encuentre en un apuro, y ningún cliente tiene derecho a exigir que él se arriesgue como lo hace.

La señora Benson se acomodó sonriendo en una butaquita.

—Es inútil cerrar la puerta de la cuadra cuando el caballo ya ha sido robado —observó—. Lo hecho, hecho está.

—¿Cómo se marchó usted de aquel barco? —interrogó Mason.

Ella sonrió.

—No tiene nada de particular. Algunos miembros de la tripulación echaron una cuerda por la popa para que la gente se descolgase pagando veinte dólares por cabeza. Doce personas se marcharon de ese modo.

—¿Doce personas se marcharon así? —preguntó Perry Mason.

Ella movió afirmativamente la cabeza, abrió su bolso, sacó su cigarrera, cortó la punta de un puro, sacó una caja de cerillas de las del barco, y dijo:

—Por lo menos doce. Al parecer, es el punto de reunión de algunas parejas mixtas.

—¿Qué quiere decir por parejas mixtas?

—Maridos que tienen sus mujeres mezcladas y viceversa —explicó ella—. Cuando un hombre casado sale de juerga con una rubia y tiene miedo de toparse con las amistades de su mujer, suele elegir el barco como lugar elegante para comer, beber y divertirse un poco.

Se interrumpió para soltar una risita, rascó una cerilla y encendió el puro.

—¿Qué me dice del abrigo? —preguntó con interés Mason.

—Tiré el mío al mar. Creí que se hundiría, pero por desgracia se enredó en la cadena del ancla. Mala suerte. De lo contrario, jamás habrían sabido que yo había estado a bordo. Teniendo el abrigo como pista, han realizado una investigación y están dispuestos a detenerme en cuanto me echen la vista encima.

»La aventura de burlar a los agentes fue muy divertida. Jamás vi nada tan cómico como el aspecto de aquellos juerguistas asustados descolgándose por el costado del barco por una cuerda. La tripulación se divertía mucho. Pero ellos estaban asustados.

—¿De modo que todos se escaparon?

—En efecto. Desplegaron la lancha del costado del barco y no pusieron el motor en marcha hasta que se alejaron bastante. Yo abrigaba el propósito de dar un nombre y unas señas falsas, pero no me dio resultado. Los agentes exigían documentos de identidad. Por lo tanto, me escabullí cortésmente.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Me escondí, naturalmente. Ahora quiero ver a Silvia. Usted sabe dónde está. Quiero hablar con ella.

—Sería peligroso para usted el verla ahora —dijo Mason lentamente—. La buscan a usted y sería muy fácil que la reconocieran por la descripción que han dado de usted, ya que...

Se interrumpió cuando un teléfono empezó a repiquetear:

Della Street descolgó el receptor y dijo:

—¡Diga...! —Al cabo de un momento—: ¿Quién dice que desea hablarle? Muy bien; un momento, haga usted el favor.

Se volvió a Mason y movió afirmativamente la cabeza. El abogado se arrimó el receptor al oído y oyó la voz medio histérica de Silvia Oxman, que decía:

—¡Ha ocurrido algo terrible!

—¿Qué? —preguntó Mason—. Calma y dígame de qué se trata.

—Yo estaba echada en la cama, leyendo, cuando alguien tiró algo por la parte de arriba de la puerta. Cayó en el suelo... Es un arma... una pistola automática del treinta y ocho.

—¿La recogió usted? —preguntó el abogado.

—Sí. Estaba asustada.

—¿Dónde está ahora?

—Aquí, sobre mi tocador. ¿La hago desaparecer o...?

—Prepárese a recibir a la policía —advirtió el abogado—. Los agentes llegarán dentro de unos segundos. No haga ninguna declaración a nadie. Y...

—Alguien llama a la puerta ahora —anunció ella.

—¡Cuelgue el teléfono! —ordenó Mason.

Depositó el receptor en el gancho, se volvió hacia Della Street y dijo:

—Han tendido una celada a Silvia. Alguien ha tirado una pistola en su habitación. La policía está llamando a la puerta. Ella se espantó y telefoneó aquí. Averiguarán dónde ha telefoneado, pedirán los coches de la radio y empezarán a registrar esta casa. ¡Vámonos!

Empezó a tirar sus efectos personales en la maleta.

Matilde los sacó, los dobló cuidadosamente y terminó de preparar la maleta con rapidez y eficacia.

—No espere, jefe —le dijo Della Street—. Parta usted. No se preocupe de la maleta.

—No comprende usted —repuso Mason—. Si ellos encuentran la maleta aquí, la detendrán a usted como cómplice. Hay que evitar a

toda costa que la policía sospeche que usted sabía que yo estaba escondido aquí. Esto se va agravando por momentos.

Se interrumpió al oír un golpe en la puerta de la habitación de Della Street.

El abogado y su secretaria se contemplaron un momento, consternados.

Matilde Benson terminó calmosamente de llenar la maleta.

El golpe se repitió y una voz gritó:

—¡Abran! ¡Abran a la policía! Tenemos una orden de registro de este piso.

—Muy bien —cuchicheó Della Street—. Yo entraré allí y les dejaré registrar. Tenga usted esa puerta cerrada con llave y...

—Es inútil —dijo Mason—. Seguirán registrando hasta que me encuentren. No hay más que una cosa para no complicarla a usted. Déjelo de mi cuenta. Vamos, Della.

Matilde cerró la maleta y preguntó:

—¿Es necesario que ellos sepan que yo estoy aquí?

—No, si puede escabullirse —le respondió Mason.

Repitieron la llamada por tercera vez, y el golpe hizo temblar la puerta.

—Tenemos que cerrar con llave la puerta de comunicación por este lado —indicó Mason—. No puede usted dar ninguna explicación del porqué tiene usted la puerta abierta, Della.

Matilde los empujó hacia la puerta.

—Entren ahí —dijo—; yo cerraré con llave la puerta de este cuarto.

Mason cogió su maleta, entró en la habitación de Della Street, tiró su gabán sobre el respaldo de una silla, se puso el sombrero y dijo:

—Un momento, muchachos. No hagan tanto ruido.

Oyó chirriar el cerrojo de la puerta de comunicación con el otro cuarto, abrió la puerta de la habitación de Della Street e hizo una cortés reverencia a los tres hombres que había en el corredor.

—Esto es un placer inesperado —dijo.

Uno de los agentes avanzó y preguntó:

—¿Es usted Perry Mason?

—Sí.

Entregó al abogado un papel oblongo y doblado.

—Una citación para comparecer ante el Jurado Federal —explicó—, y, además, puedo decirle que queda usted detenido.

—¿Acusado de qué?

—De complicidad en un delito y de sospechas de un asesinato.

Los agentes penetraron en la habitación.

Della Street permanecía junto a la ventana, con los ojos alarmados. Uno de los agentes se aproximó a ella y dijo:

—Ahora escucharemos sus explicaciones. ¿Sabía usted que su jefe era un fugitivo de la Justicia mientras usted le daba cobijo? Usted...

Mason interrumpió:

—No sea tonto. Ella no me estaba dando cobijo. Yo me disponía a tomar un aeroplano. Pasé por aquí con el objeto de darle algunas instrucciones.

—Eso dice usted —gruñó el agente, en tono burlón.

Mason señaló con un gesto su gabán que estaba en el respaldo de una silla, y la maleta.

—Véalo usted mismo —invitó.

Los agentes cambiaron una mirada. El jefe del grupo dijo:

—Dé un vistazo a esa maleta, Bill.

Pusieron la maleta sobre una silla, desataron las correas y alzaron la tapa.

—Aquí hay ropas —dijo uno de los agentes de policía.

—Preparó la maleta después que nosotros empezamos a llamar —dijo el jefe, con voz irritada.

Mason sonrió.

—Parece que se ha embalado muy bien en cinco segundos, ¿no es verdad?

—Tardó usted bastante en abrir la puerta.

—Estaba dando a mi secretaria unas instrucciones finales —explicó Mason, encendiendo un pitillo.

—Bien embalado está —asintió Bill—. Todo doblado y...

—No se preocupe de los comentarios, Bill —interrumpió el jefe—. ¿Y la habitación contigua? Hemos sabido que usted la ha alquilado.

—¿La habitación contigua? —preguntó Della enarcando las cejas.

—Cállese, Della —advirtió Mason.

El jefe de los agentes le dirigió una mirada agresiva.

—Es así, ¿eh? —gruñó.

—Es así, —contestó Mason, pausadamente.

El jefe dijo a sus subordinados:

—Si esta puerta está cerrada con llave, echadla abajo.

—¿Tiene un mandato de registro? —inquirió Mason.

Nadie hizo caso de la pregunta. Dos de los agentes empujaron la puerta. Esta se abrió.

Matilde Benson, con sus ropas colocadas en el respaldo de una silla, estaba echada sobre la cama, con las almohadas bajo la cabeza y un puro en la boca. Alzó la vista y preguntó:

—¿Por qué diablos no llamaron ustedes?

Los agentes retrocedieron llenos de sorpresa. El jefe del grupo avanzó y dijo:

—Perdone. Tenemos una orden para registrar este cuarto. Tenemos motivos para creer que se alquiló para esconder a Perry Mason.

Matilde Benson exhaló una bocanada de humo y dijo con aspereza:

—Usted no tenía ningún motivo para creer nada por el estilo. Este es mi cuarto. Perry Mason es mi abogado. Yo quería estar al lado de su secretaria, y en consecuencia ella me dio la habitación. Yo estoy muy cómoda aquí. Y, aparte toda molestia, protesto de que se me interrumpa mi fumar matutino.

El jefe de los agentes titubeó. Luego dijo:

—Echad un vistazo, muchachos.

—Para el caso de que usted no lo sepa —observó la señora Benson—, esto es un atropello incalificable.

Se puso la sábana alrededor del cuello, arregló las almohadas como pudo y calmamente continuó fumando su puro.

Los agentes registraron rápidamente la habitación.

—De modo que se levantó y desayunó, ¿eh?

Matilde alzó las cejas.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó—. ¿El doctor Watson... o fue el mismo Sherlock Holmes?

Alguien rió.

—¿Dónde están sus efectos personales? —preguntó el jefe.

—Todavía no los he traído.

—¿Y también tiene la costumbre de quemar las tostadas de pan, dejar el tocino en el horno y dejar endurecer los huevos pasados por agua? —preguntó, receloso, el jefe.

—A ninguno de mis maridos les gustó gran cosa mi manera de cocinar. —Pensativamente examinó la punta de su cigarro, alzó unos ojos grises y firmes para mirar en los del policía, y añadió con una sonrisa—: Pero esta es la única queja que jamás tuvieron, joven.

El policía la miró silencioso y estupefacto. Luego, con súbita determinación, dijo:

—Levántese y vístase. Irá usted al despacho del fiscal para que la interrogue. Usted también, señorita Street. Bill, telefonee al fiscal y avise que llegaremos enseguida. Dígale que mande detener a los otros.

Capítulo 15

Basil Wilson, el fiscal federal, entró en la sala y saludó cortésmente con un movimiento de cabeza. Dos alguaciles estaban apostados en la puerta.

Wilson, un hombre de unos cincuenta y cinco años, con un bigotito gris y profundas bolsas en sus ojos de aspecto cansado, dijo en tono de voz profunda que llenó la sala con su resonancia musical:

—Veamos si estamos todos aquí: Silvia Oxman, Paul Drake, Arthur Manning, Matilde Benson, Dick Perckins, Jorge Belgrado, Della Street, Perry Mason, Charlie Duncan y Frank Oxman.

—Frank Oxman no está aquí —dijo uno de los alguaciles de la puerta—. No está en su habitación del hotel. Debe haberse escabullido por la puerta trasera. El empleado jura que no pasó por delante del mostrador de la oficina.

El señor fiscal mostró su irritación.

—Lo necesitaremos —declaró—. Es un testigo material. Podemos establecer un caso sin él, pero su testimonio corrobora la prueba circunstancial. ¡Captúrenlo!

—Esperamos localizarlo de un momento a otro —dijo el alguacil, con voz poco segura.

—Bien, tenemos su declaración firmada y conocemos su historia —observó el fiscal—. Para el objeto de esta encuesta, daremos por ciertas sus manifestaciones. Está citado y si trata de escabullirse, tanto peor para él cuando lo capturemos.

Mason dirigió una mirada sigilosa a Paul Drake. El detective cerró lentamente sus ojos vidriosos y casi imperceptiblemente movió afirmativamente la cabeza. Mason se arrellanó en su butaca.

Basil Wilson dijo:

—Quiero que todos ustedes se den cuenta de la situación en que se encuentran. No estoy formulando ninguna acusación concreta

contra nadie en este momento, pero creo que es debido a la influencia que el señor Mason ejerce sobre algunos de ustedes el que hayan estado jugando contra la Ley. No pueden ustedes hacer tal cosa y salir indemnes. Todos ustedes están citados para comparecer ante el Gran Jurado Federal que funciona ahora. No hago ninguna promesa de inmunidad, ni tampoco estoy haciendo ninguna concesión, pero los he convocado a este despacho para decirles que todos y cada uno de ustedes comparecerán ante el Jurado Federal para declarar. No abrigo la intención de ser demasiado duro con los que inocentemente han seguido los consejos de un abogado.

»Pueden ustedes mejorar su situación ante el Gran Jurado si me dicen francamente ahora todo cuanto saben del asesinato de Grieb.

Mason encendió un cigarrillo y dijo alegremente:

—Bien, si yo voy a ser la víctima propiciatoria en este caso, deberían permitirme decir algo en mi defensa.

El fiscal replicó con aspereza:

—No tengo gran interés en recibir su declaración, señor Mason. Yo sé lo que usted ha hecho. Se ha hecho usted cómplice de un delito.

Mason replicó:

—Convendrá usted conmigo en que no puedo ser cómplice de un delito, si la persona a quien he ayudado es completamente inocente del crimen de que se le acusa.

La boca de Wilson, bajo su bigotito gris, se tornó dura.

—Sí —dijo en tono ominoso—, usted cree que puede encontrar una salida legal para Silvia Oxman. Sus anteriores victorias, que en su mayor parte han sido debidas a la suerte, le han tornado a usted indebidamente optimista.

Mason agitó la mano en un gesto de indiferencia, como si apartara a un lado el comentario del fiscal.

—La pistola —dijo— que los agentes encontraron en la habitación de Silvia fue colocada allí por alguien que sabía que ella estaba en el hotel y que la tiró por la claraboya del cuarto. Busquen al que hizo eso y encontrarán al asesino.

—Ya hemos oído esa historia —replicó Wilson— y está usted en libertad para esgrimir este argumento delante de un Jurado, si gusta. Opino que hasta el miembro masculino más impresionable

considerará que esa explicación es demasiado fantástica para tomarla en serio.

Mason hizo una seña a Manning.

—Muy bien, Manning —dijo—, hable usted.

Manning enarcó las cejas y dijo:

—¿Quiere usted decir...?

—Sí —interrumpió el abogado—. Quiero decir que les diga lo que sabe.

Manning suspiró profundamente.

—Sé —declaró—, que Sam Grieb se suicidó.

—¿El qué? —exclamó Basil Wilson.

—Se suicidó.

—¡Imposible! —dijo el fiscal.

—Continúe, Manning —dijo Mason—, y dígame al señor fiscal lo que usted me dijo a mí. Dígalo con toda la brevedad posible.

—Pues bien —empezó Manning—; fue así: Sam Grieb tenía una pistola automática del calibre treinta y ocho en el cajón superior de la mano izquierda de su mesa. Él era zurdo. Había estado utilizando o apropiándose los fondos de la sociedad. Cuando se enteró Charlie Duncan se proponía llamar a un liquidador y hacer que revisaran los libros. Entonces Grieb sacó la pistola del cajón de la mesa y se pegó un tiro. Me desagrada sobremanera decir esto, pero...

—No importa —dijo Mason—. Continúe, y termine su declaración.

—Pues bien —prosiguió Manning—, sucedía esto: Grieb y Duncan se aseguraron conjuntamente. La Compañía de Seguros no pagaría nada si el asegurado se suicidaba antes de transcurrir el plazo de un año; pagaría veinte mil dólares si moría de muerte natural y cuarenta mil si moría a consecuencia de un acto de violencia. Charlie Duncan encontró que Sam Grieb se había suicidado y pensó al instante que representaría cuarenta mil dólares de diferencia si pudiera hacerlo aparecer como un asesinato. En consecuencia hizo que Mason y el alguacil salieran del despacho mientras él recogía el arma de Grieb, de donde había caído, debajo de la mesa, y fue a tirarla al mar.

El fiscal frunció el ceño a Manning y dijo:

—¿Comprende usted lo que está diciendo?

—Desde luego —replicó Manning.

—¿Posee usted alguna prueba o es simplemente una suposición?

—Puede considerarlo usted mismo —dijo Manning—. Grieb fue muerto por su propia arma. Charlie Duncan se cuidó de encontrarse solo en el despacho con el cadáver.

—¡No, de ninguna manera! —interrumpió Duncan—. Mason, usted tendrá que reconocer que yo oprimí el timbre que dio la señal a Manning para entrar antes de que usted saliera del despacho, ¿no es verdad?

—Sí —asintió Mason—. Así es.

—¿Y cuánto tiempo transcurrió después que las luces de señales continuaron encendidas antes de entrar usted en el despacho? —preguntó Duncan.

—Pues, un buen rato —contestó Manning.

—No más de seis a ocho segundos, ¿no es cierto?

—No sé con exactitud cuánto tiempo, pero...

—¿Dónde estaba Perry Mason cuando usted se dirigió al despacho?

—Acababa de salir de allí. Perkins lo tenía esposado.

—Y no tardó usted más de cuatro o cinco segundos en acudir a mi llamada, ¿no es cierto?

—Exacto. Pero usted tuvo tiempo suficiente para tirar una pistola al mar, y yo puedo probar que Sammy Grieb fue muerto con su propia pistola.

—¿Cómo? —inquirió Duncan.

—¿Recuerda aquella ocasión en que usted y Sammy dispararon repetidamente sobre aquella lata debajo del casino?

—Sí, ¿y qué?

—Yo recogí las balas. Fueron disparadas por la misma pistola que mató a Sammy. Y usted sabe que estaba usando la pistola de Sam en aquel tiro al blanco.

—Perfectamente. ¿Y qué si lo hacíamos? —preguntó Duncan—. Eso no prueba nada. Y está usted muy seguro acerca de esa póliza de seguros.

—Yo estaba presente en el despacho cuando usted firmó las pólizas —replicó Manning—. Tal vez usted no lo recuerde, pero yo estaba de pie al lado...

Duncan le interrumpió:

—En efecto, usted estaba presente, Arthur. Firmamos la solicitud

pero Sam no pudo pasar el examen médico y en consecuencia no emitieron esas pólizas.

El rostro de Manning mostró consternación.

—¿Quiere decir que no se aseguraron?

—Eso mismo —dijo Duncan—. Era completamente igual para mí, el que Sam hubiese sido asesinado o se suicidase.

El fiscal lanzó una mirada a Perry Mason y se permitió una sonrisa.

—Así —dijo— esto parece aclarar y terminar esa fase de la encuesta. Y estoy dispuesto a admitir que Grieb fue muerto por su propia pistola. Nuestros expertos balísticos han disparado unos tiros de prueba con el arma que encontraron en la habitación de Silvia Oxman cuando ella fue detenida, y no hay duda de que se trataba de la pistola con que se cometió el asesinato. Ahora bien, si usted quiere probar que era la pistola de Grieb, tanto mejor. Esto simplemente explica las huellas dactilares dejadas por Silvia Oxman cuando se inclinó sobre la mesa del despacho. Ella apoyó la mano izquierda en la mesa cuando sacó el arma del cajón de la derecha.

Perry Mason preguntó:

—Bien, entonces, ¿y Oxman?

—¿Qué quiere decir? —dijo Wilson.

—¿Por qué huyó?

—Probablemente porque temía a la publicidad. La declaración concuerda en todos los detalles con el testimonio del señor Belgrado.

Belgrado movió afirmativamente la cabeza, frunció el ceño, carraspeó y dijo:

—Perdone, señor Wilson.

El fiscal arrugó la frente.

Mason instó:

—Continúe, Belgrado.

Este dijo con aire de importancia:

—Yo vigilaba a Silvia Oxman. La vi entrar en la oficina. Mientras ella estaba allí, Frank Oxman bajó por el corredor, precisamente como él manifestaba que hizo. Luego se volvió él y salió de nuevo. Después de haber salido de él, entró el señor Mason. Entonces Silvia salió y anduvo por el casino. Después Charlie Duncan salió, y Silvia Oxman subió a cubierta. Yo seguí por

cubierta y la vi...

—Un momento —interrumpió Duncan—. Usted estaba donde podía ver la entrada a las oficinas, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo tardé yo en salir después de haber salido Mason y Perkins?

—Unos cuantos segundos nada más.

—¿Un minuto? —preguntó Duncan.

—No, Charlie; no creo que llegase a un minuto.

—Usted ve —dijo Duncan al fiscal—; esto corrobora mi declaración de que...

—¡Tonterías! —interrumpió Mason—. Si usted estuvo allí sólo tres segundos, tuvo tiempo más que sobrado para tirar un arma por la ventanilla de babor al mar.

Basil Wilson dijo:

—Creo que, en cuanto se refiere a esta oficina, Duncan, usted queda excluido de esto. Todo indica que Silvia Oxman es la persona culpable. ¿Quiere hacer alguna manifestación, señora Oxman?

—No —dijo Mason—; ella no quiere hacer ninguna declaración.

Wilson frunció el ceño a Mason.

—¿Debo entender que usted, como abogado de la señora Oxman, le aconseja que no haga ninguna declaración?

—Exacto.

—El Jurado Federal —declaró Wilson fríamente— tendrá esto en consideración.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Perfectamente —dijo—. Verá usted, Wilson, ella no puede hacer ninguna declaración sin complicarme a mí.

El fiscal cogió un legajo.

—Bien, entraremos en la sala del Jurado y... ¿Qué acaba usted de decir?

—He dicho —repitió el abogado, asomando a sus labios una sonrisa— que ella no puede hacer ninguna declaración sin complicarme a mí.

—Creo comprender lo que usted quiere decir —dijo Wilson—; pero si usted quiere explicar algo más claramente sus palabras, estoy dispuesto a escucharle.

Mason dijo:

—Silvia Oxman fue al barco a ver a Sam Grieb. Encontró la puerta de la oficina entornada. Empujó y encontró a Sam Grieb ya muerto. Él estaba sentado a su mesa exactamente en la misma posición en que los agentes encontraron posteriormente el cadáver. Los tres pagarés que ella le había dado, por valor de siete mil quinientos dólares, estaban en un ángulo de la mesa. En ese momento, ella se alarmó por el ruido hecho por una señal eléctrica que indicaba que alguien bajaba por el corredor. Como he dicho, se alarmó y no sabiendo qué hacer, se volvió y entró corriendo en el despacho exterior y se sentó, fingiendo que esperaba una ocasión para ver a Grieb. Un momento después yo entré en aquella oficina y la encontré allí. Ella tenía una revista en la mano. Le dije algo y luego, observando que la puerta interior estaba entornada, la abrí del todo de un pequeño empujón y entré...

—Un momento... un momento —interrumpió el fiscal, pulsando frenéticamente el timbre que había a un lado de la mesa—. Quiero que esta declaración se tome taquígráficamente.

Paul Drake miró a Mason, con una expresión de sobresalto e incredulidad en su rostro.

Duncan lanzó una mirada de triunfo a su alrededor y encendió un puro.

Un hombre con un libro de notas y una pluma estilográfica entró precipitadamente. El fiscal dijo, señalando con un dedo a Perry Mason:

—Este es Perry Mason, el abogado. Está haciendo una confesión. Tome nota.

—¿Una confesión? —preguntó Mason.

—Continúe —invitó el fiscal—. Ya ha confesado usted que abrió la puerta. Ha confesado que Silvia Oxman estaba en la oficina exterior en aquel momento y que había estado en el despacho particular. ¿Ustedes, señores, han oído esa declaración?

Los ojos de Wilson recorrieron el círculo de rostros y recibió grandes movimientos de cabeza en señal de asentimiento.

—Anote —dijo al taquígrafo—, que todas las personas reunidas aquí respondieron afirmativamente.

—Anote también que yo he movido la cabeza afirmativamente —indicó Mason sonriendo, al parecer divirtiéndose enormemente—. Bien, como decía, entré en el despacho interior y encontré el

cadáver de Grieb echado sobre la mesa. Alcancé a Silvia Oxman en el momento en que ella abandonaba la oficina. Ella confesó que había estado allí antes. Le dije que saliera. Cuando se hubo marchado, abrí el cajón de la mesa de Grieb, deposité siete mil quinientos dólares, el valor de los tres pagarés que Silvia Oxman había firmado, apliqué una cerilla a los pagarés y los quemé.

—¿Qué? —preguntó el fiscal, con los ojos un tanto dilatados.

—Los quemé.

—¿Ignora que estaba cometiendo un delito al hacer tal cosa, señor Mason?

Mason alzó las cejas y contestó:

—No. ¿Qué delito?

—Cometiendo un hecho delictivo.

—¿En qué sentido?

—Esos pagarés facilitaban el móvil del asesinato.

—¿Sí? —murmuró Mason—. Desde luego, eso es una noticia para mí.

—Y al destruirlos, destruía usted una prueba. También es culpable usted de un delito al coger indebidamente esos pagarés.

—Personalmente —dijo Mason—, no creo que fueran prueba de nada. Por consiguiente, no era culpable de nada cuando los destruí. Además, no los cogí: los pagué.

—Un momento —dijo Wilson, frunciendo el ceño—. Esto no concuerda con las manifestaciones de Oxman.

—¡Exacto! —asintió Mason, tranquilamente.

—Temo —dijo el fiscal— que en lo que respecta al Gran Jurado Federal, señor Mason, ellos se inclinarán a aceptar la palabra de Oxman antes que la de usted.

Mason se encogió de hombros.

—Perfectamente. Que lo hagan. Pero no creo que acepten la declaración escrita de Oxman con preferencia a mi palabra. Sería mejor que Oxman compareciera para confirmar su historia si quiere que la crean totalmente.

—No deseo discutir este asunto, señor Mason. ¿Tiene que declarar algo más?

—Sí —continuó el abogado, pausadamente—. Poco después de haber destruido los pagarés, una señal eléctrica en la oficina anunció que alguien bajaba por el corredor. Penetré en la oficina

exterior y me escondí tras la puerta en el momento en que Duncan y Perkins entraban en el despacho. Creo que el señor Duncan ha explicado correctamente lo que ocurrió después... Oh, sí, hay algo que quiero señalar: usted recordará, Perkins, que Duncan se dirigió a la cámara acorazada, diciendo que quería abrirla. Asíó el pomo de la puerta y giró la manivela de la combinación. Usted le aconsejó que no lo hiciera.

—Exacto —corroboró Perkins.

—¿Es verdad? —preguntó Mason a Duncan.

Duncan masticó su puro un segundo o dos, y luego movió lentamente la cabeza y respondió:

—Sí, es verdad. Yo quería mirar en el interior de la cámara acorazada y ver lo que había ocurrido a esos pagarés.

Mason sonrió al fiscal y dijo:

—Pues bien, ahí tiene usted su caso de asesinato.

—¿Qué quiere usted decir? —interrogó el fiscal.

—¡Santo cielo! —exclamó Mason—. ¿Acaso tengo que trazar un dibujo? ¿No lo ve todavía?

El fiscal enrojeció y dijo con tono lleno de dignidad:

—Veo, señor Mason, que según su propia confesión se ha hecho usted cómplice después del crimen. Ha ayudado usted a Silvia Oxman a escapar. No ha cumplido usted con su deber de abogado.

Mason encendió un cigarrillo, sonrió y preguntó:

—¿Dónde estaba Manning?

Duncan dijo:

—Usted sabe dónde estaba Manning. Estaba en la sala de juego. Y tan pronto como yo toqué el timbre, e hice la señal, llamándole, entró en la oficina. ¿No es cierto, Arthur?

—Hubo —contestó Manning, lenta y pensativamente— un retraso de unos segundos después de dar la señal, antes de que yo llegara a la oficina.

Mason soltó una risita y el fiscal, con rostro enojado, dijo con acritud:

—No es momento muy apropiado para reírse, señor Mason.

Mason preguntó a Perkins:

—¿Vio usted a Duncan girar la combinación de aquella puerta de la cámara acorazada?

—Sí, señor Mason.

—Le dio varias vueltas sin mirar los números, ¿no es verdad?

—No estoy seguro de ello. Recuerdo que fue a la cámara acorazada, dijo algo acerca de abrir la puerta y giró el pomo de la combinación.

Mason sonrió.

—Eso mismo, Perkins. Él dijo que iba a abrir la puerta de la cámara acorazada. En realidad, la puerta no estaba cerrada con llave. Lo que él estaba haciendo era cerrarla.

—¿Usted está loco! —exclamó Duncan—. ¿Qué diablos se propone usted?

Mason contestó simplemente:

—Que su cómplice, Arthur Manning, habiendo matado a Grieb, sacando la pistola de este del cajón y disparándole un tiro en la cabeza, quedó cogido en una trampa en la oficina interior con la llegada de Silvia Oxman. No podía esconderse más que en la cámara acorazada. El asesinato se convino entre usted y Manning. Usted quería desembarazarse de Grieb. Había gran enemistad entre usted y él. Grieb comenzaba a desconfiar. Usted preparaba una magnífica coartada yendo a Los Ángeles a presentar una solicitud en el Juzgado Federal. Sabía que Grieb llamaría a Manning en algún momento durante la noche. Manning debía coger la pistola de Grieb del cajón, matarle, dejar la pistola de modo que pareciese que se trataba de un suicidio, y luego salir y cerrar la puerta tras de sí.

»Grieb llamó a Manning para darle algún recado, pero Manning no pudo cerrar la puerta con llave sin despertar las sospechas de Grieb, ya que suponía que Manning debía salir seguidamente. Manning cogió el arma y disparó sobre Grieb en el momento mismo en que el ruido del motor de una lancha apagaba el estruendo del disparo. Pero el ruido de aquel motor también ahogó el sonido que hizo el timbre eléctrico cuando Silvia Oxman bajaba por el corredor. Lo primero que Manning oyó, antes de que pudiera soltar el arma o preparar alguna prueba del suicidio de Grieb, fue a Silvia que llamaba desde la oficina exterior, diciendo: “¿Puedo entrar?”.

»Manning no podía hacer más que una cosa. Se metió rápidamente en la cámara acorazada y cerró la puerta. Pero no la pudo cerrar con llave desde el interior. Estuvo sentado allí con el arma homicida en la mano, esperando una ocasión para escapar a toda prisa o abrirse paso a tiros.

»Naturalmente, cuando usted llegó a bordo, la primera persona que buscó fue a Manning. No le vio en el casino y entonces fue a la oficina. Me encontró allí sentado, y se vio obligado a abrir la puerta de la oficina interior y fingir sorpresa al encontrar el cadáver de Grieb. Naturalmente usted quería que apareciese como si se tratase de un suicidio y empezó a buscar la pistola. Cuando no la encontró, se dio cuenta de que había sucedido alguna cosa anormal.

»No tardó usted mucho en averiguar de qué se trataba, qué era ese algo anormal. Interrumpieron a Manning antes de que tuviera ocasión de preparar la pistola simulando el suicidio de Grieb. Pensó usted con rapidez y adivinó que debía estar escondido en la cámara acorazada y, en consecuencia, fingiendo que iba a abrirla, lo que hizo fue girar la combinación para que no pudiéramos abrir la puerta. Afortunadamente para usted, a Perkins se le ocurrió sugerir que no la abriese usted; de lo contrario, usted habría olvidado la combinación.

»Tenía usted mucha ansiedad por desembarazarse de nosotros y, por consiguiente, persuadió a Perkins para que me llevara a su camarote para que allí me registrara. Luego hizo la señal llamando a Manning, y tan pronto como se quedó solo en el despacho, abrió la cámara acorazada y dejó salir a Manning. Comprendió usted al instante que había un punto débil en su historia.

»Con objeto de protegerse, era necesario que nadie sospechase que usted y Manning eran cómplices. En consecuencia convinieron ustedes en que él diría a la policía que había encontrado a usted escudriñando alrededor del sillón donde yo había estado sentado cuando entró en la oficina. De este modo su historia resultaría más plausible, y haría más difícil que se sospechase que ustedes dos estaban coaligados, y le colocaba a usted en la oficina exterior y apartado de la puerta de la cámara acorazada. Más tarde, cuando Manning declaró que Paul Drake le había empleado, usted inventó la historia del ejercicio del tiro al blanco, lo cual permitió a Manning imaginar una hipótesis de suicidio satisfactoria. Las balas que Manning sacó del barco fueron disparadas esta mañana. Pero, mientras hacía esto, se dio usted cuenta de pronto que sería mejor achacar el crimen a Silvia Oxman. Así obligó usted a Manning a que insistiera en la hipótesis del suicidio, pero estaba dispuesto a arrojar esa hipótesis por la borda si podía hacer recaer la culpabilidad

sobre Silvia.

Duncan profirió una carcajada y dijo:

—Esa es una de las cosas más fantásticas que he oído en mi vida. Ya sabía que era usted un abogado dotado de gran imaginación, un individuo muy ingenioso, pero jamás llegué a sospechar que nos saldría con una hipótesis tan descabellada para salvar a un cliente culpable.

El fiscal asintió con la cabeza.

—Sí, señor Mason, temo que su desesperada tentativa de libertar a la señora Oxman actuará como un *boomerang* y lo condenará a usted como cómplice del crimen, según sus propias y repetidas manifestaciones, sin que...

—Un momento —interrumpió Mason—. No estoy hablando a humo de pajas. Poseo pruebas.

—¿Qué pruebas? —preguntó Duncan.

—Simplemente esta —contestó Mason—: Belgrado vigilaba la entrada de la oficina. No vio a Manning entrar. Nadie vio a Manning entrar. Nadie lo vio en el casino. Manning manifiesta que él descendió por el pasillo justamente cuando Perkins y yo salíamos, pero yo no le vi, ni Perkins le vio tampoco.

—Estaban ustedes vueltos de espaldas a mí —dijo Manning.

—¿Entonces cómo es que Belgrado no le vio? —replicó Mason.

Manning se encogió de hombros y dijo mirando con toda severidad a Belgrado:

—Belgrado es un granuja. Vendió a Paul Drake. Yo no aceptaría su palabra por nada.

El fiscal escudriñó el ceño fruncido de Belgrado.

—¿Vio usted al señor Manning entrar en esas oficinas? —interrogó.

—No —respondió—. ¡Por Júpiter, no le vi!

El fiscal miró pensativamente a Duncan, a Manning y a Mason.

—Este caso —dijo con tono irritado— es uno de los más condenados que he encontrado en mi vida. Simplemente no puedo creer...

Matilde Benson le interrumpió para decir:

—Bueno, sería mejor que yo confesase.

—Sería mejor que usted ¿qué?... —preguntó el fiscal.

—Que confesase —respondió ella—. No tiene inconveniente en

que fume, ¿no es verdad, señor Wilson?

—No.

Duncan y Manning cambiaron una mirada. Luego Manning desvió la vista precipitadamente.

Matilde Benson, calmosamente, sacó un habano de su cigarrera de cuero, cortó la punta y encendió el puro ante los ojos asombrados del fiscal.

—¿Este taquígrafo va a tomar nota de lo que yo diga? —inquirió.

—Sí. Está tomando detalladamente nota de todo —contestó el fiscal.

—Muy bien —observó la señora Benson, en tono de absoluta resignación—. Ignoro cuál será el castigo por lo que yo he hecho. Sea lo que fuere, estoy dispuesta a recibir mi merecido. No tengo miedo de morir. De todos modos, me quedan muy pocos años de existencia. Silvia y su hija me son más caras que mi propia vida. Grieb y Duncan estaban haciendo víctima de un chantaje a Silvia. Yo estaba convencida de que los dos eran un par de ratas. No creía que merecieran vivir. Fui a bordo del Cuerno de la Abundancia con la deliberada intención de matar a Grieb y a Duncan.

—¿Estaba usted armada? —interrogó el fiscal con cierta ironía.

—Ciertamente que estaba armada —contestó ella—. Llevaba una pistola automática del calibre treinta y ocho en mi bolso. ¿Con qué cree usted que yo me disponía a matarlos? ¿Con las manos?

—Continúe —instó el fiscal precipitadamente.

—Esperé una ocasión. Vi a Silvia entrar en la oficina. Vi también entrar a Frank Oxman. Abrí mi bolso y saqué mi pistola automática. Vi a Oxman cuando salía. Luego observé que Perkins y el señor Mason salieron juntos. Entonces me dije: «Ahora es la ocasión. Los dos hombres a quienes quiero matar, están ahí dentro». Empuñé la pistola automática con la mano derecha y, cautelosamente, de puntillas, bajé por el corredor. Penetré silenciosamente en el despacho exterior. Podía ver la puerta de la cámara acorazada de la oficina interior, pero no podía ver la mesa de despacho de Grieb. La puerta interceptaba mi campo de visión; pero supuse, desde luego, que Grieb estaba sentado allí, a la mesa. Vi a Duncan, inclinado sobre la puerta de la cámara acorazada, abriéndola. Alcé mi pistola, y estaba a punto de apretar el gatillo, cuando Duncan abrió la

puerta de la cámara acorazada y vi a Manning salir de allí. No quise matar a Duncan en presencia de Manning y, en consecuencia, retrocedí hasta el cuarto donde estaban registrando a Perry Mason. Escuché a la puerta. Oí voces y entonces me enteré de que habían matado a Grieb. Corrí a cubierta y esperé unos minutos sin saber qué hacer. Vi a Silvia subir a cubierta, y pensé que me iba a hablar. Me di cuenta entonces de que me registrarían y tiré el arma al mar. Pero Silvia no me vio. Ella bajó corriendo la escala y tomó una lancha que en aquel momento partía para tierra. Intenté proteger a Silvia, porque pensé que podía estar complicada en el asesinato de Grieb. Así hice que el señor Mason recogiera mi abrigo y lo arrojé al agua. Me llevé el abrigo de Silvia a tierra y...

Interrumpió el fiscal con voz excitada.

—¿Está usted dispuesta a jurar que vio a Duncan abrir la puerta de la cámara acorazada y a Manning salir del interior?

Lentamente, de un modo impresionante, Matilde Benson se puso de pie y alzó la mano derecha:

—Condúzcame ante el Jurado, joven —dijo, centelleantes los ojos—, e iré a prestar juramento ahora mismo. Le estoy diciendo la purísima verdad.

Duncan se encontró mirando los ojos acusadores del fiscal. Sus ojos estaban ligeramente entornados como si estuviese efectuando un rápido reajuste mental. De repente dijo:

—Todos están diciendo tonterías. Yo no era el cómplice de Manning. Yo no sabía que Manning estaba dentro de la cámara acorazada. No la cerré, como afirma Mason. La abrí después de salir Mason de la oficina. Me quedé estupefacto, viendo visiones, cuando abrí la cámara acorazada y Manning salió del interior. El me explicó que había entrado en la cámara acorazada a buscar algunos papeles para Grieb, cuando oyó a alguien llamar a la puerta del despacho y una voz de mujer que decía: «Soy Silvia Oxman. Déjeme entrar». Grieb gritó: «Quédese ahí un momento, Arthur» y cerró la puerta de la cámara acorazada.

»Arthur permaneció dentro y oyó el ruido apagado de un disparo. Intentó salir, pero no pudo. No oyó más hasta que yo abrí la puerta de la cámara acorazada. Fue Silvia Oxman quien mató a Grieb y ella se llevó el arma.

»Yo quería desembarazarme de Mason y de Perkins con el objeto

de sacar esos pagarés de la cámara acorazada. Estoy dispuesto a reconocer que abrigaba el propósito de cobrar una prima crecida. No veía por qué esos pagarés habían de formar parte del haber de la sociedad, para que luego un tribunal los declarara incobrables. Si yo los hubiese podido encontrar, podría haber cobrado de Silvia y me habría embolsado tan ricamente y bien seguro el dinero.

»Al encontrar a Manning allí, recibí una sorpresa terriblemente desagradable. Manning me dijo lo que había ocurrido. Declaró que Sam tenía los pagarés debajo de la carpeta de la mesa. Los busqué y habían desaparecido. Sabía que mi situación era muy apurada. Si decía que había encontrado a Manning en la cámara acorazada, alguien me acusaría de que yo había planeado todo aquello, en complicidad con él. Me figuré que Perry Mason defendía y ocultaba a Silvia Oxman.

»Me di cuenta de que nadie sabía que Manning había estado en la cámara acorazada, y decidí que lo mejor sería dejarle salir, no decir nada acerca de lo ocurrido, y dejar que la policía achacase el asesinato a Silvia Oxman. Desde luego, si yo hubiese sabido que la señora Benson me había visto...

—¡Imbécil! —gritó Manning—. ¡Ella no te vio! Ella no pudo haberte visto. Está mintiendo. Belgrado estaba vigilando el corredor y él no la vio bajar por el corredor antes de que tú salieras. Lo que es más, no sonó el timbre de la oficina interior. Habría sonado, sin duda, si lo que dice es verdad. ¡Has caído en una trampa!

Perry Mason soltó una risita, encantado.

—Continúe hablando, Manning —instó.